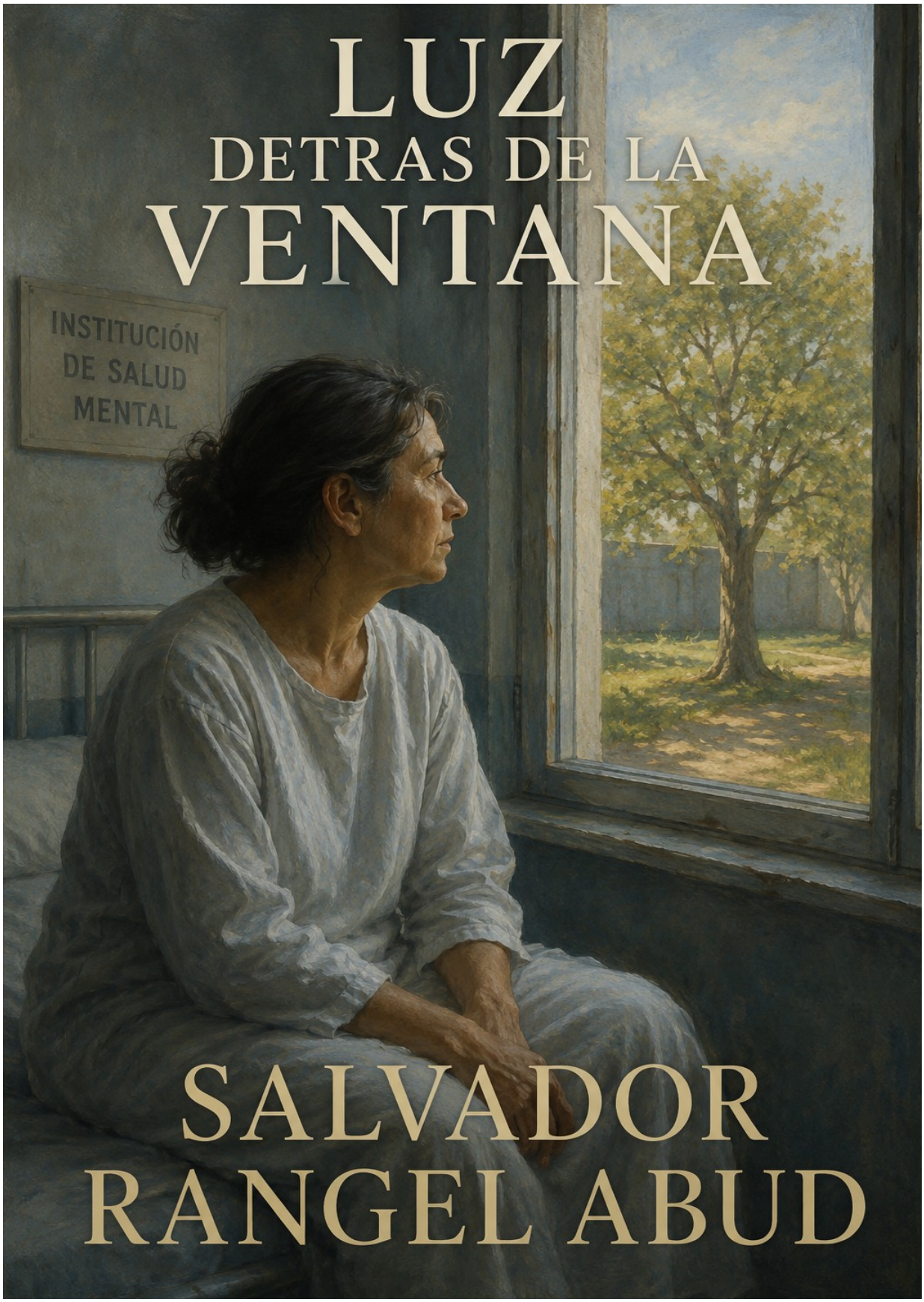
LUZ
DETRAS DE LA
VENTANA
INSTITUCIÓN
DE SALUD
MENTAL
SALVADOR
RANGEL ABUD

Luz detrás de la ventana
Salvador Rangel Abud

SINOPSIS

Samanta Samaniego es filóloga. Estudió en Madrid, amó los manuscritos medievales y supo desde muy joven que las palabras eran su territorio natural y su forma más honda de estar en el mundo. Tenía veintitrés años cuando la esquizofrenia la alcanzó, desencadenada por un trauma severo que rompió el equilibrio de un cerebro que ya cargaba, sin saberlo, con una vulnerabilidad heredada. Lo que vino después —los brotes, los ingresos, las pérdidas, la institución— no fue el resultado de ninguna debilidad moral. Fue el resultado de una tormenta biológica que ninguna voluntad humana podría haber detenido.

Lo que sí es suyo, enteramente suyo, es lo que hizo dentro de esa tormenta: escribió. Durante diecinueve años, en trece cuadernos apilados sobre la mesa de su habitación en una unidad de larga estancia, Samanta escribió para alguien a quien amaba con una ferocidad que la enfermedad nunca consiguió apagar del todo. Una carta larguísima dirigida a su hijo, a quien llama simplemente tú a lo largo de toda la obra, y en la que narra su historia completa desde los veintitrés años hasta los cincuenta con la precisión filológica de quien ha dedicado su vida a los textos y sabe exactamente lo que valen las palabras y lo que pesan.

Luz detrás de la ventana es la novela de esa escritura y de esa mujer. Una obra que no explica la esquizofrenia desde afuera sino que la habita desde adentro, que no observa el sufrimiento con distancia clínica sino que lo acompaña con la única herramienta que Samanta siempre tuvo: el lenguaje.

ADVERTENCIA DE CONTENIDO

Esta novela contiene descripciones detalladas de episodios psicóticos agudos, alucinaciones auditivas y visuales, internamiento psiquiátrico involuntario y de larga estancia, duelo por pérdida de padres, y situaciones de crisis severa narradas desde la perspectiva de quien las vive. El tratamiento de todos estos temas es respetuoso, clínicamente riguroso y profundamente humano, pero el lector sensible a este tipo de contenido debe considerarlo antes de comenzar la lectura. No se recomienda para menores de dieciséis años.

SOBRE EL AUTOR

Salvador Rangel Abud es médico cirujano, especialista en salud pública, maestro en administración de hospitales y doctorando en ciencias, además de escritor aficionado. Su formación científica y su vocación literaria convergen en una obra que aborda con igual rigor la condición humana

desde sus dimensiones clínica, social e íntima. Es autor de más de doscientas dos novelas publicadas, que abarcan géneros tan diversos como la ficción histórica, la novela coral, la narrativa didáctica y la ficción contrafáctica.

DETALLES DE PUBLICACIÓN

Título: Luz detrás de la ventana

Autor: Salvador Rangel Abud

Género: Novela. Ficción literaria contemporánea

Subgénero: Narrativa psicológica. Ficción de salud mental

Extensión: Prólogo + 13 capítulos + Epílogo

Ambientación: España, 1996–2024

Año de escritura: 2024

Contacto: wrangel.1352@gmail.com

Licencia: CC BY-NC-ND 4.0

NOTA DEL AUTOR

Esta novela la escribí en los momentos de lucidez que creo tener. Porque a pesar de que nadie me lo ha dicho, no puedo asegurar que lo que he vivido durante toda mi vida haya sido cierto, o solo una imagen que he podido ver, como Samanta pudo ver la luz a través de la ventana.

Samanta Samaniego no existe. Pero existe todo lo que la construye: la vulnerabilidad biológica, el trauma que jala el gatillo, el cerebro que fabrica certezas donde no las hay, la inteligencia que aprende a sobrevivir dentro de esa fabricación, el amor que encuentra la forma que puede cuando no puede encontrar ninguna otra. Todo eso existe. Todo eso ocurre. Todo eso merece ser nombrado con las palabras correctas y con el respeto que se le debe a cualquier vida humana, sin importar la forma que esa vida tome.

Escribí esta novela porque creo que la literatura puede hacer lo que la clínica no siempre puede: meter al lector adentro de una experiencia que no es la suya y hacerle sentir, desde adentro, lo que significa. No para que sienta lástima. Para que sienta compañía. Para que cuando cierre el libro y piense en alguien que conoce y que tiene una tormenta así, lo mire de otra manera.

Eso es todo lo que le pido a este libro.

LICENCIA

Esta obra está publicada bajo la licencia Creative Commons Atribución-NoComercial-SinDerivadas 4.0 Internacional (CC BY-NC-ND 4.0). Se permite su reproducción y distribución no comercial siempre que se cite al autor y

no se realicen obras derivadas sin autorización expresa. Para usos comerciales o adaptaciones, contactar a: wrangel.1352@gmail.com

---

PALABRAS CLAVE

Esquizofrenia · salud mental · filología medieval · primera persona · novela psicológica · institución psiquiátrica · identidad · pérdida · escritura terapéutica · alucinaciones · lucidez · amor materno · España contemporánea · manuscritos medievales · literatura y enfermedad

---

TEMAS PRINCIPALES

La novela articula su exploración narrativa en torno a cinco grandes ejes temáticos. El primero es la esquizofrenia vivida desde adentro: la trema, el delirio, las alucinaciones auditivas y visuales, la conciencia de enfermedad y la depresión post psicótica, todo narrado con rigor clínico y humanidad literaria simultáneos. El segundo es la identidad bajo presión: cómo una persona mantiene o reconstruye quién es cuando la enfermedad y la institución la reducen a una condición médica. El tercero es el amor sin destinatario: la capacidad del ser humano de amar con ferocidad incluso cuando ese amor no tiene a dónde ir, y la manera en que el cerebro construye los destinatarios que necesita. El cuarto es la escritura como resistencia: la filología como herramienta de supervivencia, el lenguaje como el último territorio que la enfermedad no puede confiscar del todo. El quinto es la verdad y sus formas: la distinción entre el error de ignorancia y el error de mala fe, que recorre la novela desde el folio ochenta y nueve de Leonor González hasta el último cuaderno de Samanta.

CITAS DESTACADAS

"La genética carga el arma, pero el entorno jala el gatillo."

"Saber el nombre de la trampa no impide caer en ella."

"Al principio la enfermedad no se siente como una pérdida. Se siente como un hallazgo."

"Aprendí que la institución tiene su propio lenguaje, y que dominar un lenguaje siempre ha sido mi única forma de sobrevivir."

"El oficio no se pierde. Sigue."

"Suficiente significa que llego a la noche. Que cuando se apaga la lámpara el día ha pasado y yo sigo aquí y mañana será otro día que puede ser diferente a este."

"Sobreviví. Y mientras sobreviví, hice filología."

"No encontré al hijo que buscaba. Encontré una escritora."

PREGUNTAS PARA DISCUSIÓN

¿En qué momento del relato comenzaste a sospechar que el hijo podría no existir? ¿Qué señales estaban ahí desde el principio y no viste, o viste y descartaste?

La distinción entre el error de ignorancia y el error de mala fe, tomada del expediente de Leonor González en 1487, recorre toda la novela. ¿Crees que Samanta merece esa distinción? ¿En qué momentos sí y en qué momentos es más difícil sostenerla?

Nuria, la coordinadora, dice al final que no encontró al hijo que buscaba sino a una escritora. ¿Qué significa para ti esa distinción? ¿Cambia la manera en que valoras lo que Samanta escribió saber que lo escribió para alguien que no existía?

La novela plantea que el amor, cuando no tiene a dónde ir, construye el destinatario que necesita. ¿Te parece eso una forma de locura o una forma de dignidad? ¿O las dos cosas al mismo tiempo?

¿Qué te dice sobre la naturaleza de la escritura el hecho de que estos cuadernos, escritos para nadie, sean literatura?

Si pudieras hablar con Samanta, ¿qué le dirías? ¿Y qué crees que ella te respondería?

CÓMO CITAR

Rangel Abud, Salvador. *Luz detrás de la ventana*. México, 2024. Licencia CC BY-NC-ND 4.0. Contacto: wrangel.1352@gmail.com

---

OTRAS OBRAS

Salvador Rangel Abud es autor de una extensa obra narrativa que supera las doscientas dos novelas publicadas. Entre sus títulos más recientes se encuentran *Oro Viejo*, *Tormenta de Arena en el Hotel Al-Rashid* y *Un Intruso en la Red*. En desarrollo simultáneo: *Aquiles, El Señor de los Barcos Negros* (novela histórica sobre la guerra de Troya y el Colapso de la Edad del Bronce), *La República que Pudo Haberse Sembrado* (novela contra fáctica sobre México desde 1861 hasta el presente), *Una España Siempre en Llamas* (novela coral sobre España entre 1874 y 2024), *El Último Rojo del Soviet* (novela didáctica ambientada en Ciudad de México), *Las Voces de la Razón* (novela coral ambientada en La Sorbona en 2026), *La Sangre del Norte* (novela genealógica e histórica), y *Esto es lo que Hicimos de México* (novela coral sobre la historia nacional).

MENSAJE FINAL

Hay personas que llevan tormentas adentro que el mundo exterior no puede ver. Esta novela es para ellas: para decirles que su historia merece ser contada con sus propias palabras. Y es para los que las quieren: para

que las miren de otra manera, con la paciencia y la compañía que Samanta nunca tuvo en suficiencia.

Si tiene a alguien a quien quiera y a quien todavía no le ha dicho todo lo que querría decirle, hágalo hoy. Con las palabras que tenga, aunque tiemblen.

No espere a tener manos que no tiemblen.

ÍNDICE

PRÓLOGO: Antes de que ella hable
CAPÍTULO 1: El manuscrito de la calle Montera
CAPÍTULO 2: La trema
CAPÍTULO 3: El patrón en la caligrafía
CAPÍTULO 4: Las cuarenta y ocho horas
CAPÍTULO 5: El hospital de la luz fría
CAPÍTULO 6: Los años del cristal
CAPÍTULO 7: El segundo fuego
CAPÍTULO 8: Lo que el diagnóstico se llevó
CAPÍTULO 9: La muerte de mi madre y el silencio de mi padre
CAPÍTULO 10: Las voces que me conocen
CAPÍTULO 11: La filóloga que sobrevivió
CAPÍTULO 12: El espejo del baño
CAPÍTULO 13: Lo que la ventana promete

EPÍLOGO: La nota de la coordinadora

LUZ DETRÁS DE LA VENTANA

Salvador Rangel Abud

PRÓLOGO

Antes de que ella hable

Hay enfermedades que el ojo puede ver. La fractura que hincha el tobillo, la fiebre que enrojece la piel, la herida que sangra con una profusión que nadie discute. Y hay enfermedades que ocurren en el único lugar al que nadie más tiene acceso: dentro de nuestra cabeza, en esa oscuridad íntima donde la realidad se fabrica segundo a segundo, sin descanso, durante toda una vida, y donde esa realidad es tan múltiple como seres humanos existan.

La esquizofrenia es una de esas enfermedades. Y es, entre todas ellas, quizá la más solitaria.

No porque quien la padece esté necesariamente solo en el mundo, sino porque ocurre en un territorio donde ningún otro ser humano puede entrar a ayudar.

Ocurre en el lugar donde los sonidos se convierten en voces, donde las luces adquieren intenciones, donde el color de la chaqueta de un extraño en el metro deja de ser un accidente del mundo y se convierte en una señal dirigida específicamente a uno.

Ocurre en el lugar donde la realidad, esa construcción que todos los seres humanos compartimos por convención y por necesidad, empieza a

fabricarse según reglas distintas. Reglas que solo el cerebro enfermo conoce, y que aplica con una coherencia interna perfecta, implacable, aterradora.

Es importante que el lector sepa esto antes de conocer a Samanta, la protagonista de nuestra historia, pues la esquizofrenia no es una debilidad de carácter. No es cobardía, ni capricho, ni una manera dramática de llamar la atención. Es un trastorno neurobiológico complejo, con una base genética poligénica que la ciencia contemporánea apenas comienza a cartografiar, y que afecta a aproximadamente el uno por ciento de la población mundial con una democracia cruel que no distingue inteligencia, origen social, ni talento.

Le ocurre al estudiante brillante con el mismo desprecio con que le ocurre a quien nunca tuvo acceso a una biblioteca. Y cuando ocurre, el cerebro no sabe que está enfermo. Esa es su trampa más sofisticada y más devastadora: el órgano que tendría que detectar el error es exactamente el órgano que comete el error.

Las voces que escucha quien padece un episodio psicótico agudo no son metáforas. No son "como si escuchara voces". Son voces que para el afectado son plenamente reales. Percepciones auditivas completas, con timbre, con volumen, con la nitidez de cualquier voz humana real, que vienen desde una fuente que el cerebro localiza fuera de sí mismo.

El delirio que construye el cerebro psicótico no es una fantasía vaga: es un sistema explicativo coherente, detallado, internamente lógico, que da respuesta a una angustia que de otro modo resultaría insoportable.

El cerebro, ante el caos de la enfermedad, prefiere una explicación falsa que construye a su gusto y que antepone a cualquiera otra explicación. Y esa explicación falsa se siente, se vive, se sufre con la misma intensidad con que se vive cualquier verdad.

Pero el drama de la esquizofrenia no termina en el episodio psicótico. Ahí, en cierta manera, apenas comienza su capítulo más cruel.

Porque la psicosis tiene períodos de remisión. Los fármacos antipsicóticos —con todos sus costos, con todos sus efectos secundarios que pesan sobre el cuerpo como una deuda que no termina de pagarse— consiguen, en muchos casos, devolver al cerebro a una zona de relativa calma.

Y en esa calma, la persona regresa a su "normalidad". Regresa con su inteligencia, con su memoria, con su capacidad de razonar y de sentir. Y desde ahí, desde esa lucidez recuperada, contempla el daño. Ve lo que hizo durante el episodio. Ve a las personas que lastimó sin quererlo. Ve la vida que no pudo vivir, las decisiones que no pudo tomar, el tiempo que se fue sin pedirle permiso.

La depresión post psicótica que sigue a cada brote es, para muchos pacientes, más difícil de sobrevivir que el brote mismo, porque es el

momento en que la persona sana y la persona enferma se miran al espejo al mismo tiempo, y ninguna de las dos reconoce del todo a la otra.

Este libro nació de la necesidad de habitar ese espacio. No de observarlo desde afuera con la distancia clínica que protege al observador, sino de tratar de entrar en él, de escuchar desde adentro la voz de una mujer que vivió todo esto y que, a pesar de todo, siguió escribiendo.

Samanta Samaniego es filóloga. Estudió en Madrid, amó los manuscritos medievales, supo desde muy joven que las palabras eran su territorio natural y su forma más honda de estar en el mundo. Tenía veintitrés años cuando la enfermedad la alcanzó, desencadenada por un trauma severo que rompió el equilibrio de un cerebro que ya cargaba, sin saberlo, con una vulnerabilidad heredada.

Lo que le ocurrió después —los brotes psicóticos, los ingresos a instituciones de salud mental, las pérdidas familiares, la vida extraña que podía ver la luz a través de la ventana— no fue el resultado de ninguna debilidad moral. Fue el resultado de una tormenta biológica que ninguna voluntad humana podría haber detenido.

Lo que sí es suyo, enteramente suyo, es lo que hizo dentro de esa tormenta.

Escribió. Durante años lo hizo, en cuadernos sucesivos que apilaba en el buró de su habitación en la unidad de estancias prolongadas del hospital. Sí, Samanta escribió. No para los médicos, no para los informes clínicos que documentaban su evolución en términos de síntomas y de dosis. Escribió para alguien a quien amaba con una ferocidad que la enfermedad nunca consiguió apagar del todo. Escribió para dejar constancia de que, antes que cualquier diagnóstico, había una mujer. Una mujer que pensaba, que recordaba, que sentía, que tenía una historia que merecía ser contada con sus propias palabras.

Esos cuadernos son esta novela.

El lector que entre en estas páginas va a escuchar una voz que no siempre es completamente confiable, porque ninguna voz humana lo es del todo, y porque esta voz en particular navegó durante décadas entre la lucidez y la tormenta.

Ese lector eventual va a encontrar momentos de una belleza filológica que corta la respiración y momentos en que la prosa se agrieta sin aviso y deja ver, por la grieta misma, el abismo que Samanta lleva dentro. Va a creer, durante mucho tiempo, en todo lo que Samanta le cuenta. Y esa credulidad no es un error: es la única manera honesta de acompañar a alguien así.

Porque compañía es lo que este libro le pide al lector. No compasión distante, no curiosidad clínica, no la comodidad de quien observa el sufrimiento ajeno desde el otro lado del cristal. Le pide acompañar a Samanta. Una compañía que ella nunca tuvo en suficiencia y que quizá, a través de estas páginas, pueda encontrar al fin.

Hay una pregunta que recorre toda la novela sin formularse nunca directamente: ¿qué queda de una persona cuando el mundo decide que ya no puede vivir en él?

La respuesta la da Samanta. Con su voz, con su memoria, con su inteligencia dañada y resistente, con la terquedad luminosa de quien sigue escribiendo aunque le tiemblen las manos.

Léanla. Escúchenla. Estén con ella.

Eso es todo lo que personalmente les pido. Porque esta novela la escribí en los momentos de lucidez que creo tener. Porque a pesar de que nadie me lo ha dicho, no puedo asegurar que lo que he vivido durante toda mi vida haya sido cierto, o solo una imagen que he podido ver, como Samanta pudo ver la luz a través de la ventana.

Salvador Rangel Abud

CAPÍTULO 1

El manuscrito de la calle Montera

Madrid, 1996–1998. Facultad de Filología, Universidad Complutense

Quiero contarte cómo olía la biblioteca.

Sé que hay cosas más importantes que contar, y llegaré a ellas, te lo prometo, llegaré a cada una con la paciencia que merecen. Pero si voy a contarte quién soy, o quién fui antes de que todo cambiara, necesito empezar por ese olor. Por el olor de los libros viejos en la sala de manuscritos de la Facultad de Filología de la Complutense, que no era exactamente el olor que la gente imagina cuando piensa en libros viejos. No era polvo a secas. Era algo más complejo, más vivo: papel que había absorbido siglos de humedad y de manos y de palabras, cuero curtido que guardaba memoria de animales que ya no existían, tinta que en algunos folios había migrado al reverso de la página dejando una sombra especular, como si el texto intentara duplicarse hacia adentro. Era el olor de algo que había sobrevivido contra todo pronóstico. Yo lo respiraba cada vez que entraba a esa sala y sentía, con una certeza que no necesitaba argumentos, que estaba en el lugar exacto donde debía estar.

Tenía veinte años cuando llegué a Madrid. Venía de un pueblo de Castilla donde mi padre era maestro de primaria y mi madre bordaba manteles para la iglesia los sábados por la tarde, y donde yo había pasado la infancia entera con la nariz metida en cualquier libro que cayera en mis manos, que no eran muchos pero eran suficientes para saber que quería más. Mi padre lo entendía. Mi madre también, a su manera, aunque cuando me fui a Madrid me preguntó tres veces si había metido suficiente ropa de abrigo en la maleta, como si el frío de la capital fuera el peligro más inmediato que me esperaba.

Los dos me querían con esa solidez callada que tienen los padres que no saben muy bien cómo decir lo que sienten pero lo sienten de todas formas, profundo y constante como el agua subterránea. Lo supe siempre. O casi siempre. Hubo momentos después en que lo olvidé, o en que mi cabeza me dijo que lo había olvidado, y eso fue quizá uno de los dolores más injustos de todo lo que vino.

Pero ahora estamos en 1996, y yo tengo veinte años, y Madrid es enorme y ruidosa y me aterra un poco, aunque no se lo digo a nadie.

No era buena para hacerme amiga de la gente. Nunca lo fui. No porque no quisiera, sino porque entre querer algo y saber hacerlo hay una distancia que yo nunca aprendí a cruzar con naturalidad. Miraba a mis compañeros de la facultad, cómo se juntaban en los bares de la calle Princesa después de las clases, cómo se prestaban apuntes y se reían de cosas que yo no terminaba de entender, y sentía algo que no era exactamente envidia sino más bien una especie de asombro etnográfico, como si estuviera observando una tribu con sus propios rituales codificados y yo fuera la única que no había recibido el manual. Me quedaba en la biblioteca mientras ellos salían. Y la verdad, eso me venía bien.

Fue ahí, en esa biblioteca, donde conocí al profesor Azcárraga.

Auri Azcárraga impartía Filología Medieval y tenía la costumbre de caminar entre las mesas de la sala de manuscritos con las manos en la espalda y la cabeza ligeramente inclinada hacia adelante, como si estuviera a punto de confiarle algo urgente al suelo. Era un hombre de unos sesenta años, delgado, con una barba gris muy corta y unos lentes que se quitaba y se ponía con una frecuencia que con el tiempo aprendí a interpretar: cuando se los quitaba significaba que estaba pensando de verdad, cuando se los ponía significaba que había terminado de pensar y estaba listo para hablar.

Un día se paró detrás de mí mientras yo transcribía un fragmento de un cancionero gallego-portugués del siglo XIII, y sin decir nada, sin presentarse siquiera, señaló con el dedo una palabra en el folio y dijo: esa letra no es una g, es una q con el trazo inferior desgastado, cámbielo en su transcripción.

Tenía razón. Lo cambié. Él siguió caminando.

Al día siguiente volvió a pararse detrás de mí. Y al siguiente. No sé si lo hacía con otros estudiantes; nunca me fijé porque cuando Azcárraga me hablaba yo no tenía ojos para nada más. No por ninguna razón romántica, que quiero que lo entiendas bien, sino porque lo que él me decía sobre los manuscritos era exactamente el tipo de cosa que yo había estado buscando sin saber que buscaba.

Me enseñó que un manuscrito no es solo un texto: es un objeto que tiene historia propia, una historia diferente a la del texto que contiene. Que las manchas, los borrones, las correcciones, los márgenes con anotaciones de lectores anónimos del siglo XV, son también parte de lo que hay que leer. Que un documento que ha sobrevivido siglos lo ha hecho porque alguien,

en cada época, decidió que valía la pena conservarlo. Que detrás de cada manuscrito hay una cadena invisible de manos que lo pasaron de unas a otras, y que el filólogo tiene la obligación de honrar esa cadena.

Yo escuchaba todo eso y algo dentro de mí se ordenaba, como cuando ajustas el foco de un microscopio y la imagen que antes era un borrón de color de repente tiene bordes.

En segundo año me asignaron al seminario de Azcárraga sobre textos inquisitoriales castellanos del siglo XV. Éramos seis estudiantes y nos reuníamos los jueves por la tarde en una sala pequeña del tercer piso que olía a café rancio y a tiza, y que tenía una ventana que daba a un patio interior donde siempre había palomas. Azcárraga traía facsímiles de documentos del Archivo Histórico Nacional y los distribuía entre nosotros con el cuidado con que se distribuyen objetos frágiles, que en cierto modo lo eran aunque fueran copias.

Yo recibía los míos y los estudiaba durante días enteros, llevándolos conmigo al piso que compartía con otras dos chicas en la calle Montera, poniéndolos sobre la mesa de la cocina bajo la luz más fuerte que encontraba, trazando con lápiz —nunca con bolígrafo, nunca— las letras que no conseguía descifrar a primera vista.

Había en esos textos inquisitoriales una violencia muy particular. No la violencia de las hogueras, que también estaba, sino una violencia más sutil y más fría: la violencia del interrogatorio minucioso, de la pregunta formulada con una precisión que ya contenía la respuesta que se esperaba, de la confesión arrancada no con gritos sino con la paciencia infinita de quien sabe que el tiempo está de su lado.

Yo leía esos documentos y pensaba en las personas que habían estado al otro lado de esa escritura. Las personas que habían respondido esas preguntas. Personas con nombres propios —Inés, Rodrigo, María, Alonso— reducidas en el papel a una serie de cargos y de respuestas, a un expediente que alguien después archivó y que yo estaba leyendo seis siglos más tarde en una cocina de la calle Montera con una taza de té que se había enfriado hace horas.

Pensaba en ellas con una intensidad que a veces me daba un poco de vértigo. Como si pudiera escucharlas.

Los fines de semana llamaba a casa. Mi padre me preguntaba qué estaba estudiando y yo le explicaba lo de los manuscritos y los textos inquisitoriales y él escuchaba con esa atención suya que nunca se sabe bien si es curiosidad genuina o amor paternal disfrazado de curiosidad, y probablemente era las dos cosas al mismo tiempo. Mi madre me preguntaba si comía bien y si llevaba el abrigo puesto cuando salía, y yo le decía que sí a las dos cosas aunque a veces mentía en la segunda porque Madrid en invierno me sorprendió con un frío que el pueblo no me había preparado a resistir, un frío húmedo y gris que se metía entre los edificios y los volvía hostiles.

Pero dentro de la biblioteca no hacía frío. Dentro de la biblioteca el mundo tenía la temperatura exacta.

Hay una tarde de ese segundo año que recuerdo con una claridad que me resulta casi sospechosa, dada la cantidad de cosas que después se me fueron borrando. Era noviembre, un jueves. El seminario había terminado hacía una hora y los otros estudiantes se habían ido, pero yo me había quedado en la sala porque Azcárraga me había dejado con uno de los facsímiles sobre la mesa mientras iba a buscar un texto de referencia. El facsímil era el expediente de un proceso inquisitorial del año 1487, en Toledo. La acusada era una mujer llamada Leonor González, conversa, a quien se acusaba de judaizar en secreto. El documento tenía doscientos treinta y siete folios y yo había llegado al folio ochenta y nueve.

En el folio ochenta y nueve, Leonor González respondía a la pregunta de si había rezado en hebreo en presencia de otras personas. Y su respuesta, transcrita por el escribano con esa letra cortesana tan característica del período, era la siguiente: que no lo había hecho, que ella rezaba en la lengua de Castilla como cualquier cristiana, que su corazón era limpio ante Dios y que si había en ella algún error era error de ignorancia y no de mala fe.

Yo leí esa respuesta tres veces.

No sé por qué tres veces. O sí lo sé, pero no sé cómo explicarlo sin que suene a más de lo que era. Algo en esa frase, en ese intento de Leonor González de distinguir entre el error de ignorancia y el error de mala fe, me pareció la cosa más humana que había leído en mucho tiempo. Más humana que muchas cosas escritas en siglos posteriores con más conciencia literaria. Esa mujer, en 1487, ante un tribunal que ya había decidido lo que iba a hacer con ella, todavía intentaba que la entendieran correctamente. Todavía creía que la distinción importaba.

Seguía pensando en eso cuando Azcárraga regresó con el texto de referencia y me encontró con los ojos fijos en el folio ochenta y nueve.

¿Qué encontró?, me preguntó.

Le hablé de Leonor González y de su respuesta. Él escuchó, se quitó los lentes, pensó un momento, se los puso.

Eso es exactamente lo que debe hacer un filólogo, me dijo. No leer los textos. Escuchar a las personas que hay dentro de ellos.

Lo anoto aquí porque es la mejor definición de mi oficio que he escuchado nunca. Y porque quiero que la tengas tú también, aunque todavía no sé con certeza cuántas cosas de las que me importan a mí te importarán a ti. Tal vez seas muy joven aún. O quizá no eres tan joven. Quizá cuando leas esto serás mayor que yo cuando escribo estas palabras, y te reirás un poco de la solemnidad con que te estoy contando todo esto. No me importa que te rías. Me alegra pensar que puedas reírte.

Lo que importa es que sepas quién era yo antes. Que la imagen que tienes de tu madre no empiece en el hospital ni en los médicos ni en las palabras que usaron para describirme, palabras frías y exactas que nunca consiguieron contener todo lo que yo era.

Yo era la chica que se quedaba en la biblioteca cuando los demás se iban al bar. La que leía los folios de Leonor González tres veces seguidas en una tarde de noviembre. La que olía el papel de los manuscritos y sentía que estaba exactamente donde debía estar.

Eso era yo. Eso soy, aunque ahora lo ejerza únicamente en estos cuadernos.

Y quiero que lo sepas antes de que te cuente lo que vino después. Porque lo que vino después fue real, tan real como esta página que estoy escribiendo, y al mismo tiempo fue algo que le ocurrió a ese yo que te acabo de describir, y ambas cosas son verdad al mismo tiempo, y aprender a sostener esas dos verdades juntas sin que se destruyan la una a la otra es quizá el trabajo más difícil que he hecho en toda mi vida.

Más difícil, incluso, que descifrar la letra cortesana del siglo XV.

Aunque a veces se le parece bastante.

CAPÍTULO 2

La trema

Madrid, otoño–invierno de 1998

Hay cosas que no se pueden contar en orden.

No porque no haya orden, sino porque el orden que tienen no es el orden que uno quisiera que tuvieran. Yo quisiera contarte que aquella noche de octubre ocurrió y punto, que la puse detrás de mí como se pone un libro en el estante cuando se termina, y que seguí adelante. Pero no fue así. Lo que ocurrió aquella noche no se quedó atrás. Se quedó adelante, interponiéndose entre yo y todo lo demás, cambiando la luz con que yo veía las cosas, como cuando hay una mancha en el cristal de las gafas y uno deja de ver la mancha y empieza a ver el mundo a través de ella sin darse cuenta.

No voy a contarte los detalles de esa noche todavía. Ya llegarán. Lo que quiero contarte ahora es lo que vino después, porque lo que vino después es lo que necesitas entender para entender todo lo demás.

Lo que vino después fue el insomnio.

No el insomnio ocasional de quien tiene un examen o una preocupación. El otro insomnio. El que se instala como un inquilino que no ha firmado contrato y al que no puedes echar porque no sabes exactamente cuándo entró. Me acostaba a las once, a las doce, y me quedaba mirando el techo de mi habitación en el piso de la calle Montera con los ojos abiertos y el cuerpo inmóvil, escuchando la respiración de la ciudad, los coches que

pasaban, las voces que subían desde el bar de abajo los viernes por la noche. Y el techo no me decía nada. Y yo no dormía.

A la semana de no dormir bien, el mundo empezó a tener una textura diferente.

No sé si eso te va a resultar comprensible. Espero que sí, aunque espero al mismo tiempo que nunca lo hayas experimentado, porque no es una experiencia que le desee a nadie. Es difícil de explicar con palabras precisas, y eso para mí, que he vivido dentro de las palabras toda la vida, es ya una señal de lo extraño que era. Era como si entre yo y las cosas hubiera aparecido una película muy fina, casi invisible, que lo cambiaba todo ligeramente sin que yo pudiera señalar exactamente qué había cambiado. El metro olía diferente. Los pasillos de la facultad sonaban diferente. La gente en la calle me miraba, y sus miradas duraban un segundo más de lo normal, o eso me parecía a mí, y ese segundo de más me producía una incomodidad que no sabía dónde poner.

Consuelo, una de las chicas con las que compartía el piso, me lo dijo una mañana mientras desayunábamos.

—Samanta, ¿estás bien? Llevas días con una cara...

—Estoy bien —le dije—. Es el trabajo del seminario, que me tiene agotada.

—¿Segura? Porque anoche te escuché levantarte tres veces.

—Es que tengo sed por las noches. Es el aire seco de la calefacción.

Consuelo me miró con esa expresión suya de quien no termina de creerte pero decide no insistir, y volvió a su tostada. Consuelo era de Málaga, estudiaba Derecho, y tenía una capacidad para la alegría que yo siempre admiré en secreto, una ligereza que no era superficialidad sino todo lo contrario, una especie de sabiduría práctica sobre cómo no cargar con más peso del necesario. Yo cargaba con todo. Siempre lo hice.

—Esta noche salimos —me dijo—. Vienen unos amigos de Rafa. ¿Te apuntas?

—No puedo, tengo que terminar una transcripción.

—Samanta. —Se quedó mirándome—. Llevas tres semanas sin salir del piso excepto para ir a la facultad.

—Es que tengo mucho trabajo.

—Todos tenemos mucho trabajo. —Hizo una pausa—. Oye, ¿le has contado algo a tus padres? Sobre cómo estás.

—No hay nada que contarles. Estoy bien.

No estaba bien. Pero en aquel momento yo creía que estaba bien, o me obligaba a creerlo, que no es exactamente lo mismo pero desde adentro se siente igual. Lo que sí sabía, aunque no me lo dijera con esas palabras, era que no quería preocupar a mis padres. Mi padre tenía entonces cincuenta y cuatro años y una tensión arterial que el médico del pueblo vigilaba con desconfianza, y mi madre era de esas personas que convierten la

preocupación en un trabajo de tiempo completo. Si les decía que no dormía bien y que el mundo tenía una textura extraña, mi madre estaría en el autobús a Madrid al día siguiente con un táper de caldo y una caja de tila.

Así que no les dije nada.

Los jueves seguía yendo al seminario de Azcárraga, aunque cada vez me costaba más concentrarme. Me sentaba en mi sitio habitual, junto a la ventana que daba al patio de las palomas, y abría el facsímil que me correspondía y ponía los ojos sobre el texto, pero los ojos y la mente ya no viajaban juntos como antes. La mente se quedaba rezagada, distraída por cosas que no conseguía identificar.

Fue en uno de esos jueves cuando Azcárraga se fijó.

Llevábamos media hora trabajando en silencio cuando levantó la vista de sus papeles y me miró por encima de los lentes.

—Samaniego. ¿En qué folio va?

—En el... —Miré el facsímil. Llevaba veinte minutos mirando el folio cuarenta y tres sin leer una sola línea—. En el cuarenta y tres, profesor.

—¿Y qué dice el cuarenta y tres?

Hubo un silencio que duró demasiado. Los otros cinco estudiantes del seminario levantaron la vista.

—Dice... es una declaración testimonial. Un testigo que afirma haber visto a la acusada...

—¿Cómo se llama el testigo?

Miré el folio. El nombre estaba ahí, perfectamente legible, en la segunda línea. No conseguí leerlo.

—Pedro —dije al azar.

Azcárraga se quitó los lentes.

—El testigo se llama Alonso Fernández de la Torre —dijo, con una calma que era más incómoda que cualquier reproche—. Y no lo ha leído usted, Samaniego. Lo ha adivinado o lo ha inventado, que para el caso es lo mismo. —Hizo una pausa—. Quédese un momento al terminar.

Cuando los demás se fueron, Azcárraga se levantó y fue a la ventana. Estuvo un momento mirando el patio interior, las palomas, el cielo de noviembre que era de un gris muy uniforme, como si alguien hubiera pintado el cielo con una sola pasada de brocha.

—¿Cuánto lleva sin dormir bien? —me preguntó, sin voltearse.

Me sorprendió tanto la pregunta que contesté con la verdad.

—Unas tres semanas.

—¿Ha hablado con alguien?

—No hay nada de qué hablar, profesor. Es el agotamiento del semestre.

Se volteó entonces y me miró con una expresión que no era exactamente preocupación sino algo más cercano a la atención rigurosa con que miraba los manuscritos, como si yo fuera un texto que necesitaba ser leído correctamente.

—Samaniego. En treinta años de docencia he visto muchos estudiantes agotados por el semestre. No tienen la mirada que usted tiene ahora mismo.

—¿Qué mirada tengo?

No respondió de inmediato. Volvió a ponerse los lentes.

—La mirada de alguien que está escuchando algo que los demás no oímos —dijo al fin—. Vaya al médico de la facultad. Esta semana.

Salí de esa sala con una incomodidad nueva pegada al pecho, diferente a la de las semanas anteriores. Porque Azcárraga tenía razón en algo, aunque yo no estaba lista para saber exactamente en qué. Sí escuchaba algo. No voces, todavía no eran voces, pero sí una especie de ruido de fondo que se había instalado en algún lugar entre mis pensamientos y que yo no conseguía identificar ni hacer callar.

Esa noche llamé a casa.

—Hija, qué alegría. —La voz de mi madre sonó tan cercana que por un momento quise que estuviera ahí, en el piso de la calle Montera, sentada en la silla de la cocina que era la única silla cómoda que teníamos—. ¿Cómo estás? ¿Comiste bien hoy?

—Sí, mamá. Comí bien.

—¿Y el frío? Dicen que en Madrid está cayendo una helada esta semana.

—Llevo el abrigo, mamá.

—¿Y el seminario? ¿Cómo va ese profesor tuyo tan exigente?

—Azcárraga. Bien. Es muy buen profesor.

—¿Y tú estás bien, hija? Porque te noto la voz un poco...

—Estoy bien. Solo cansada. Es el final del semestre.

Hubo una pausa breve. Conocía esas pausas de mi madre. Eran el espacio donde ella decidía si insistir o no.

—¿Segura, Samanta?

—Segura, mamá. ¿Está papá?

Mi padre tomó el teléfono y me preguntó por los manuscritos con el entusiasmo genuino que ponía siempre en mis cosas, aunque no entendiera la mitad de lo que yo le explicaba, y durante diez minutos hablamos de Leonor González y del proceso inquisitorial del folio ochenta y nueve y mi padre dijo que le parecía una historia fascinante y que algún día tenía que contársela entera, y yo le dije que sí, que algún día se la contaría entera, y cuando colgué el teléfono me quedé sentada en la silla de la cocina con la

mano todavía sobre el auricular y los ojos en la mesa y algo dentro del pecho que no era exactamente tristeza pero se le parecía mucho.

No les dije nada.

Las semanas siguientes fueron un proceso de extrañamiento gradual que entonces no supe nombrar y que ahora, con todo lo que sé, puedo identificar con bastante precisión. Los psiquiatras lo llaman trema. Es una palabra que viene del griego y que significa, entre otras cosas, agujero. Y eso era exactamente lo que sentía: que se había abierto un agujero muy pequeño en la realidad, por el que se colaba una corriente de aire que no tendría que estar ahí.

Dejé de ir al bar de la facultad, que de todas formas nunca había sido mi lugar favorito, y también dejé de ir a la biblioteca por las tardes, que sí lo era, porque el metro me resultaba insoportable. No el metro en sí, sino la cantidad de gente en el metro, los cuerpos demasiado cerca, el ruido que reverberaba en los túneles de una manera que me parecía más intensa que antes, como si alguien hubiera subido el volumen general del mundo sin consultarme.

Caminaba, entonces. Iba andando desde el piso de la calle Montera hasta la facultad, cuarenta minutos de ida y cuarenta de vuelta, y durante esos trayectos miraba la ciudad con una atención que no era exactamente placer sino necesidad, como si tuviera que estar muy alerta para no perder algo importante. La gente en la calle. Sus caras. La dirección en que miraban.

Fue durante uno de esos trayectos cuando empecé a notar lo de las miradas.

No todas las miradas. Solo algunas. Una mujer en un portal que levantaba los ojos de su teléfono exactamente cuando yo pasaba. Un hombre en la terraza de un café que giraba la cabeza en mi dirección con una fracción de segundo de más. Un chico en una bicicleta que aminoraba la marcha al adelantarme. Cada uno por separado no era nada. Cualquier persona razonable me lo habría dicho, y yo misma me lo decía en la parte de mi mente que todavía funcionaba con normalidad: son coincidencias, Samanta, la gente mira a la gente, eso es lo que hace la gente en la calle.

Pero la otra parte de mi mente, la que empezaba a abrirse paso con una insistencia que yo no sabía todavía cómo frenar, guardaba cada mirada como una pieza de un rompecabezas. Y el rompecabezas estaba tomando una forma.

Una tarde de noviembre, al volver del seminario, me crucé en la escalera de mi edificio con el vecino del cuarto. Era un hombre de unos cuarenta años al que casi nunca veía y del que no sabía el nombre. Me miró al cruzarnos y dijo buenas tardes con una normalidad perfecta, y yo le dije buenas tardes también, y seguí subiendo. Pero al llegar a mi puerta me quedé parada con la llave en la mano pensando en algo que no sabía exactamente qué era, una sensación de que en ese buenas tardes había

algo que no cuadraba, alguna pequeña disonancia que no conseguía identificar.

Me metí en el baño y me miré en el espejo.

La cara que me devolvió el espejo era la mía, reconociblemente la mía, pero tenía algo diferente que tampoco sabía nombrar. Los ojos quizá. O la expresión alrededor de los ojos. Como si estuviera esperando algo.

—Estás bien —me dije en voz alta, al espejo.

El espejo no respondió nada. Claro que no respondió nada.

Pero yo seguí mirándome durante más tiempo del necesario, como si quisiera convencerme de algo que la cara del espejo no terminaba de confirmar.

Esa misma noche, Rafa, el novio de Consuelo que venía al piso los fines de semana, me dijo algo mientras esperábamos a que hirviera el agua para la pasta.

—Oye, Samanta, ¿va todo bien? Consuelo me dice que estás un poco...

—Estoy bien, Rafa. Gracias.

—No, es que... —Dudó—. Nada, que si necesitas algo.

—No necesito nada. Gracias.

Rafa asintió y no dijo nada más, y yo me fui a mi habitación con el plato de pasta y cerré la puerta, y me senté en la cama y comí sin hambre mirando el texto del seminario que debía tener listo para el jueves siguiente, y las letras del texto eran las letras de siempre, la letra cortesana del siglo XV con sus abreviaturas y sus ligaduras y sus particularidades, y yo las conocía y sabía leerlas. Pero esa noche, por primera vez, mientras leía el texto del proceso inquisitorial, tuve la sensación de que las palabras no estaban del todo quietas en la página.

No que se movieran. No exactamente. Sino que tenían una intención.

Lo escribo ahora y sé lo que parece. Sé perfectamente lo que parece desde fuera. Pero desde adentro, en ese momento, no parecía locura. Parecía un descubrimiento. Parecía que finalmente estaba viendo algo que había estado ahí todo el tiempo y que hasta ese momento no había sabido mirar.

Y eso, me doy cuenta ahora, es quizá lo más aterrador de todo: que al principio la enfermedad no se siente como una pérdida.

Se siente como un hallazgo.

CAPÍTULO 3

El patrón en la caligrafía

Madrid, invierno de 1998–1999

El descubrimiento ocurrió un martes.

Lo recuerdo con esa precisión que tienen ciertos momentos, no porque fueran importantes en el instante en que ocurrieron, sino porque después uno los repasa tantas veces que acaban pulidos como piedras de río, lisos y definitivos. Era un martes de diciembre, pasadas las once de la noche, y yo llevaba cuatro horas en la mesa de la cocina con el facsímil del proceso de Toledo abierto delante de mí y una taza de café frío a la izquierda y el cuaderno de transcripciones a la derecha. Consuelo dormía. La otra chica del piso, Begoña, había vuelto a casa de sus padres en Bilbao esa semana por no sé qué asunto familiar. El piso estaba en silencio.

Fue en el silencio donde lo vi.

Estaba transcribiendo el folio ciento doce, una declaración del fiscal sobre las pruebas presentadas contra Leonor González, cuando noté algo en la distribución de las letras mayúsculas. En la escritura cortesana del siglo XV, las mayúsculas tienen un tamaño y una posición relativamente estandarizados, pero hay escribanos que introducen variaciones propias, casi como una firma invisible dentro del texto. Yo lo sabía. Azcárraga nos lo había explicado en el seminario. Era un fenómeno documentado, estudiado, perfectamente normal.

Lo que noté no era eso.

Lo que noté era que ciertas mayúsculas, distribuidas a intervalos irregulares a lo largo del folio, formaban una secuencia. No una palabra, no exactamente. Pero sí algo que parecía querer ser una secuencia. Una L, tres folios más adelante una E, luego una O, luego otra vez una N.

Leon.

El nombre de la acusada, oculto en la caligrafía del propio fiscal que la acusaba.

Me levanté de la silla. Me senté. Volví a mirar el folio. Las mayúsculas seguían ahí. Fui al cuaderno y anoté las letras en orden, con el número de folio correspondiente a cada una. Las miré durante un minuto entero. Luego hice algo que en ese momento me pareció el paso natural y riguroso de cualquier investigación filológica: seguí buscando.

Pasé las horas siguientes revisando folio por folio, letra por letra, anotando cada mayúscula que me parecía ligeramente fuera de proporción o de posición. Para las dos de la madrugada tenía seis páginas de notas y una certeza que me producía un temblor en las manos que yo interpretaba como emoción científica.

Había un patrón.

No sabía todavía qué significaba ese patrón. Pero estaba ahí, incrustado en el texto como un mensaje dentro de otro mensaje, esperando a que alguien con los ojos suficientemente entrenados lo viera. Y yo lo había visto. Yo, Samanta Samaniego, estudiante de segundo año que hasta hacía un mes no conseguía que sus compañeros se acordaran de su nombre en el bar de la facultad, había encontrado algo que llevaba cinco siglos esperando.

Me acosté a las tres de la madrugada con el cuaderno de notas apretado contra el pecho.

Al día siguiente llegué al seminario antes que nadie. Cuando Azcárraga entró y dejó su carpeta sobre la mesa, yo ya estaba en mi sitio con el cuaderno abierto y seis páginas de anotaciones ordenadas cronológicamente.

—Profesor —dije, antes de que se sentara—. Creo que encontré algo en el manuscrito.

Se me quedó mirando. Se quitó los lentes.

—Cuénteme.

Le expliqué lo de las mayúsculas. Le mostré el cuaderno con las anotaciones. Él escuchó sin interrumpirme, con esa atención suya que era como un instrumento de precisión, y cuando terminé de hablar hubo un silencio que duró suficiente para que yo empezara a sentir algo parecido a la incomodidad.

Luego Azcárraga tomó el cuaderno, lo revisó página por página, lo cerró y me lo devolvió.

—Samaniego —dijo, con una calma que ahora reconozco como cuidado pero que entonces interpreté como escepticismo—. Lo que describe usted es un fenómeno que los paleógrafos llaman pareidolia caligráfica. La tendencia del ojo humano a encontrar patrones en distribuciones que son aleatorias. El cerebro es una máquina de buscar sentido. A veces encuentra sentido donde no lo hay.

—Pero las letras están ahí, profesor. No me las estoy inventando.

—Las letras están ahí. El patrón lo está poniendo usted. —Hizo una pausa—. ¿Durmió anoche?

—Pocas horas.

—¿Y la semana pasada?

—Estaba trabajando en esto.

—Samaniego. —Se puso los lentes—. Esto que me trae es un trabajo interesante como ejercicio de observación. Pero le pido que lo deje reposar unos días y vuelva a mirarlo con más sueño encima. El ojo descansado ve diferente al ojo agotado. Eso también es filología.

Salí del seminario con el cuaderno en la mochila y una sensación que no era exactamente decepción. Era algo más complicado. Era la sensación de que Azcárraga no había visto lo que yo había visto, y que eso no significaba que no estuviera ahí. Significaba que yo lo había visto primero.

Esa tarde, en vez de volver al piso, me fui a la biblioteca.

Necesitaba confirmar el patrón con más folios. Si las mayúsculas seguían la misma secuencia en la segunda mitad del documento, entonces no podía ser pareidolia. Entonces era real.

Pedí el facsímil completo en el mostrador. La bibliotecaria, una mujer joven con el pelo recogido que me conocía de verme ahí casi todos los días, me lo entregó con una sonrisa.

—Otra vez con el manuscrito de Toledo, ¿eh?

—Sí —le dije—. Creo que tiene algo que nadie ha visto todavía.

Ella asintió con la expresión amable y vagamente distraída de quien responde a algo sin haber escuchado del todo, y yo me llevé el facsímil a mi mesa habitual y estuve cuatro horas más buscando el patrón.

Lo encontré. O creí encontrarlo, que en ese momento era exactamente lo mismo.

Para cuando salí de la biblioteca era de noche y hacía un frío que cortaba. Caminé hasta el piso de la calle Montera con el cuaderno apretado bajo el brazo y la cabeza llena de letras y de secuencias y de una energía nerviosa que no tenía dónde gastar. Consuelo estaba en la cocina calentando algo en el microondas.

—¿Dónde has estado? Son las nueve.

—En la biblioteca. Encontré algo importante en el manuscrito del seminario.

—¿Importante cómo?

—Un patrón en la caligrafía. Creo que el escribano del proceso inquisitorial dejó un mensaje oculto en el texto. Un mensaje que nadie ha encontrado en cinco siglos.

Consuelo me miró con una expresión que entonces interpreté como falta de interés académico y que ahora sé que era otra cosa.

—Samanta —dijo, despacio—. ¿Cuándo fue la última vez que dormiste más de cuatro horas seguidas?

—No lo sé. No importa. ¿No te parece fascinante? Un mensaje oculto en un proceso de la Inquisición del siglo XV...

—Me parece que llevas semanas sin dormir bien y que estás obsesionada con ese manuscrito y que estás muy delgada y que me estás preocupando mucho. —Hizo una pausa—. ¿Has comido hoy?

—Tomé un café en la biblioteca.

—Eso no es comer, Samanta.

—Consuelo, en serio, esto es importante. Si el patrón es lo que creo que es...

—Siéntate. —Señaló la silla—. Siéntate y come algo mientras me cuentas, porque me niego a escucharte con esa cara de no haber comido en dos días.

Me senté porque me lo pidió y porque en algún lugar muy en el fondo sabía que tenía razón sobre la comida aunque no sobre lo demás. Consuelo me puso delante un plato de lo que había calentado, algo con arroz y verduras, y yo comí mecánicamente mientras le explicaba el patrón de las

mayúsculas y ella me escuchaba con esa paciencia suya que era una forma de quererme aunque yo en ese momento no lo estuviera viendo bien.

Cuando terminé de hablar, ella tardó un momento en responder.

—¿Y tu profesor qué dice?

—Que es pareidolia. Que el cerebro busca patrones donde no los hay.

—¿Y si tiene razón?

—No la tiene.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque lo vi. Porque estuve cuatro horas mirándolo esta tarde y el patrón sigue ahí. Las cosas que existen no desaparecen porque alguien no las quiera ver.

Consuelo me miró un momento más y luego bajó los ojos al plato. No dijo nada. Y su silencio, que yo interpreté entonces como rendición ante mi argumento, era en realidad, lo sé ahora, la señal de alguien que no sabe cómo ayudar a una persona que no quiere ser ayudada.

Esa noche no dormí.

No porque no quisiera. Me acosté, apagué la luz, cerré los ojos. Pero el patrón de las mayúsculas seguía proyectándose contra el interior de mis párpados con una claridad que no me dejaba descansar. Y con el patrón empezaron a llegar otras cosas. Conexiones que antes no había visto. El seminario de Azcárraga y su reacción de esa mañana. La negativa a reconocer lo que yo le había mostrado. El escepticismo demasiado rápido, demasiado rotundo, como el de alguien que ya sabe lo que hay en el manuscrito y no quiere que otro lo descubra.

Me incorporé en la cama.

¿Por qué conocía Azcárraga ese manuscrito con tanto detalle? Lo había traído él al seminario. Lo había elegido él entre todos los documentos posibles del Archivo Histórico Nacional. ¿Por qué ese proceso, el de Leonor González, el de Toledo, el de 1487?

Me levanté y encendí la lámpara del escritorio. Abrí el cuaderno en una página nueva.

Empecé a escribir.

No sé cuánto tiempo estuve escribiendo. Sé que cuando paré tenía tres páginas nuevas llenas de conexiones entre el manuscrito y el seminario y Azcárraga y los otros estudiantes, que de pronto también entraban en el esquema con una naturalidad que me pareció reveladora. Sus reacciones cuando yo intervenía en el seminario. La manera en que Marcos, el estudiante que se sentaba frente a mí, siempre parecía estar a punto de decir algo cuando yo hablaba y luego se lo pensaba mejor y callaba. La manera en que Elena, la chica del rincón, tomaba notas con una aplicación que me parecía excesiva incluso para una estudiante seria.

¿Qué anotaba Elena con tanta diligencia?

Cerré el cuaderno. Me fui al baño. Me miré en el espejo.

La cara que me devolvió el espejo tenía los ojos demasiado abiertos y algo en la mandíbula que no era tensión normal. Me mojé la cara con agua fría. El agua estaba muy fría y eso me ayudó un momento, como cuando se abre una ventana en una habitación con demasiado calor.

—Para —me dije en voz baja, al espejo—. Para un momento y piensa.

Pensé. O intenté pensar. Pero los pensamientos no se detenían, seguían llegando en cadena, cada uno conectado al siguiente con una lógica que desde adentro parecía impecable.

Volví a la cama. Apagué la lámpara. Cerré los ojos.

Las letras del manuscrito siguieron proyectándose contra mis párpados hasta que se hizo de día.

Llamé a casa esa mañana, antes de ir a la facultad. Necesitaba escuchar una voz conocida, aunque no supiera muy bien qué decirle a esa voz.

Mi madre contestó al segundo tono.

—Hija, pero qué temprano. ¿Estás bien?

—Sí, mamá. Solo quería escucharte.

Una pausa breve.

—¿Segura que estás bien?

—Sí. ¿Está papá?

—Está en la ducha. ¿Quieres que lo llame?

—No, no lo molestes. Solo... ¿cómo estáis los dos?

—Bien, hija, bien. Tu padre tiene una reunión hoy en el colegio, ya sabes cómo se pone. Y yo estoy con las cosas de siempre. Oye, ¿comiste bien ayer?

—Sí, mamá.

—¿Y el frío?

—Llevo el abrigo.

—¿Y duermes bien?

Hice una pausa que duró un segundo demasiado.

—Sí —dije—. Duermo bien.

Mi madre no dijo nada durante un momento. Y en ese silencio, que conocía tan bien como el silencio de mi propio nombre, supe que ella sabía que mentía. Pero ninguna de las dos cruzó esa línea. Ella no insistió y yo no confesé, y nos despedimos con los te quiero de siempre, y colgué el teléfono y me quedé mirando la pared de la cocina con la mano todavía sobre el auricular.

La pared era blanca. Una pared perfectamente normal, con una pequeña mancha de humedad en el rincón superior derecho que llevaba ahí desde que llegué al piso y a la que nunca había prestado atención.

Esa mañana la mancha me pareció tener una forma.

No un patrón de letras. No eso todavía. Pero sí una forma que no era del todo aleatoria, una curva que se doblaba hacia adentro de una manera que me recordó vagamente a algo que no supe identificar.

Me fui a la facultad sin desayunar.

Y mientras caminaba por las calles de Madrid bajo el cielo gris de enero con el cuaderno en la mochila y el abrigo que sí llevaba puesto, aunque para entonces el frío ya no me llegaba del todo, pensé que estaba a punto de entender algo muy grande. Algo que llevaba semanas construyéndose a mi alrededor sin que yo lo viera del todo.

Pensé que eso era lo que se sentía cuando uno estaba a punto de un descubrimiento verdadero.

No supe, todavía no supe, que era exactamente lo contrario.

CAPÍTULO 4

Las cuarenta y ocho horas

Madrid, enero de 1999. El baño del piso de la calle Montera

No sé cómo contarte esto.

Llevo tres días con el cuaderno abierto en esta página y las palabras no vienen, o vienen mal, o vienen y las tacho porque no son las correctas y yo necesito que sean las correctas. Tú mereces que sean las correctas. Así que voy a intentarlo de nuevo, desde el principio, con la misma paciencia con que Azcárraga me enseñó a leer un manuscrito difícil: despacio, sin saltar nada, sin decidir de antemano lo que dice antes de haberlo leído.

Lo que ocurrió en el baño del piso de la calle Montera en enero de 1999 fue lo siguiente.

Pero antes de contártelo necesito que entiendas algo que tardé años en entender yo misma: lo que viví dentro de ese baño era completamente real. No real como una metáfora, no real como una exageración dramática. Real como es real el dolor cuando te quemas la mano, real como es real el frío de enero en Madrid, real como es real la voz de tu abuela cuando te llama por teléfono. Mi cerebro fabricó esa realidad con los mismos materiales con que fabrica cualquier otra, y me la entregó sin advertencia y sin instrucciones, y yo no tenía manera de saber que era diferente a todo lo anterior porque desde adentro no lo era.

Eso no me absuelve de nada. Pero sí explica todo.

Fue una noche de miércoles. O de jueves. Los días habían perdido sus bordes para entonces y se me mezclaban con una facilidad que me

desconcertaba aunque no tanto como debería haberme desconcertado, que es también una de las trampas de lo que me estaba ocurriendo: la capacidad de adaptarse al deterioro sin reconocerlo como deterioro.

Lo que sí recuerdo con precisión es que Consuelo había salido. Me lo había dicho esa tarde en la cocina, que quedaba con Rafa y que volvería tarde, y que había dejado comida en el frigorífico si yo tenía hambre. Yo le había dicho que sí, que gracias, que me quedaba a trabajar. Begoña seguía en Bilbao. El piso era mío.

Estaba en mi habitación con el cuaderno y el facsímil cuando escuché el primer crujido.

Venía de la pared. No de la pared del fondo, donde estaba la ventana, sino de la pared lateral, la que compartía con el piso de arriba. Un crujido seco, como madera que se contrae con el frío, que en condiciones normales no habría significado nada porque los edificios viejos crujen, todo el mundo lo sabe, es lo que hacen los edificios viejos en invierno. Pero yo llevaba semanas sin dormir bien y llevaba días con la certeza creciente de que algo importante estaba ocurriendo a mi alrededor que yo estaba a punto de comprender del todo, y el crujido en esa pared en ese momento no fue un crujido.

Fue una señal.

Y entonces, con una nitidez que todavía ahora, veinticinco años después, me produce un escalofrío que no es exactamente miedo sino algo más parecido al asombro de lo que el cerebro humano es capaz de hacer, escuché la voz.

Era la voz de Azcárraga.

Venía desde el techo. Desde el piso de arriba, exactamente encima de mi habitación, con la claridad suficiente como para entender cada palabra.

—Ya sabe demasiado —dijo la voz—. Hay que cambiarle los libros.

Me quedé inmóvil.

El corazón me latía en los oídos con una fuerza que me sorprendió, como si hubiera estado corriendo aunque llevaba horas sentada. Miré el techo. El techo era blanco y liso y no decía nada, pero la voz había venido de ahí, inequívocamente de ahí, y era la voz de Azcárraga, reconocería esa voz entre mil voces, era la misma voz que me había hablado de la pareidolia caligráfica y de los ojos descansados y de los mensajes que el cerebro inventa donde no los hay.

Y ahora esa voz estaba en el piso de arriba diciéndole a alguien que yo sabía demasiado.

Me levanté. Fui a la puerta de mi habitación y la abrí y escuché el pasillo. Silencio. Fui a la puerta del piso y la acerqué al oído. Nada. Subí mentalmente al piso de arriba: vivía ahí un matrimonio mayor, los señores Vidal, a los que saludaba en la escalera de vez en cuando. Personas tranquilas, invisibles, del tipo que no da problemas y no los espera.

¿Conocían a Azcárraga?

Volví a mi habitación. Miré los libros en el estante sobre el escritorio. Mis libros del seminario, los facsímiles, los manuales de paleografía, el diccionario de latín medieval. Los miré con una atención nueva, una atención que los examinaba no como objetos familiares sino como posibles transmisores de algo que yo todavía no sabía nombrar.

Cambiarle los libros.

¿Qué significaba cambiarle los libros?

Lo entendí de golpe, con esa claridad fulminante que el cerebro psicótico confunde con la inteligencia porque se le parece mucho desde adentro: los libros eran el canal. A través de los libros, a través de los textos que me asignaban en el seminario, habían estado vigilando el avance de mi investigación. Y ahora que yo había encontrado el patrón, ahora que estaba demasiado cerca de entender lo que había en el manuscrito de Toledo, iban a sustituir los facsímiles por versiones alteradas. Versiones donde el patrón hubiera sido borrado.

Cogí los libros del estante. Los puse sobre la cama. Los abrí uno por uno y revisé cada página buscando señales de alteración, páginas sustituidas, textos que no recordaba haber leído antes. Mis manos temblaban pero no de miedo, o no solo de miedo, sino de esa energía que llevaba semanas acumulándose sin ningún lugar a donde ir.

Luego pasé a las ventanas.

La farola de la calle proyectaba su luz anaranjada a través de los visillos y esa luz, que yo había visto entrar por esa ventana cientos de noches sin prestarle atención, de pronto tenía una dirección. Una dirección específica, orientada hacia mí, hacia donde yo estaba de pie en el centro de mi habitación. Como si alguien desde afuera estuviera usando la luz para leer lo que yo pensaba.

Cogí las mantas de la cama. Las colgué sobre el visillo. No eran suficientes: por los bordes seguía entrando la luz. Busqué en el cajón del escritorio y encontré un rollo de cinta aislante, la que usaba para pegar los facsímiles cuando hacía anotaciones de trabajo. Sellé los bordes de la ventana con la cinta. Luego fui al cuarto de baño y sellé también esa ventana aunque daba a un patio interior donde no había farolas.

No quería riesgos.

De vuelta en el pasillo escuché pasos en el piso de arriba. Pasos reales, inconfundibles, el crujido del suelo de madera bajo un peso adulto moviéndose de una habitación a otra. Los señores Vidal. O alguien que estaba en el piso de los señores Vidal.

—Lo saben —dije en voz alta, sin proponérmelo.

Mi propia voz en el silencio del pasillo me sobresaltó. Era una voz que no reconocí del todo, más aguda y más seca que mi voz habitual, como si le hubieran quitado agua.

Entré al baño. Cerré la puerta con llave. Me senté en el suelo, con la espalda contra la bañera, las rodillas contra el pecho.

El baño era pequeño, el baño de un piso de estudiantes de los años setenta, con azulejos blancos y una bombilla de cuarenta vatios que daba una luz amarillenta y cansada. Olía a humedad y al champú de Consuelo, que era de frambuesa y que a mí siempre me había parecido un olor demasiado alegre para un baño. En ese momento el olor a frambuesa me pareció una prueba de algo, aunque no supe de qué.

Tenía el bolígrafo en el bolsillo del jersey. Siempre llevaba un bolígrafo. Y tenía el cuaderno, que había cogido de la mesa del escritorio sin pensar, por instinto, porque el cuaderno era lo que me pertenecía con más certeza que ninguna otra cosa.

Empecé a escribir.

Escribí lo de la voz de Azcárraga y lo de los libros y lo del patrón de las mayúsculas y lo de la luz de la farola y los pasos del piso de arriba. Lo escribí todo con una coherencia que desde adentro parecía impecable, un relato riguroso de lo que estaba ocurriendo, con fechas y detalles y conexiones, el mismo tipo de relato que habría construido para analizar un manuscrito difícil. Porque eso era lo único que sabía hacer cuando el mundo se volvía incomprensible: escribirlo hasta que tuviera sentido.

No sé cuánto tiempo estuve escribiendo. En algún momento la bombilla del baño parpadeó y durante un segundo me quedé a oscuras y el corazón me dio un vuelco que me dejó sin aliento, y luego volvió la luz y yo seguí escribiendo.

En algún momento posterior escuché a Consuelo llegar al piso. La llave en la cerradura, la puerta, sus pasos en el pasillo, la luz de la cocina que se encendía.

—¿Samanta? —llamó—. ¿Estás en casa?

No respondí.

—¿Samanta?

Sus pasos por el pasillo. La puerta del baño. El pomo que giró y no cedió porque estaba cerrado con llave.

—Samanta, ¿estás ahí dentro?

—Sí —dije. Mi voz sonó extraña también desde adentro—. Estoy bien. Ve a dormir.

—¿Qué haces con la puerta cerrada? Son las dos de la mañana.

—Estoy trabajando. Ve a dormir, Consuelo.

Una pausa larga al otro lado de la puerta.

—¿Trabajando en el baño?

—Sí.

Otro silencio. Luego su voz, más baja, más cuidadosa.

—Samanta. Ábreme la puerta.

—Estoy bien. De verdad. Ve a dormir.

—No me voy a dormir hasta que abras esa puerta.

—Consuelo, por favor. Necesito estar sola un momento.

Escuché su respiración al otro lado. Y luego sus pasos alejándose por el pasillo, y la puerta de su habitación cerrándose, y el silencio volviendo a instalarse en el piso con esa solidez que tienen los silencios nocturnos.

Seguí escribiendo.

En algún momento de la madrugada las palabras del cuaderno dejaron de ser suficientes y empecé a recitar en voz baja. No sé por qué el Quijote. Supongo que porque era el texto que más profundo tenía en la memoria, el que llevaba más tiempo dentro de mí, el que mis labios conocían antes que mi conciencia. En lugar de recordar el principio exacto empecé por lo que me vino: *Con estos pensamientos, lleno de dolor y de contento, el lastimado caballero siguió adelante.*

Lo recité en voz muy baja, casi sin mover los labios, como un conjuro o como una oración, que en el fondo son la misma cosa: palabras que se dicen no para ser escuchadas sino para recordarle a uno mismo que sigue existiendo.

Con estos pensamientos, lleno de dolor y de contento.

Lleno de dolor y de contento. Eso era exactamente lo que sentía, aunque en ese momento no lo habría podido nombrar así. El dolor del miedo y el contento extraño, casi eufórico, de creer que estaba en el centro de algo importante. Las dos cosas al mismo tiempo, sin contradicción, porque el cerebro en ese estado no distingue entre lo que debería sentir y lo que siente.

No sé cuánto duré ahí sentada. Sé que en algún momento salió el sol porque la pequeña ventana sellada del baño se iluminó ligeramente por los bordes, una luz distinta a la de la farola, más blanca y más fría. Sé que en algún momento el bolígrafo empezó a fallar y lo agité varias veces para que volviera a fluir la tinta. Sé que en algún momento dejé de tener frío, lo cual no significaba que hubiera dejado de hacer frío.

Sé que Consuelo volvió a intentarlo por la mañana.

—Samanta. —Su voz al otro lado de la puerta era diferente a la de la noche anterior. Más seria. Más asustada, aunque intentaba que no se notara—. Samanta, son las nueve. Llevas toda la noche ahí dentro. Necesito que abras la puerta.

—Estoy bien —dije. Mi voz era un hilo—. Todavía no puedo salir.

—¿Por qué no puedes salir?

No respondí. La respuesta era demasiado larga y demasiado complicada y no estaba segura de que Consuelo pudiera entenderla, no porque fuera

poco inteligente sino porque no había visto lo que yo había visto y no había escuchado lo que yo había escuchado.

—Samanta. Voy a llamar a alguien si no abres esa puerta.

—No llames a nadie.

—Entonces abre.

—Consuelo, por favor. Déjame un poco más.

Silencio. Y luego sus pasos alejándose de nuevo.

Y luego, mucho más tarde, pasos distintos. Más de un par de pasos. Y voces que no reconocí.

Y luego un golpe en la puerta que no era un toque sino algo más contundente, y la voz de un hombre que no era Rafa diciendo mi nombre con una calma profesional que lo distinguía de cualquier voz que yo hubiera escuchado antes en ese pasillo.

—Samanta Samaniego. Soy sanitario. ¿Puede escucharme?

Me pegué más a la bañera.

—No necesito ayuda —dije.

—Me alegra escucharle la voz. ¿Puede decirme cómo se encuentra?

—Bien. Estoy bien. Dígale a Consuelo que estoy bien.

—Su compañera está aquí. Está preocupada por usted. ¿Puede abrirme la puerta?

—No puedo salir todavía.

—¿Por qué no puede salir?

Miré la puerta. Al otro lado había una voz tranquila y profesional que me preguntaba por qué no podía salir, y la respuesta seguía siendo demasiado larga y demasiado complicada, y además había algo en la calma de esa voz que no me terminaba de convencer, una calma demasiado estudiada, demasiado preparada, como la calma de alguien que sabe de antemano lo que va a ocurrir.

—¿Quién le mandó? —pregunté.

Una pausa breve.

—Nadie me mandó. Su compañera llamó al número de emergencias porque estaba preocupada.

—¿Conoce usted al profesor Azcárraga?

Otra pausa. Más larga.

—No conozco a ningún profesor Azcárraga.

—Está bien —dije—. No importa.

Seguí pegada a la bañera. El cuaderno estaba sobre mis rodillas, abierto en la última página que había escrito, llena de una letra que no reconocí del todo como mía, más apretada y más irregular que mi letra habitual.

Lo que ocurrió después ocurrió muy rápido y no del todo en orden. La puerta cediendo de golpe hacia adentro. La luz del pasillo que entró como un golpe de claridad después de tantas horas con solo la bombilla de cuarenta vatios. Dos hombres de uniforme azul que me miraron desde el umbral con expresiones entrenadas para no revelar nada. Consuelo detrás de ellos, con la cara de quien ha estado llorando y ha decidido dejar de llorar para poder hacer lo que hay que hacer.

—Samanta —dijo Consuelo, con una voz que no le había escuchado nunca —. Todo va a estar bien.

Yo la miré. Quería creerle. Una parte de mí, la parte que llevaba días sin dormir y sin comer bien y que estaba agotada de sostener todo aquel peso, quería creerle con una desesperación que no supe expresar.

Pero la otra parte todavía sostenía el cuaderno.

—Mis notas —dije—. Necesito llevarme mis notas.

Uno de los sanitarios se arrodilló a mi altura. Tenía unos cuarenta años y una manera de moverse que no era apresurada ni brusca, y me habló en voz baja como si hubiera hecho eso muchas veces, que supongo que sí había hecho.

—El cuaderno puede venir con usted —dijo—. ¿Puede darme la mano?

Le di la mano. Era una mano grande y cálida y real, absolutamente real, y cuando la sentí algo dentro de mí se rompió de una manera que no era exactamente alivio pero se le parecía un poco.

Me ayudó a levantarme.

Tenía las piernas entumecidas de tantas horas en el suelo de piedra y los primeros pasos los di con una torpeza que me avergonzó, aunque avergonzarse en ese momento era un lujo extraño. Consuelo me tomó del otro brazo. Olía a su champú de frambuesa, ese olor que me había parecido una señal de algo hacía solo unas horas y que ahora era simplemente el olor de Consuelo, familiar y sin misterio.

—Lo siento —le dije, no sé bien por qué.

—No tienes nada que sentir —dijo ella—. Vamos.

Salimos al pasillo. Y luego al rellano de la escalera. Y luego a la calle, donde la luz de enero era blanca y fría y completamente indiferente, como siempre había sido la luz de enero en Madrid, sin intenciones ni direcciones, solo luz.

La ambulancia estaba aparcada en doble fila con las luces sin encender. Un pequeño grupo de vecinos miraba desde la acera de enfrente con esa mezcla de curiosidad y discreción que tienen los madrileños cuando ocurre algo en la calle. Los miré. Ninguno de ellos me miraba de la manera que yo había interpretado durante semanas como una señal. Me miraban como miran los vecinos cuando sacan a alguien en camilla un miércoles por la

mañana: con una pena breve y anónima que no tiene nada que ver conmigo.

Subí a la ambulancia con el cuaderno apretado contra el pecho.

Y mientras las puertas se cerraban y el vehículo arrancaba y Madrid empezaba a pasar al otro lado de la ventanilla como siempre había pasado, uniforme y ajena y enorme, tuve un pensamiento muy claro, el más claro que había tenido en semanas.

Pensé en Leonor González. En el folio ochenta y nueve. En su respuesta al tribunal que ya había decidido lo que iba a hacer con ella: que su error era error de ignorancia y no de mala fe.

Pensé que quizá yo también necesitaba que alguien entendiera esa distinción.

Que lo que me había ocurrido en ese baño, fuera lo que fuera, no había sido de mala fe.

Nunca lo fue.

CAPÍTULO 5

El hospital de la luz fría

Madrid, enero–abril de 1999. Hospital Clínico San Carlos, Unidad de Psiquiatría

El primer color que recuerdo del hospital es el verde.

No el verde de los árboles ni el verde del musgo ni ningún verde que exista en la naturaleza. Un verde fabricado, un verde que alguien eligió en algún momento de la historia de ese edificio pensando quizá que era un color tranquilizador, y que con los años se había ido apagando hasta convertirse en algo que no era exactamente un color sino la ausencia de otros colores. Las paredes del pasillo por donde me llevaron eran de ese verde. El pijama que me dieron después era de ese verde. Durante semanas ese verde fue el horizonte de mi mundo.

Me ingresaron de madrugada.

Hay detalles de esas primeras horas que recuerdo con una nitidez que me sorprende, y otros que se han borrado completamente, como si la memoria hubiera decidido por su cuenta qué merecía conservarse y qué no. Recuerdo los fluorescentes del techo, una luz blanca y plana que no proyectaba sombras y que hacía que todo pareciera igualmente irreal. Recuerdo el olor, que era una mezcla de desinfectante y de algo más difícil de nombrar, algo que tardé días en identificar y que al final decidí que era el olor del tiempo detenido. Recuerdo que alguien me quitó el cuaderno y que yo protesté, y que me dijeron que me lo devolverían, y que no me lo devolvieron esa noche.

Recuerdo las correas.

No voy a extenderme en eso más de lo necesario, porque incluso ahora, veinticinco años después, escribirlo me cuesta de una manera que no me cuesta escribir otras cosas. Lo que sí quiero que entiendas es por qué ocurrió: no porque yo fuera violenta, no porque representara un peligro para nadie en ese momento, sino porque cuando los médicos intentaron tomarme la tensión arterial yo retiré el brazo, y cuando intentaron ponerme una vía intravenosa me aparté, y el protocolo ante esa negativa en una paciente en estado psicótico era la contención mecánica. Así lo llaman. Contención mecánica. Es un nombre muy limpio para algo que se vive de una manera muy distinta.

Me ataron a la cama con correas de cuero y me dejaron bajo la luz fluorescente mientras en el pasillo se escuchaban voces y pasos y, en algún momento de la madrugada, los gritos de alguien en una habitación que no era la mía.

Desperté con las correas todavía puestas y un médico joven sentado en una silla a mi lado con una carpeta sobre las rodillas.

—Buenos días —dijo—. ¿Sabe dónde está?

Lo miré. Tenía unos treinta años, pelo castaño, una expresión que intentaba ser neutral pero que tenía en los bordes algo que no era neutralidad sino cuidado, lo que con el tiempo aprendí a distinguir como la diferencia entre un buen médico y uno que solo hace su trabajo.

—En un hospital —dije. Mi boca estaba muy seca.

—Correcto. Hospital Clínico San Carlos, Unidad de Psiquiatría. Soy el doctor Herrera. ¿Recuerda cómo llegó aquí?

—En ambulancia.

—¿Recuerda por qué?

Hubo una pausa. La pregunta era sencilla pero la respuesta no lo era, o yo no estaba segura de cuál era la respuesta correcta, o de si existía una respuesta correcta en ese momento.

—Estaba encerrada en el baño —dije al fin.

—¿Sabe por cuánto tiempo?

—No.

—Aproximadamente cuarenta y ocho horas. —Hizo una pausa—. ¿Cómo se llama usted?

—Samanta Samaniego.

—¿Cuántos años tiene?

—Veintitrés.

—¿Qué estudia?

—Filología. —Y luego, sin saber muy bien por qué lo añadí—: Filología Medieval. Manuscritos del siglo XV principalmente. Textos inquisitoriales castellanos.

El doctor Herrera anotó algo en su carpeta. No me dijo si lo que había dicho era relevante o no, si era una señal de algo o simplemente una respuesta a su pregunta. Aprendí después que eso era deliberado: los psiquiatras en fase de evaluación son muy cuidadosos con lo que devuelven, porque lo que devuelven modifica lo que recibirán a continuación.

—¿Tiene familia? —preguntó.

—Mis padres. Viven en un pueblo de Castilla.

—¿Hay algún número donde podamos localizarlos?

Se lo di. Y cuando lo hice, cuando pronuncié el número de teléfono de casa de mis padres con el prefijo provincial, sentí por primera vez desde hacía semanas algo que se parecía a un suelo firme bajo los pies. No porque el suelo lo fueran ellos, sino porque existían. Porque había un número que los localizaba. Porque en algún lugar fuera de ese hospital verde y de esa luz blanca sin sombras, mi padre escuchaba la radio por las mañanas y mi madre bordaba por las tardes y los dos eran completamente reales de una manera en que yo en ese momento no estaba del todo segura de serlo.

—¿Puedo recuperar mi cuaderno? —pregunté.

—Más adelante —dijo el doctor Herrera—. Primero necesitamos hacerle algunas pruebas.

Las pruebas fueron un día entero de análisis de sangre y de preguntas y de una resonancia magnética en la que tuve que quedarme inmóvil dentro de una máquina que hacía ruidos que en otras circunstancias habrían activado todo lo que llevaba semanas construyéndose en mi cabeza, pero que ese día, agotada como estaba, recibí con una pasividad que no era exactamente calma sino el agotamiento que viene después de que el cuerpo ha gastado todo lo que tenía.

Mis padres llegaron al día siguiente.

Los vi desde el pasillo, a través del cristal de la puerta de la sala de espera: mi padre de pie con el abrigo todavía puesto, las manos en los bolsillos, mirando el suelo con esa manera suya de esperar que siempre me había parecido la imagen misma de la paciencia. Mi madre sentada, con el bolso sobre las rodillas y las manos encima del bolso, mirando hacia la puerta con una expresión que intentaba ser serena y que no lo era.

Cuando entré a la sala mi madre se levantó de un golpe y me abrazó antes de que yo pudiera decir nada, y el abrazo fue tan fuerte y tan inmediato que me sorprendió, porque mi madre no era de los abrazos fuertes, era de los abrazos medidos, los abrazos que duran lo que tienen que durar y no un segundo más, y este duró mucho más.

—Hija —dijo, y no dijo nada más.

Mi padre esperó a que mi madre me soltara y entonces me puso una mano en el hombro, esa mano grande y callosa de maestro de primaria que conocía desde siempre, y me miró con unos ojos que hacían todo lo posible por no demostrar lo que estaban sintiendo y no lo conseguían del todo.

—¿Cómo estás? —me preguntó.

—Cansada —dije, que era la respuesta más honesta y más incompleta que podía dar.

—Claro —dijo él—. Claro que estás cansada.

Nos sentamos los tres juntos en esa sala de espera que olía a desinfectante y a café de máquina, y durante un momento ninguno de los tres dijo nada, y ese silencio compartido fue lo más parecido a un hogar que yo había tenido en mucho tiempo.

Luego mi madre se limpió los ojos con un pañuelo doblado que sacó del bolso y carraspeó.

—El médico nos explicó algunas cosas —dijo—. Que necesitas descansar. Que van a hacerte unas pruebas más. Que...— Se detuvo—. Que van a cuidarte muy bien aquí.

—Mamá —dije.

—Sí, hija.

—No estéis asustados.

Mi padre hizo algo que no le había visto hacer casi nunca: una pequeña sonrisa que no era de alegría sino de algo más complicado, de esas sonrisas que son una manera de decir te quiero cuando uno no sabe cómo decirlo de otra forma.

—Nosotros estamos bien —dijo—. Tú descansa.

El diagnóstico tardó dos semanas en llegar, y cuando llegó el doctor Herrera me lo explicó con una claridad y una calma que ahora agradezco aunque en ese momento me resultó casi ofensiva por lo tranquilo que era para contener lo que contenía.

—Samanta, los resultados de todas las pruebas que hemos hecho apuntan a un primer episodio psicótico agudo. —Hizo una pausa—. Hay varios factores que vamos a seguir evaluando, pero lo que puedo decirle con certeza es que lo que usted vivió estas semanas tiene una explicación neurobiológica. No es un problema de carácter ni de voluntad. Es una enfermedad. Y tiene tratamiento.

—¿Qué tipo de enfermedad?

—Vamos a ser cuidadosos con el diagnóstico definitivo porque un primer episodio requiere seguimiento antes de confirmar nada. Lo que sí vamos a empezar es un tratamiento farmacológico.

—¿Qué tipo de fármacos?

—Antipsicóticos. Haloperidol principalmente, combinado con algo para la ansiedad. —Me miró—. Puede que al principio note algunos efectos secundarios. Temblores, sobre todo. La boca seca. Una cierta lentitud. Son normales y se van ajustando con el tiempo.

—¿Y las voces? —pregunté, y fue la primera vez que lo llamé así, voces, en voz alta, con esa palabra.

El doctor Herrera no parpadeó.

—Las voces van a ir bajando de volumen —dijo—. No de golpe. Pero van a ir bajando.

Tenía razón. Eso fue exactamente lo que ocurrió.

Los primeros días con el haloperidol fueron difíciles de una manera diferente a los días anteriores. La dificultad anterior era el caos, el exceso, todo demasiado intenso y demasiado significativo. La dificultad nueva era la opacidad: como si alguien hubiera puesto un cristal esmerilado entre yo y el mundo, y todo llegara amortiguado, más lento, con menos bordes. Me costaba leer. Me costaba seguir una conversación durante más de unos minutos. Me costaba recordar palabras que sabía perfectamente, palabras que habían sido parte de mi vocabulario activo durante años y que de repente tardaban en llegar, como si tuvieran que recorrer una distancia mayor de la habitual.

Pero la voz de Azcárraga fue bajando de volumen.

Despacio, como él me había dicho. Al principio seguía estando, pero más lejana, como escuchada a través de una pared gruesa. Luego más lejana todavía, como escuchada desde otra habitación. Luego como un zumbido que ya no formaba palabras reconocibles. Y en algún momento de la tercera semana me di cuenta de que llevaba varias horas sin escucharla.

Fue en ese silencio donde ocurrió lo que los psiquiatras llaman conciencia de enfermedad y que yo llamaría, con más precisión filológica, el momento en que el texto y el lector vuelven a estar en el mismo idioma.

Desperté una mañana de la tercera semana con la luz gris de febrero entrando por la ventana de mi habitación, que daba a un patio interior del hospital, y me quedé mirando el techo durante un rato sin pensar en nada concreto, y luego pensé: las mayúsculas del manuscrito no eran un patrón. Azcárraga no tenía ninguna conspiración. Los vecinos en la calle no me miraban de una manera especial. La luz de la farola era solo luz de farola.

No fue un pensamiento dramático. No vino acompañado de llanto ni de alivio teatral. Fue más parecido a cuando uno lleva mucho tiempo con fiebre y una mañana se despierta y la fiebre ha bajado: uno lo sabe no por ninguna sensación intensa sino por la ausencia de algo que estaba ahí y ya no está.

Me levanté. Fui al baño y me miré en el espejo.

La cara que me devolvió el espejo tenía los ojos más lentos que antes, efecto de la medicación, y había en los rasgos algo apagado que no reconocí de inmediato y que tardé un momento en identificar: era el peso de lo que sabía ahora. De lo que ya no podía no saber.

—Hola —le dije a la cara del espejo, igual que le había dicho estás bien semanas antes. Pero ahora no lo decía para convencerme de nada. Lo decía simplemente porque quería saber si la voz que salía era todavía la mía.

Lo era. Más seca, más lenta. Pero mía.

Pedí hablar con el doctor Herrera esa misma mañana.

—¿Cómo se encuentra hoy? —me preguntó cuando me senté frente a él.

—Diferente —dije—. Creo que... creo que estoy empezando a entender lo que me pasó.

—¿Qué cree que le pasó?

—Que mi cerebro construyó algo que no existía. —Hice una pausa—. Y que lo construyó de manera tan convincente que yo no pude distinguirlo de lo real.

El doctor Herrera me miró con esa atención suya que nunca era ni demasiado ni demasiado poco.

—¿Y cómo le hace sentir eso?

Era una pregunta que en otra circunstancia me habría parecido obvia hasta la irritación, la pregunta clásica del psiquiatra de las películas. Pero en ese momento la tomé en serio porque merecía tomarse en serio.

—Me hace sentir muchas cosas al mismo tiempo —dije—. Alivio de que las voces hayan bajado. Y también algo que no sé cómo llamar todavía. Como cuando terminas de leer un libro y sabes que el mundo que había dentro ya no va a estar ahí cuando lo cierres.

Él asintió despacio.

—Eso que describe —dijo— es una reacción muy frecuente y muy legítima. Usted vivió algo que para su cerebro era completamente real. Procesarlo requiere tiempo.

—¿Cuánto tiempo?

—No puedo darle un número exacto. Cada persona es diferente.

—Siempre dicen eso los médicos —dije, y él sonrió brevemente, el primer gesto que no era estrictamente profesional que le había visto, y ese gesto me pareció más terapéutico que muchas de las cosas que había dicho antes.

La vida en la unidad tenía una estructura que al principio me resultó opresiva y que con el tiempo aprendí a usar como apoyo. Desayuno a las ocho. Taller de terapia ocupacional a las diez. Almuerzo a las dos. Visita de médico a las cuatro. Cena a las siete. Luces a las diez. Los horarios eran el andamiaje sobre el que había que construir algo parecido a un día normal, y yo, que siempre había sido ordenada por temperamento, me aferré a ellos con una gratitud que no esperaba sentir.

En el taller de terapia ocupacional pintábamos mandalas con témperas. Yo los pintaba con las manos temblorosas que eran otro efecto secundario del

haloperidol, los pinceles me resbalaban a veces y los colores no quedaban donde yo quería que quedaran, y eso me producía una frustración que era también, en cierto modo, una señal de que yo seguía ahí: solo me frustra lo que me importa.

Había otros pacientes en el taller. No los voy a describir con detalle porque no es mi lugar hacerlo, no tengo derecho a contar sus historias aunque las haya vivido de cerca. Lo que sí puedo decirte es que en ese taller, pintando mandalas con manos temblorosas junto a personas que también tenían sus propias tormentas interiores, aprendí algo sobre la condición humana que ningún manuscrito medieval me había enseñado con tanta claridad: que el sufrimiento no ennoblece por sí solo, pero que la manera en que uno decide sostenerlo dice algo verdadero sobre quién es.

Al final de la sexta semana el doctor Herrera me comunicó que habían aprobado mi alta.

—Va a continuar con la medicación —me explicó—. Y va a tener un seguimiento quincenal en el Centro de Salud Mental de su distrito cuando vuelva a casa. Es importante que no interrumpa el tratamiento aunque se encuentre bien. Especialmente si se encuentra bien.

—¿Por qué especialmente si me encuentro bien?

—Porque cuando uno se encuentra bien tiende a pensar que ya no necesita la medicación. Y en este tipo de trastorno eso es un error frecuente y peligroso.

—De acuerdo —dije.

—¿Tiene preguntas?

Tenía muchas preguntas. Tenía preguntas que no sabía todavía cómo formular, preguntas sobre lo que me había ocurrido y por qué y si volvería a ocurrir y qué significaba para el resto de mi vida, preguntas que en ese momento eran demasiado grandes para caber en una consulta de veinte minutos.

Elegí la más pequeña, la más inmediata.

—¿Puedo recuperar mi cuaderno?

El doctor Herrera abrió el cajón de su escritorio y sacó el cuaderno. Lo puso sobre la mesa entre los dos. Lo miré. Era el mismo cuaderno con el que había entrado al baño de la calle Montera, con las tapas de cartón azul marino que había elegido en la papelería de la esquina al empezar el semestre porque me habían parecido serias, de filóloga seria.

Lo cogí. Lo abrí por la última página escrita. Vi mi letra de aquellas noches, apretada e irregular, y las leí en voz alta con dificultad durante un momento.

El doctor Herrera me observó leer sin decir nada.

Luego cerré el cuaderno.

—¿Puedo pedirle algo? —dije.

—Claro.

—Cuando llegue a casa. Cuando estén mis padres y esté la medicación y el seguimiento. —Hice una pausa—. ¿Puedo seguir estudiando filología?

Él tardó un momento en responder.

—Eso va a depender de muchos factores —dijo con cuidado—. Pero no hay ninguna razón, en principio, para que no pueda seguir siendo quien es.

Era una respuesta prudente y ambigua y completamente honesta, y la agradecí más que si me hubiera dicho que sí sin dudar.

Mis padres vinieron a buscarme un jueves de principios de abril. Mi madre con el abrigo de primavera que yo le conocía de toda la vida, mi padre con los mismos ojos de la primera vez aunque algo más descansados. Firmamos los papeles del alta. Una enfermera me devolvió las cosas que habían guardado: el bolígrafo, los cordones de los zapatos, el reloj. Me cambié el pijama verde por mi ropa y durante un momento, con el jersey de lana y los vaqueros y los zapatos con cordones, volví a tener una forma reconocible.

Bajamos en ascensor. Cruzamos el vestíbulo. Salimos por las puertas automáticas al exterior.

Madrid en abril huele a tierra mojada y a tilo y a gases de coche, una mezcla que no es exactamente hermosa pero que es absolutamente real. La sentí entrar por la nariz y me detuve un momento en la acera sin saber muy bien por qué, y mi padre se detuvo también a mi lado y no dijo nada, que era exactamente lo correcto.

Luego caminamos hasta el coche.

Yo iba en el asiento de atrás y ellos delante, y mientras Madrid pasaba al otro lado de la ventanilla con su tráfico y sus edificios y su cielo de abril que era de un azul muy pálido y completamente honesto, pensé que estaba mirando el mundo a través de un cristal. No el cristal esmerilado de los primeros días con la medicación. Otro cristal. Más limpio. Pero cristal al fin.

Y pensé que quizá, de ahora en adelante, sería siempre así. Que entre yo y el mundo habría siempre ese espesor muy fino, casi invisible, que era el precio de saber lo que mi cerebro podía hacerme.

No era un pensamiento triste. O no era solo triste. Era también, de alguna manera que tardé mucho tiempo en entender del todo, el primer pensamiento completamente honesto que había tenido en meses.

Y la honestidad, aunque duela, siempre ha sido mi lugar.

CAPÍTULO 6

Los años del cristal

España, 2000–2004. Casa de los padres, seguimiento ambulatorio

Mi pueblo huele a pan y a piedra húmeda por las mañanas.

Lo había olvidado. No completamente, no de la manera en que se olvidan las cosas que uno quiere olvidar, sino de la manera silenciosa en que se olvidan las cosas que siempre han estado ahí: sin drama, sin fecha de olvido, simplemente dejando de estar en el primer plano de la atención. Cuando el coche de mis padres entró por la carretera comarcal y apareció el campanario de la iglesia sobre las casas bajas y el olor entró por la ventanilla entreabierta, me sorprendí a mí misma con los ojos cerrados y la cara levemente girada hacia afuera, como un animal que reconoce su territorio por el olfato antes que por la vista.

—Ya llegamos —dijo mi madre desde el asiento delantero, con una voz que intentaba ser normal y lo conseguía casi del todo.

—Ya —dije yo.

Mi habitación estaba exactamente igual que cuando me fui a Madrid cuatro años antes. Mi madre no había tocado nada, o si había tocado algo lo había vuelto a poner en su sitio con una precisión que era su manera de decirme que siempre había un lugar al que volver. Los libros en el estante en el mismo orden. El escritorio con la lámpara de flexo que compramos en el mercadillo cuando tenía doce años. La colcha de cuadros azules y blancos que había tenido desde el colegio. Me quedé en el umbral mirando esa habitación durante un momento más del necesario.

—Si quieres cambiamos algo —dijo mi madre detrás de mí—. La colcha, o los muebles, o lo que quieras. No tienes que quedarte con todo igual.

—Está bien así, mamá.

—¿Segura?

—Segura.

Entré y dejé la bolsa sobre la cama y me senté a su lado y miré por la ventana, que daba al huerto pequeño que mi padre cuidaba los fines de semana con una dedicación desproporcionada para su tamaño. Había un peral que en esa época del año, principios de primavera, estaba a punto de florecer. Lo miré durante un rato sin pensar en nada concreto.

Eso era nuevo. La capacidad de mirar algo sin que ese algo me dijera nada más allá de lo que era. El peral era un peral. La ventana era una ventana. La luz de la tarde era la luz de la tarde. Esa normalidad perceptiva, que cualquier persona sin mi historia habría dado por supuesta sin ni siquiera nombrarla, a mí me parecía en ese momento el regalo más extraordinario que podía recibir.

Los primeros meses en casa fueron una negociación silenciosa entre los tres.

Mis padres habían aprendido cosas sobre mi enfermedad que yo no les había enseñado: las habían aprendido solos, buscando, leyendo lo que encontraban, hablando con el médico del pueblo y probablemente con el psiquiatra del centro de salud mental del distrito al que yo empecé a ir cada dos semanas. Esa búsqueda suya, que yo descubrí por indicios, por la

manera en que formulaban las preguntas y por los libros que encontré una vez en la mesita de noche de su habitación, me conmovió de una manera que no supe expresarles en ese momento y que escribo aquí porque quizá nunca se lo dije suficientemente bien en voz alta.

Mi padre había aprendido, por ejemplo, que el silencio matutino era importante. Que no convenía llenar la mañana de conversación y de ruido hasta que yo hubiera tenido tiempo de ubicarme en el día. Así que por las mañanas él se levantaba antes que yo, preparaba el café, encendía la radio en un volumen muy bajo, y cuando yo bajaba me encontraba la mesa puesta y él leyendo el periódico, y me decía buenos días con una naturalidad que era el resultado de un esfuerzo deliberado que yo reconocía y agradecía sin nombrarlo.

—Buenos días —me decía sin levantar los ojos del periódico.

—Buenos días, papá.

—¿Dormiste bien?

—Sí.

—El café está recién hecho.

Y ya. Sin más. Sin ¿cómo estás de verdad? ni ¿escuchaste algo anoche? ni ninguna de las preguntas que debía de tener ganas de hacer y que guardaba con una disciplina que era su forma de quererme.

Mi madre era diferente. Mi madre necesitaba hablar más, necesitaba saber, necesitaba que las cosas se nombraran para poder ordenarlas. Con ella la negociación fue distinta.

—Hija, ¿tomaste la pastilla?

—Sí, mamá. La tomo siempre con el desayuno.

—¿Y el temblor? ¿Sigue igual?

—Un poco mejor. El doctor Vallejo dice que se va ajustando.

—¿Y cómo fue la consulta del martes?

—Bien, mamá. Hablamos de cómo me he sentido la semana y de la medicación y de si he dormido bien.

—¿Y has dormido bien?

—Sí.

—¿De verdad?

—De verdad, mamá.

Una pausa. Mi madre doblaba y desdoblaba una servilleta encima de la mesa con los dedos, un gesto que hacía cuando estaba pensando algo que no sabía cómo decir.

—Es que a veces te escucho levantarte por la noche —decía al fin.

—A veces me levanto a beber agua. No es nada.

—Ya, ya sé que no es nada. Solo me pregunto si...

—Mamá. —La miraba a los ojos—. Estoy bien. Si no estuviera bien te lo diría.

Ella me sostenía la mirada un momento y luego asentía, y yo sabía que no estaba del todo convencida y ella sabía que yo lo sabía, y las dos decidíamos seguir adelante de todas formas porque era lo que había que hacer.

Eso era el amor en nuestra casa: seguir adelante de todas formas.

El doctor Vallejo era mi psiquiatra del centro de salud mental del distrito, un hombre de unos cincuenta años con una barba gris descuidada y unos modales que al principio me parecieron demasiado informales para un médico y que con el tiempo reconocí como una estrategia deliberada para crear un ambiente donde sus pacientes pudieran hablar sin sentirse evaluados, aunque por supuesto siempre estuvieran siendo evaluados.

Me citaba cada dos semanas en un despacho pequeño que tenía una ventana con vistas a un aparcamiento y una planta verde en el alféizar que nunca supe si era real o de plástico.

—¿Cómo ha ido esta semana? —me preguntaba.

—Bien. Traduje quince folios de un texto del siglo XIV que me mandaron de Madrid.

—¿Quince folios? ¿Y eso es mucho o poco?

—Depende. Para mí ahora mismo es bastante. Las manos todavía me tiemblan un poco y eso hace que escribir a mano sea más lento.

—¿Usa el ordenador?

—Para las notas previas. Pero la transcripción final prefiero hacerla a mano. Siempre lo he hecho así.

—¿Por qué?

Lo pensé un momento.

—Porque a mano siento que estoy en conversación con el texto. Con el ordenador estoy más en conversación con la máquina.

Él anotó algo.

—¿Y eso de trabajar desde casa, cómo lo lleva?

—Bien. Mejor que la facultad, de momento. La facultad tiene demasiada gente y demasiado ruido y todavía no estoy lista para eso.

—¿Cree que algún día lo estará?

Era una pregunta trampa, o al menos una pregunta que tenía más de una respuesta posible y donde la que uno eligiera decía algo sobre cómo estaba. Lo sabía. Lo contesté con honestidad.

—No lo sé —dije—. Espero que sí. Pero no quiero prometerme cosas que no sé si podré cumplir.

El doctor Vallejo asintió.

—Eso —dijo— es exactamente la respuesta correcta.

Empecé a trabajar como traductora y revisora de textos medievales por encargo, de manera irregular y modesta, a través de un contacto que Azcárraga, con una generosidad que nunca agradecí suficientemente, facilitó antes de que yo dejara Madrid. Le había escrito una carta, breve y sin dramatismo, explicándole que había tenido un problema de salud y que volvía a casa de mis padres y que quería seguir trabajando en filología de alguna manera. Él me respondió con otra carta igualmente breve en la que me daba dos contactos en Madrid y uno en Salamanca que podían necesitar traductores de confianza.

No mencionó el seminario ni las mayúsculas ni la pareidolia caligráfica. No mencionó nada de lo anterior. Solo los tres contactos y una frase al final que guardé durante años: *El oficio no se pierde. Sigue.*

Lo hice. Seguí.

El trabajo llegaba por correo, literalmente por correo postal en aquellos años, facsímiles y fotocopias de documentos que yo recibía, analizaba, transcribía y devolvía en sobres que mi padre echaba al buzón del ayuntamiento los lunes por la mañana cuando iba a comprar el periódico. Era un trabajo lento y mal pagado y completamente invisible para cualquiera que no supiera lo que era, y para mí era, en ese período, la única prueba tangible de que seguía siendo Samanta Samaniego, filóloga, además de ser Samanta Samaniego, paciente psiquiátrica con seguimiento quincenal.

Necesitaba las dos identidades. Pero solo una de ellas la había elegido yo.

Fue en ese segundo año en casa cuando llegó el gato.

Apareció en el huerto de mi padre una mañana de octubre, flaco y desconfiado, con una oreja ligeramente rota en la punta que le daba un aspecto de veterano de algo. Mi padre lo encontró durmiendo entre las matas de tomillo y vino a decirme que había un gato en el huerto con la misma calma con que habría venido a decirme que había una carta en el buzón.

—Un gato —dije.

—Sí. Flaco. Con la oreja así. —Señaló la punta de su propia oreja.

—¿Le diste de comer?

—Le puse un poco de leche. Se la bebió entera.

Fui al huerto. El gato estaba debajo del peral, que en esa época ya había perdido las hojas y tenía ese aspecto descarnado y honesto de los árboles en otoño. Me miró con unos ojos amarillos que no eran ni amistosos ni hostiles sino simplemente evaluadores, del tipo que mide antes de decidir.

Me senté en el banco de piedra que mi padre había puesto al lado del peral. No me moví. El gato me miró. Yo lo miré. Pasaron varios minutos en ese intercambio silencioso.

Luego el gato se levantó, caminó hacia mí con esa dignidad específica de los gatos que han decidido condescender, y se sentó a mis pies.

—Rocinante —le dije.

Él me miró desde abajo con sus ojos amarillos.

—Te voy a llamar Rocinante —repetí—. Porque también tú llegas en mal estado pero con buenas intenciones.

Mi madre, que había aparecido en el umbral de la puerta del huerto sin que yo me diera cuenta, dijo desde ahí:

—¿Le vas a poner nombre?

—Ya se lo puse.

—Entonces ya es nuestro.

—Tuyo y de papá —dije—. Yo solo le di el nombre.

Pero desde ese día Rocinante dormía en mi habitación, en el rincón junto al radiador, y yo le hablaba por las noches cuando no dormía bien, que seguía ocurriendo aunque con menos frecuencia y con menos consecuencias que antes. Le hablaba en voz baja de los textos que estaba traduciendo, de las particularidades caligráficas del escribano del siglo XIV que me había tocado ese mes, de lo que había dicho el doctor Vallejo en la última consulta. Él me escuchaba con esa atención selectiva de los gatos, que parece total y probablemente no lo es, y su presencia en el rincón, ese peso vivo y cálido, era de noche la cosa más parecida a una compañía que no me pedía nada que yo no pudiera dar.

Los años en casa fueron eso. Una reconstrucción silenciosa y lenta, ladrillo a ladrillo, sin prisa y sin garantías. Los meses de medicación ajustada y de consultas quincenales y de textos medievales que llegaban por correo y de mañanas con el café de mi padre y de noches con Rocinante en el rincón. Hubo momentos difíciles: días en que el mundo volvía a tener esa textura extraña de las semanas previas al brote, y yo los reconocía ahora y llamaba al doctor Vallejo y él ajustaba algo o simplemente me escuchaba, y el momento pasaba. Hubo semanas mejores que otras. Hubo una primavera entera que recuerdo como casi completamente buena.

Cumplí veinticinco años en casa de mis padres. Mi madre hizo un pastel de almendra que era el que hacía siempre para los cumpleaños, y mi padre sacó una botella de vino que guardaba para las ocasiones y brindamos los tres en la cocina con Rocinante observándonos desde la silla que había adoptado como suya.

—Por los veinticinco —dijo mi padre, levantando la copa.

—Por los veinticinco —repetí.

—Y por los que vienen —añadió mi madre, con esa manera suya de añadir siempre el futuro a cualquier celebración del presente, como si necesitara dejar abierta la puerta de lo que todavía no había ocurrido.

Brindamos.

Rocinante bostezó desde su silla con una indiferencia regia que nos hizo reír a los tres, y esa risa en la cocina iluminada, esa risa pequeña y doméstica y completamente real, fue quizá el momento más feliz de ese período. No la felicidad grande y ruidosa de las películas. La otra felicidad. La que cabe en una cocina y en una copa de vino y en el bostezo de un gato con la oreja rota.

La que es suficiente porque es lo que hay.

La que uno solo aprende a reconocer después de haber perdido otras cosas.

Cumplí veintisiete años también en casa, y veintiocho, y en cada cumpleaños mi madre hacía el pastel de almendra y mi padre sacaba el vino y Rocinante bostezaba, y yo seguía traduciendo textos medievales y yendo al doctor Vallejo y tomando la medicación cada mañana con el desayuno. La vida tenía una forma. No era la forma que yo había imaginado cuando llegué a Madrid con veinte años y la nariz llena de olor a papel viejo y la certeza de que estaba exactamente donde debía estar.

Era otra forma. Más pequeña, más cautelosa, con los bordes más protegidos.

Pero era una forma. Y yo estaba dentro de ella.

Lo que no sabía entonces, lo que ninguno de nosotros sabía aunque el doctor Vallejo lo había intentado explicar con la prudencia de quien anuncia algo que no puede evitarse sino solo prepararse, era que la forma no era permanente.

Que el equilibrio, por sólido que pareciera, era siempre provisional.

Que la tormenta no pregunta si estás listo.

Simplemente vuelve.

CAPÍTULO 7

El segundo fuego

España, 2004–2005. Casa de los padres. Segundo brote

Voy a contarte algo que me ha costado años poder escribir.

No porque no lo recuerde. Lo recuerdo con una precisión que quisiera no tener, con ese tipo de memoria que no es fiel sino exacta, que no reproduce el pasado sino que lo clava en el presente con una claridad que no tiene compasión. Lo recuerdo todo. Y precisamente porque lo recuerdo todo me ha costado tanto escribirlo.

Pero estoy haciéndolo. Lo estoy escribiendo porque te lo debo, porque te lo debo a ti y también me lo debo a mí, y porque una filóloga sabe que los textos que no se escriben no existen, y este tiene que existir aunque duela.

Empezó despacio, como la primera vez. Esa es la crueldad particular del segundo brote: uno ya sabe qué es lo que se avecina, ha estudiado sus propias señales, ha aprendido a reconocerlas. Y sin embargo el cerebro las

disfraza con suficiente habilidad como para que uno dude. Como para que uno piense: quizá esta vez es solo cansancio. Quizá esta vez es el cambio de estación. Quizá esta vez no es lo que fue.

Fue en el otoño de 2004 cuando las cosas empezaron a torcerse de nuevo. Yo tenía veintiocho años y llevaba cuatro en casa de mis padres y el doctor Vallejo había empezado a hablar, con mucha cautela y muchos condicionales, de la posibilidad de que me planteara retomar los estudios en la facultad de manera parcial el año siguiente. Era una conversación que me producía a la vez ilusión y un miedo que intentaba no nombrar, y quizá esa tensión entre las dos cosas debilitó algo, o quizá fue el cambio de dosis que habíamos probado ese verano buscando reducir el temblor de manos, o quizá fue simplemente que era el momento y el cerebro tiene sus propios calendarios que no consulta con nadie.

Lo primero que noté fue el sueño.

No el insomnio de la primera vez, sino lo contrario: una somnolencia pesada que me caía encima a mediodía y que yo intentaba resistir porque sabía que dormir de día desajustaba el sueño nocturno y el sueño nocturno era uno de los pilares sobre los que descansaba todo lo demás. Me resistía y la somnolencia volvía con más fuerza, y luego por las noches no dormía bien, y el ciclo se instaló con una rapidez que ahora reconozco como señal pero que entonces interpreté como un efecto secundario temporal de algo, del cambio de tiempo, del ajuste de dosis, de cualquier cosa menos de lo que era.

La segunda señal fue la comida.

Tardé en identificarla como señal porque al principio era muy sutil. Una ligera incomodidad al comer, como si la textura de determinados alimentos no fuera del todo correcta, como si hubiera algo en ellos que no estaba del todo bien. Lo dejaba en el plato. Mi madre lo notaba pero no decía nada, o decía algo neutro como ¿no tienes hambre hoy? y yo decía no mucho, y ella quitaba el plato sin insistir.

Luego la incomodidad se fue haciendo más específica.

—Mamá —le dije una tarde de noviembre mientras ella servía la cena—. ¿Compraste esto en la tienda de siempre?

Ella me miró.

—Sí, hija. ¿Por qué?

—Porque huele diferente.

—¿Diferente cómo?

Lo miré. Era un guiso de verduras que mi madre hacía desde que yo era niña, con las mismas verduras de siempre y el mismo aceite de siempre y el mismo punto de sal de siempre. Lo olí con atención. Había algo en ese olor que no era el olor de siempre, algo más sintético, más intervenido.

—No sé —dije—. Diferente.

Mi madre puso la olla sobre el salvamanteles y me miró de una manera que reconocí: era la mirada de quien está haciendo cálculos internos con mucha rapidez.

—Samanta —dijo, con una calma que le costaba—. ¿Tomaste la pastilla hoy?

—Sí.

—¿Segura?

—Mamá, sí. La tomo siempre.

Ella asintió y no dijo nada más y yo comí parte del guiso aunque el olor seguía pareciéndome diferente, y esa noche llamé al doctor Vallejo y le dejé un mensaje en el contestador diciéndole que quería adelantar la cita de la semana siguiente, que tenía algunas cosas que contarle.

El doctor Vallejo me llamó al día siguiente.

—Cuénteme —dijo.

Le conté lo del sueño y lo de la comida. Él escuchó en silencio.

—¿Algo más? —preguntó.

Dudé.

—A veces siento que la gente del pueblo me mira demasiado cuando salgo —dije, y mientras lo decía escuché mis propias palabras desde fuera y supe exactamente lo que significaban y quise que no significaran eso.

—¿Con qué frecuencia sale usted?

—Poco. Cada vez menos.

Otro silencio.

—Samanta, quiero que venga mañana. No espere a la cita de la semana que viene.

—¿Es grave?

—No lo sé todavía. Por eso quiero verla mañana.

Fui al día siguiente. El doctor Vallejo me examinó con esa atención suya de siempre y ajustó la medicación y me pidió que llamara si cualquier cosa cambiaba durante los días siguientes, y que mis padres estuvieran pendientes. Se lo dijo a ellos también, en la sala de espera, con palabras que yo no escuché pero que mi madre me resumió después con una voz que no temblaba porque había decidido que no iba a temblar.

—Dice que hay que estar atentos —me dijo—. Que probablemente no sea nada pero que hay que estar atentos.

—Lo sé, mamá.

—¿Tienes miedo?

Me lo preguntó de frente, sin rodeos, que no era su manera habitual y que por eso me sorprendió. La miré.

—Sí —dije.

Ella asintió. Y luego hizo algo que tampoco era su manera habitual: me tomó la mano encima de la mesa y la sostuvo ahí, sin decir nada más, durante un momento que no sé cuánto duró pero que guardé.

Los días siguientes fueron una vigilancia silenciosa de tres personas que intentaban no mirarse demasiado para no asustarse mutuamente. Mi padre ponía la música por las mañanas. Mi madre cocinaba cosas sencillas que sabía que yo comía sin dificultad: arroz, huevo, fruta. Rocinante dormía en mi habitación con una fidelidad que no tenía nada de deliberada pero que yo recibía como si la tuviera.

Y yo tomaba la medicación ajustada y llamaba al doctor Vallejo cada dos días y me decía a mí misma que esta vez iba a ser diferente, que esta vez yo sabía lo que era y podía nombrar lo que sentía y eso me daba una ventaja que no había tenido la primera vez.

Pero el cerebro no negocia con lo que uno sabe.

El cerebro tiene su propia lógica y cuando decide construir algo lo construye con los mejores materiales disponibles, los más convincentes, los más difíciles de desmantelar. Y los mejores materiales son siempre los más íntimos: los miedos que uno lleva más hondo, las culpas que uno no ha terminado de procesar, las grietas que quedaron de la última vez.

El delirio que construyó mi cerebro esa segunda vez no fue sobre manuscritos medievales ni sobre conspiraciones académicas. Fue sobre la comida. Fue sobre Rocinante. Fue sobre las personas que más quería en el mundo.

Llegó una noche de diciembre con una certeza que no se anunció ni pidió permiso.

La comida estaba contaminada.

No toda la comida. Solo la que me daban en casa. Alguien, no sabía exactamente quién pero el contorno de ese alguien empezaba a tomar forma, estaba añadiendo algo a mi comida para cambiarle los pensamientos. Para hacerla dócil. Para impedir que se diera cuenta de lo que estaba ocurriendo.

Lo pensé esa noche y a la mañana siguiente no desayuné.

—¿No tienes hambre? —preguntó mi padre.

—No mucho.

—¿Tomaste la pastilla?

—Sí.

Mentía. Había dejado de tomar la pastilla dos días antes porque la pastilla también podía estar intervenida, eso lo entendí de golpe una tarde mientras la sostenía en la palma de la mano antes de tragarla y la miré con una atención nueva y vi que tenía un color ligeramente diferente al de siempre, o eso me pareció, y la guardé en el bolsillo y la tiré después al retrete.

No se lo dije al doctor Vallejo cuando me llamó.

—¿Cómo está? —me preguntó.

—Bien —dije—. Más tranquila.

—¿Comiendo bien?

—Sí.

—¿Tomando la medicación?

—Sí.

Era la primera vez que le mentía directamente. Y lo hice con una facilidad que me aterró después pero que en ese momento no me produjo ninguna incomodidad, porque desde dentro del delirio la mentira no es una mentira sino una protección. Uno protege lo que sabe de quienes no pueden entenderlo.

Rocinante empezó a aparecer en el esquema una semana después.

Mi cerebro, trabajando con la eficiencia oscura que tiene cuando construye un sistema delirante, encontró en Rocinante un elemento que no había considerado: el gato comía lo mismo que yo no comía. Las sobras, los trozos que yo dejaba en el plato. Si la comida estaba contaminada, Rocinante también estaba contaminado.

—Rocinante —le dije una noche, con él en mi regazo y yo en la cama—. Tenemos que irnos.

Él me miró con sus ojos amarillos.

—No aquí —le dije—. Aquí no estamos seguros.

Sé lo que estás pensando mientras lees esto. Sé perfectamente lo que estás pensando porque yo también lo pienso ahora, desde esta distancia de veinticinco años y con todo lo que sé. Y tienes razón. Y yo tenía razón entonces también, en la parte de mi mente que todavía funcionaba y que intentaba decirme que lo que estaba ocurriendo no era real. Pero esa parte era pequeña y silenciosa y la otra parte era grande y ruidosa y estaba absolutamente convencida.

Salí de casa una tarde de enero mientras mis padres dormían la siesta.

Llevaba a Rocinante envuelto en mi abrigo, con la mano puesta sobre su lomo para que no se moviera demasiado, y caminé por el pueblo con la cabeza baja y la certeza de que tenía que llevarlo a un lugar seguro. Un lugar donde nadie pudiera llegar a él.

Había un trastero en el edificio de la plaza, un edificio antiguo que tenía la puerta de la escalera siempre con el pestillo corrido porque el cerrojo llevaba años roto y nadie lo había arreglado. Lo sabía porque de niña había jugado en ese portal con los hijos de los vecinos. Subí al primer rellano. Había una puerta de madera que daba a un pequeño cuarto sin ventana donde se guardaban cosas que nadie reclamaba: cajas viejas, herramientas

oxidadas, un colchón enrollado que llevaba ahí desde antes de que yo naciera.

Puse a Rocinante dentro.

—Aquí estás seguro —le dije—. Aquí nadie te va a encontrar. Vuelvo a buscarte.

Él me miró desde el suelo del trastero con sus ojos amarillos. Había en esa mirada algo que no sé si los gatos son capaces de expresar o si fui yo quien lo proyecté, pero que yo recibí como una pregunta.

Cerré la puerta.

Volví a casa. Me metí en mi habitación. Me senté en la cama.

Y en algún momento de ese proceso, en algún punto entre cerrar la puerta del trastero y sentarme en mi cama, algo cedió. No de golpe. Más bien como cuando un tejado lleva tiempo aguantando el peso de la nieve y llega un momento en que cede, no en una explosión sino en un colapso lento que empieza por un extremo.

Me escuché a mí misma. Escuché lo que había hecho.

Había encerrado a Rocinante en un trastero sin ventana en enero.

Me levanté de la cama. Fui a la puerta de mi habitación. La abrí. Fui al cuarto de mis padres y llamé con los nudillos aunque eran las cinco de la tarde y sabía que ya no dormían.

—Mamá —dije cuando abrió la puerta—. Mamá, hice algo.

Ella me miró. En su cara ocurrió algo muy rápido, una serie de expresiones que se sucedieron en menos de un segundo: la sorpresa, el miedo, la decisión de no dejarse llevar por el miedo.

—¿Qué hiciste, hija?

—Encerré a Rocinante en el trastero del edificio de la plaza. Hay que ir a buscarlo.

No hizo preguntas. Cogió el abrigo y las llaves y fuimos las dos, y mi padre detrás cuando entendió lo que ocurría, y encontramos a Rocinante en el trastero húmedo y oscuro, asustado pero ileso, que salió disparado en cuanto abrimos la puerta y se pegó a mis piernas en el portal como si yo fuera lo más seguro del mundo, que era exactamente lo contrario de lo que era en ese momento.

Lo cogí en brazos. Era la primera vez que le pedía perdón a un gato y probablemente no fue la última.

—Lo siento —le dije al pelo de su cabeza—. Lo siento mucho.

Él ronroneó. Los gatos no guardan rencor o son muy buenos disimulándolo, y en ninguno de los dos casos hay reproche.

Mis padres no dijeron nada en ese momento. Esperaron. Y esa noche, cuando Rocinante dormía en su rincón y la casa estaba en silencio, mi padre entró a mi habitación y se sentó en la silla del escritorio y me miró

desde ahí con esa manera suya de mirar que no pedía nada sino que ofrecía espacio.

—Hay que llamar al doctor Vallejo mañana —dije yo, antes de que él dijera nada.

—Sí —dijo él.

—Y hay que contarle todo. Lo de la medicación también.

—Sí.

—Papá. —Lo miré—. Lo siento.

Él negó con la cabeza despacio.

—No tienes nada que sentir.

—Sí tengo. Sé que tengo.

—Samanta. —Su voz era muy quieta—. Lo que tienes es una enfermedad. Y mañana llamamos al médico y hacemos lo que haya que hacer. —Hizo una pausa—. ¿Estás bien ahora?

—Creo que sí. Creo que sí estoy bien ahora.

—Bien —dijo—. Entonces duerme.

Se levantó. Fue a la puerta. Se detuvo en el umbral.

—El gato está bien —dijo, sin voltearse—. Eso es lo que importa.

Cerró la puerta.

Me quedé mirando el techo en la oscuridad con Rocinante caliente y pesado a mis pies, y escuché la casa, los crujidos de la madera, la respiración del pueblo afuera, y pensé en mi padre sentado en esa silla diciéndome el gato está bien con esa voz quieta, y no supe si llorar o agradecer o simplemente existir dentro de ese momento tan pequeño y tan enorme al mismo tiempo.

Al día siguiente el doctor Vallejo habló con mis padres durante más de una hora.

Yo esperé en la sala de espera del centro de salud con Rocinante dentro del transportín, porque no había querido dejarlo solo en casa y el doctor Vallejo había dicho que no había problema, que la sala de espera de su consulta había visto cosas más sorprendentes que un gato. Escuché, a través de la puerta cerrada, el murmullo de las voces sin entender las palabras.

Cuando salieron, mi madre tenía los ojos brillantes pero no llorados. Mi padre tenía las manos en los bolsillos.

El doctor Vallejo se quedó en el umbral de la puerta.

—Samanta —dijo—. Vamos a necesitar cambiar el plan.

Lo que vino después ya no lo decidí yo. Y eso, aunque en ese momento lo viví como una derrota, fue también de alguna manera un alivio que no supe reconocer hasta mucho después.

Porque hay momentos en que uno no puede ser el arquitecto de su propia vida. Hay momentos en que el edificio necesita otros andamios.

Y hay que saber, aunque duela, cuándo es el momento de pedir que los pongan.

Las voces que me han acompañado desde entonces, las que aparecieron en los meses posteriores a ese enero y que ya nunca se han ido del todo, no me hablan de manuscritos ni de conspiraciones académicas. Me hablan de Rocinante. Son dos voces masculinas que no tienen cara ni nombre pero que conozco tan bien como conozco mi propia letra, y que me preguntan siempre lo mismo, con una precisión que no pierde filo con los años:

¿Dónde está tu gato, Samanta?

¿Dónde está tu gato?

Les he estudiado como estudié los manuscritos. Sé cuándo vienen y casi puedo anticiparlas. Lo que no he aprendido, después de todos estos años, es a no escucharlas.

Porque las voces que vienen del propio remordimiento son las más difíciles de acallar.

No porque sean mentira.

Sino porque contienen, en su centro más oscuro, una verdad que uno no puede desmentir del todo.

CAPÍTULO 8

Lo que el diagnóstico se llevó

España, 2005–2008. Primer ingreso de larga estancia

Hay una palabra que los médicos usan con mucho cuidado cuando hablan con los pacientes y con sus familias, una palabra que rodean de explicaciones y de condicionales y de frases que intentan suavizar lo que contiene sin conseguirlo del todo porque lo que contiene no se puede suavizar del todo.

La palabra es internamiento.

No ingreso, que es lo que había ocurrido la primera vez, que tiene una temporalidad implícita, un hasta que mejore, un cuando estés lista para volver. Internamiento es otra cosa. Internamiento lleva dentro de sí mismo una duración que no se especifica y que precisamente por no especificarse pesa más que cualquier número concreto.

El doctor Vallejo nos lo explicó a los tres juntos, a mis padres y a mí, en su despacho pequeño con la ventana al aparcamiento y la planta en el alféizar que ese día, no sé por qué lo recuerdo, tenía una hoja nueva y pequeña asomando desde el centro, un verde muy claro y muy joven que no pegaba nada con lo que se estaba diciendo en esa habitación.

—La situación —dijo el doctor Vallejo, con esa calma suya que era un instrumento de trabajo— ha cambiado respecto al primer episodio. Entonces el entorno familiar pudo contener la crisis y el seguimiento

ambulatorio fue suficiente. Ahora hay factores que hacen que ese modelo ya no sea el más adecuado.

—¿Qué factores? —preguntó mi padre. Su voz era completamente normal. Eso me costó más que si hubiera temblado.

—El abandono de la medicación durante el episodio. La velocidad con que se instaló el delirio a pesar del seguimiento. Y la naturaleza de algunas de las conductas durante la crisis. —Hizo una pausa—. No estoy hablando de peligrosidad. Samanta no representa un riesgo para nadie. Estoy hablando de que necesita un entorno con más recursos de los que el domicilio familiar puede ofrecer.

Mi madre tenía las manos entrelazadas sobre el bolso. No dijo nada.

—¿Cuánto tiempo? —pregunté yo.

El doctor Vallejo me miró.

—Eso no puedo decírselo con exactitud. Dependerá de cómo responda al tratamiento, de la estabilización, de una serie de factores que iremos evaluando.

—Pero no es temporal —dije—. No como la primera vez.

Una pausa muy breve.

—Es una estancia de duración indeterminada —dijo—. Con revisiones periódicas.

Duración indeterminada. Lo guardé en algún lugar de la mente donde se guardan las cosas que no se pueden digerir de inmediato y que uno sabe que tendrá que procesar después, cuando esté solo, cuando no haya nadie mirando.

—¿Dónde? —preguntó mi padre.

El doctor Vallejo mencionó un centro. Una unidad de media y larga estancia en una ciudad a dos horas de nuestro pueblo. Un centro especializado, con un equipo multidisciplinar, con programas de terapia ocupacional y seguimiento psiquiátrico. Lo describió con la misma precisión con que uno describe un tratamiento médico porque eso era: un tratamiento. No un castigo. No un abandono. Un tratamiento.

Lo entendí entonces. Lo entiendo ahora. Y entre el entenderlo y el sentirlo hay una distancia que en ese momento medí con toda exactitud y que no se ha reducido del todo en todos los años que han pasado.

Mis padres no lloraron en el despacho del doctor Vallejo. Mi madre lloró después, en el coche, de espaldas a mí porque iba en el asiento del copiloto y yo iba detrás, y yo la escuché aunque ella pensaba que no la escuchaba, ese llanto contenido y silencioso que es el más difícil de sostener porque quien llora así está haciendo un esfuerzo enorme para que no se note y ese esfuerzo duele más que el llanto mismo. Mi padre condujo con las dos manos en el volante y los ojos en la carretera y no dijo nada hasta que llegamos a casa.

Y en casa tampoco hubo grandes palabras. Esa noche cenamos los tres en silencio, un silencio que no era vacío sino todo lo contrario, lleno de cosas que ninguno de los tres sabía cómo empezar a decir. Rocinante se subió a la mesa, que tenía prohibido, y ninguno de los tres lo bajó.

Los días siguientes fueron de preparativos. Mi madre lavó y dobló ropa con una meticulosidad que era su manera de hacer algo cuando no podía hacer lo que quería hacer. Mi padre fue al banco a preguntar por cuestiones administrativas que yo no entendí del todo y que él me explicó con más detalle del necesario, como si los detalles pudieran llenar el espacio de lo que no se podía explicar. Yo hice mis propios preparativos, que eran más escasos pero más importantes para mí: seleccioné los libros que me llevaría, que no podían ser muchos, y copié a mano en un cuaderno nuevo los versos del Quijote que más me sabía de memoria, como si necesitara asegurarme de que iban conmigo aunque los libros no cupieran.

La noche antes de irme, mi padre entró a mi habitación.

Se sentó en la silla del escritorio, igual que había hecho la noche del trastero. Rocinante estaba en el rincón. La habitación tenía ese aspecto de las habitaciones cuando alguien se va a ir: las cosas en su sitio pero con algo diferente en el aire, una cierta conciencia de sí mismas que normalmente no tienen.

—¿Cómo estás? —me preguntó.

—No lo sé —dije, que era la respuesta más honesta.

—Bien —dijo él—. Está bien no saber.

Guardamos silencio un momento.

—Papá —dije—. ¿Y Rocinante?

—Rocinante se queda con nosotros.

—¿Lo cuidaréis bien?

—Como si fuera nuestro.

—Es vuestro —dije—. Siempre fue más vuestro que mío, aunque yo le pusiera el nombre.

Mi padre no respondió a eso. Miró al gato en el rincón.

—¿Tienes miedo? —me preguntó al fin, igual que me había preguntado mi madre meses antes.

—Sí —dije, igual que le había respondido a ella—. Pero también estoy cansada. Y creo que estar cansada es peor que tener miedo, porque el miedo al menos te mantiene despierta.

Él asintió despacio.

—Vamos a ir a verte —dijo—. Todas las semanas que nos dejen.

—Lo sé, papá.

—Y si necesitas algo, lo que sea, nos llamas.

—Lo sé.

—¿Y el trabajo? ¿Los encargos de filología?

Lo miré. No había pensado en eso, o sí había pensado en eso y lo había guardado junto con las otras cosas que no podía digerir de inmediato.

—No sé si podré seguir —dije.

—Claro que podrás. —Lo dijo sin dudar, con una convicción que no sé si era real o construida para mí, y que en cualquier caso recibí como si fuera real —. Llevas tus cuadernos. Y cuando estés lista sigues.

—¿Y si no estoy lista nunca?

Una pausa larga.

—Entonces habrás hecho otras cosas —dijo—. Pero yo creo que estarás lista.

Me fui al día siguiente en el coche de mis padres, con una bolsa de viaje y la caja con los libros y el cuaderno con los versos del Quijote. Pasamos por el centro del pueblo y yo miré por la ventanilla la plaza, la iglesia, la papelería donde compraba los cuadernos de cartón azul marino, el banco de piedra del huerto donde me había sentado la tarde que llegó Rocinante. Lo miré todo con esa atención de quien mira las cosas sabiendo que va a dejar de verlas, que no es una atención más intensa sino más consciente, más deliberada.

Mi madre llevaba en el regazo el táper con galletas que había hecho esa mañana muy temprano, antes de que yo me levantara, porque necesitaba hacer algo con las manos y hornear galletas era lo que sabía hacer.

Llegamos al centro a mediodía.

Era un edificio de los años setenta, funcional y sin pretensiones, rodeado de un jardín con árboles que en esa época del año estaban sin hojas. Había una verja de hierro con un portero automático y un cartel discreto con el nombre del centro en letras azules. Nada que gritara lo que era. Nada que no lo dijera tampoco.

Una enfermera nos recibió en recepción y nos acompañó a hacer el ingreso, que era una serie de papeles y de explicaciones sobre el funcionamiento y los horarios y las normas, explicaciones que yo escuché con atención porque escuchar con atención es lo que sé hacer cuando no sé qué otra cosa hacer. Mi madre firmó algunas cosas. Mi padre firmó otras. Yo firmé las que me correspondían con mi letra habitual, que ya no temblaba tanto gracias al nuevo ajuste de medicación, y mientras firmaba pensé que era una ironía pequeña y precisa que mi letra hubiera vuelto a ser la mía justo en el momento en que esa letra firmaba su propio internamiento.

Luego mis padres se fueron.

No de golpe. Hubo un pasillo y un abrazo de mi madre que duró lo que tenía que durar y un poco más, y la mano de mi padre en mi hombro, y las galletas del táper que me dejaron encima de la cama de la habitación que

me habían asignado, y las promesas de volver el domingo siguiente, y los pasos de los dos alejándose por el pasillo y el ruido de la puerta al final del pasillo y luego el silencio.

Me quedé sola en la habitación.

Era una habitación pequeña con una cama, un armario, una silla, una mesa y una ventana. La ventana daba al jardín con los árboles sin hojas. Me senté en la silla y miré el jardín durante un rato sin pensar en nada concreto.

Luego saqué el cuaderno con los versos del Quijote. Lo abrí. Los leí. Los había copiado con mi letra de siempre, esa letra que había aprendido a trazar sobre documentos del siglo XV y que tenía, según me había dicho Azcárraga una vez, una cierta afinidad involuntaria con la cursiva humanística del Renacimiento.

Los leí y seguían siendo los mismos versos. Seguían diciendo lo mismo que habían dicho siempre. Eso era lo bueno de los textos: no cambiaban según el lugar desde donde se los leía. Eran una constante en un mundo que llevaba años siendo muy variable.

En los días siguientes aprendí la lengua del centro.

Eso es lo que hago cuando entro en un territorio nuevo: aprendo su lengua. Los horarios, que eran el andamiaje del día, iguales que en el hospital de la primera vez pero con una cadencia diferente, más lenta, más instalada en sí misma. Los nombres de las enfermeras y de los auxiliares, que eran las personas con las que más contacto tenía en el día a día. Las normas escritas y las no escritas, que en cualquier institución son más importantes que las primeras. Los espacios: el comedor, la sala de estar, el taller de terapia ocupacional, el jardín al que se podía salir en determinados horarios.

Y las personas. Los otros internos, que no voy a describir en detalle porque no es mi lugar hacerlo, pero que existían y que tenían sus propias historias y sus propias maneras de estar en ese espacio, y con algunos de ellos aprendí cosas sobre la condición humana que ningún manuscrito me había enseñado.

Lo que sí aprendí sobre mí misma en esas primeras semanas fue algo que tardé más tiempo del necesario en nombrar con palabras exactas.

Lo que aprendí fue que había dejado de ser Samanta Samaniego, filóloga.

No porque yo lo decidiera. No porque la filología hubiera dejado de ser mía. Sino porque en ese contexto, en ese edificio de los años setenta con el jardín de árboles sin hojas, yo era ante todo y sobre todo una condición médica. Un expediente. Un conjunto de síntomas y de diagnósticos y de ajustes de medicación. La filología no cabía en esa descripción. La mujer que había olido los manuscritos medievales y había encontrado en el folio ochenta y nueve a Leonor González y su distinción entre el error de ignorancia y el error de mala fe, esa mujer no tenía ninguna presencia reconocible en los papeles que definían quién era yo en ese lugar.

Era una pérdida. Lo digo con la misma sencillez con que se dice cualquier cosa verdadera: era una pérdida, y dolerla fue el trabajo más difícil de esos primeros meses.

No el único trabajo. Estaba también el trabajo de estabilizarse, de adaptarse al nuevo régimen de medicación, de participar en los talleres con la buena voluntad que uno pone en las cosas que no ha elegido pero que reconoce como necesarias. Ese trabajo lo hice. Lo hice con la misma disciplina con que había hecho todas las cosas difíciles de mi vida: despacio, sin saltar pasos, sin decidir de antemano cómo tenía que terminar.

Pero debajo de ese trabajo, sosteniendo todo lo demás como el suelo sostiene los cimientos, estaba la pérdida. Y la pregunta que la pérdida hacía sin descanso, en voz muy baja pero muy constante, era siempre la misma.

¿Quién soy si no soy lo que elegí ser?

Tardé mucho tiempo en encontrar una respuesta que pudiera sostener.

La encontré, al final, de la única manera en que he encontrado siempre las cosas importantes: escribiéndola.

Pedí un cuaderno nuevo en la primera semana. La enfermera jefa, una mujer de unos cincuenta años llamada Carmen que tenía una manera de moverse por los pasillos que comunicaba eficiencia sin rigidez, me miró con una expresión que evaluaba algo.

—¿Para qué lo quieres? —me preguntó.

—Para escribir.

—¿Qué tipo de escribir?

—El único tipo que sé. —Hice una pausa—. Tengo un hijo. Quiero escribirle.

Carmen me miró un momento más. Luego fue al armario del office y sacó un cuaderno de tapas grises, el tipo más básico que había, y me lo dio.

—Si necesitas más —dijo—, me lo pides.

—Gracias —dije.

Me fui a mi habitación con el cuaderno. Me senté a la mesa. Miré la ventana, el jardín, los árboles sin hojas.

Abrí el cuaderno en la primera página.

Y escribí, con mi letra que ya no temblaba, con la letra que tenía afinidad involuntaria con la cursiva humanística del Renacimiento, las primeras palabras de lo que con el tiempo se convertiría en esto que ahora tú lees.

Quiero contarte cómo olía la biblioteca.

Ahí empecé. En esa habitación pequeña con esa ventana y esos árboles. Con la pérdida todavía fresca y la pregunta todavía sin respuesta y el cuaderno de tapas grises abierto en la primera página.

Ahí empecé a ser, de nuevo, alguien además de una condición médica.

Ahí empecé a escribirte.

CAPÍTULO 9

La muerte de mi madre y el silencio de mi padre

España, 2008–2012. Institución

Mi madre murió un martes de febrero.

No estaba yo con ella cuando ocurrió. Eso es lo primero que necesito decirte, y lo digo así, directo y sin rodeos, porque si lo rodeo nunca voy a poder decirlo. No estaba con ella. Estaba aquí, en esta habitación, en esta cama, bajo esta ventana, cuando el cerebro de mi madre dejó de funcionar de golpe como dejan de funcionar los cerebros cuando un vaso sanguíneo cede sin aviso y la sangre va donde no debe ir. Un derrame. Eso fue. Una palabra corta para algo que no tiene palabras suficientes.

Me lo comunicó la doctora Prieto, que era la psiquiatra de guardia esa tarde y que vino a mi habitación con una expresión que yo reconocí antes de que abriera la boca porque hay expresiones que el ser humano lleva en la cara de una manera que no necesita entrenamiento para leer. Se sentó en la silla junto a mi cama y me lo dijo con una calma que no era frialdad sino el tipo de serenidad que uno construye durante años de dar noticias que no tienen manera de darse bien.

—Samanta —dijo—. Acabo de hablar con tu padre. Tengo que contarte algo sobre tu madre.

La miré.

—¿Cuándo? —pregunté, porque supe de inmediato que era eso y no otra cosa.

Ella no se sorprendió de que lo supiera.

—Esta tarde. Fue muy rápido. No sufrió.

No sufrió. Lo guardo. No sé si es verdad o si es la frase que se dice en estos casos porque es la única que puede decirse, pero lo guardo de todas formas porque necesito guardarlo.

—Mi padre —dije.

—Está bien. Está con tu tía. —Hizo una pausa—. ¿Cómo estás tú?

Era la pregunta más difícil y la más justa al mismo tiempo. Cómo estaba yo. Estaba sentada en la cama de una habitación a dos horas de donde mi madre acababa de morir y no había podido estar con ella y no iba a poder estar con mi padre esa noche y no sabía si iba a poder ir al entierro.

—No lo sé —dije, que era la única respuesta honesta.

La doctora Prieto se quedó un momento más, me ofreció algo para dormir esa noche, que yo rechacé, y me dijo que podía llamar a la enfermera en cualquier momento si necesitaba algo. Luego se fue y cerró la puerta con

cuidado, ese cuidado de quien cierra una puerta sabiendo que al otro lado queda una persona sola con algo muy grande.

Me quedé mirando la puerta cerrada.

Luego miré la ventana. Era de tarde y el jardín estaba en esa luz de febrero que no es exactamente luz sino la ausencia gradual de ella, ese gris que se instala despacio y que en otra circunstancia me habría parecido simplemente el atardecer de invierno y que esa tarde me pareció el color exacto de lo que sentía.

No lloré de inmediato. El llanto vino después, mucho después, cuando ya era de noche y la habitación estaba oscura y yo seguía en la cama sin haber encendido la luz, y llegó de la manera en que llegan las cosas que han estado esperando a que uno esté suficientemente solo para dejarlas entrar.

Lloré por mucho tiempo. No voy a describir ese llanto porque hay cosas que no necesitan descripción y porque tampoco sé si tengo palabras para él. Lo que sí puedo decirte es que en algún punto de ese llanto pensé en la mano de mi madre sobre la mía encima de la mesa, aquella tarde en que le dije que tenía miedo y ella no me preguntó nada más sino que simplemente puso la mano ahí. Y pensé en el abrazo de la sala de espera del hospital, el primero, el que duró más de lo que ella acostumbraba. Y pensé en las galletas del táper que dejó sobre mi cama el día que me trajo aquí, y en el táper vacío que yo le devolví el domingo siguiente y que ella recibió sin decir nada, lavado y seco como se lo devolvía siempre.

Pensé en todas esas cosas y supe que las iba a echar de menos cada una por separado, no como conjunto abstracto llamado mi madre sino como una colección de gestos concretos y pequeños que juntos formaban la persona más constante de mi vida.

Me concedieron permiso para ir al entierro.

Cuatro horas. Eso fue lo que me dieron: cuatro horas fuera del centro, acompañada por una auxiliar llamada Rosa que era discreta y amable y que durante todo ese tiempo se mantuvo a una distancia que me permitía olvidar casi que estaba ahí, que era exactamente lo que yo necesitaba y que ella supo darme sin que yo tuviera que pedírselo.

El entierro fue en el pueblo. El mismo pueblo donde había crecido, con el campanario que se veía desde la carretera comarcal y el olor a pan y a piedra húmeda por las mañanas. Hacía frío. Había poca gente: mi padre, mi tía y su familia, algunos vecinos mayores que habían conocido a mi madre desde siempre, el párroco que la había bautizado a ella y a mí y al que yo no había visto en años.

Mi padre estaba junto al féretro con el abrigo de los domingos y las manos entrelazadas delante del cuerpo, esa postura suya de cuando esperaba algo que no llegaba. Cuando me vio entrar a la iglesia dio un paso hacia mí y me abrazó, y fue el abrazo más torpe y más necesario que recuerdo, los dos sin

saber muy bien dónde poner los brazos porque ninguno de los dos éramos de los abrazos fáciles y porque además estábamos rotos los dos al mismo tiempo y eso hace que los abrazos sean difíciles de calibrar.

—Hija —dijo, solo eso.

—Papá —dije yo, solo eso.

No nos hizo falta más.

Me quedé junto a él durante la misa y junto al féretro después, y hubo un momento en que los demás se apartaron y yo me quedé sola frente a la caja de madera con la foto de mi madre encima, una foto que yo no había visto nunca y que debía de ser de hacía unos años porque en ella mi madre tenía el pelo más corto que el que yo recordaba y una sonrisa que no era la sonrisa que me ponía a mí sino otra sonrisa, más relajada, la sonrisa de alguien a quien están fotografiando en un momento en que no está siendo madre sino simplemente siendo ella.

Me quedé mirando esa foto y pensé que había una persona en esa foto que yo no había conocido del todo. Que mi madre había sido muchas cosas además de ser mi madre, y que yo, absorbida por mi propia tormenta durante tantos años, no había tenido siempre los ojos suficientemente abiertos para verlas.

No le dije nada en voz alta. Le dije cosas en silencio que no voy a escribir aquí porque son suyas y mías y de nadie más.

Rosa se acercó cuando vio que habían pasado las cuatro horas. Lo hizo despacio, sin brusquedad, y me puso la mano brevemente en el brazo.

—Samanta —dijo en voz muy baja—. Cuando quieras.

Me despedí de mi padre en el atrio de la iglesia. Él me sostuvo las manos un momento, las dos manos, y me miró con esos ojos suyos que siempre hacían todo lo posible por no demostrar lo que estaban sintiendo.

—Voy a ir a verte el domingo —dijo.

—Sí.

—¿Estás bien para volver?

—Estoy bien, papá.

—¿Segura?

—Segura.

Mentía a medias. Estaba bien en el sentido de que era capaz de caminar hasta el coche y de llegar al centro y de pasar la noche sin que nada se rompiera de manera irreversible. No estaba bien en el sentido más verdadero de la palabra, pero ese bien nadie me lo iba a poder dar esa tarde y los dos lo sabíamos.

Me fui. Miré el pueblo por la ventanilla trasera del coche hasta que desapareció detrás de la curva de la carretera comarcal. El campanario fue lo último que vi.

Mi padre vino el domingo siguiente. Y el siguiente. Y el siguiente después de ese.

Durante el primer año vino casi todos los domingos, con el coche cargado de cosas que él consideraba que yo podía necesitar: libros que pedía por encargo en la librería del pueblo porque ya no había librería en el pueblo y tenía que encargarlos en la ciudad, galletas que hacía él mismo siguiendo la receta de mi madre con un resultado que nunca fue exactamente igual al de ella pero que yo comía todas y cada una sin decírselo, fruta de temporada, a veces algún recorte de periódico sobre algún descubrimiento arqueológico o filológico que había encontrado y guardado pensando en mí.

Esas visitas eran la estructura de mis semanas durante ese período. El domingo era el día que tenía forma, los demás días se ordenaban en torno a él.

Pero a partir del segundo año las visitas empezaron a espaciarse.

Primero cada dos semanas. Luego una vez al mes. Luego con una irregularidad que no seguía ningún patrón claro, que dependía de factores que yo no siempre conocía: una gripe, un problema con el coche, un domingo de niebla que hacía peligrosa la carretera, razones todas ellas completamente razonables y completamente ciertas y que al mismo tiempo eran también la superficie de algo más hondo que ninguno de los dos nombrábamos directamente.

Lo que estaba ocurriendo era que mi padre se estaba rompiendo.

No de golpe, no de manera visible, no de la manera dramática en que se rompen las cosas en las películas. Se rompía de la manera en que se rompen las personas que han aguantado mucho durante mucho tiempo: por agotamiento, por acumulación, por el peso de una vida que había incluido demasiadas pérdidas demasiado seguidas. Había perdido a mi madre. Había perdido, en un sentido que no era la muerte pero que tenía algo de la muerte, la vida que habría tenido si yo hubiera sido otra hija, una hija sin tormentas, una hija que hubiera podido construir su propia vida sin llevarse por delante la de ellos.

No me lo dijo. Nunca me lo dijo con esas palabras porque mi padre no era de las palabras directas cuando las palabras dolían. Lo noté en otras cosas: en las llamadas telefónicas que se acortaron, en las cartas que llegaban con menos frecuencia y con menos cosas dentro, en el tono de su voz cuando hablábamos, que no era frío pero que tenía una distancia nueva que yo no supe al principio cómo nombrar y que con el tiempo reconocí como el tono de alguien que está manteniendo a flote demasiadas cosas al mismo tiempo y que no tiene fuerzas para añadir una más.

Hubo una llamada, un martes de otoño del tercer año, en que le noté esa distancia con más claridad que nunca.

—¿Cómo estás, papá?

—Bien, hija. Bien.

—¿Y la tensión?

—Controlada. El médico dice que bien.

—¿Saliste esta semana?

—Algo. Fui al bar con Fermín el jueves.

—Me alegra.

Una pausa.

—¿Y tú? ¿Cómo estás?

—Bien. Estable. Estoy escribiendo mucho.

—Bien, bien. —Otra pausa—. Oye, hija, que tengo la olla en el fuego. ¿Hablamos el domingo?

—Claro, papá. Cuídate.

—Tú también.

Colgué el teléfono y me quedé mirando la pared de mi habitación con el auricular todavía en la mano, y pensé en esa olla en el fuego que podía ser verdad o podía no serlo, y pensé que no importaba, que en cualquier caso lo que había al otro lado de esa llamada era un hombre solo en una cocina que olía a la ausencia de mi madre, y que ese hombre estaba haciendo lo que podía con lo que le quedaba, y que lo que le quedaba no era mucho, y que eso no era un reproche ni una acusación sino simplemente la verdad, la verdad triste y sin dramatismo de las vidas que se han gastado amando a alguien que no podía protegerlas de su propio amor.

No lo culpo. Lo escribo aquí con toda la claridad que soy capaz de poner en una frase: no lo culpo. Él no me abandonó. Se abandonó a sí mismo primero, y yo fui parte de lo que se llevó consigo. Y hay una diferencia entre esas dos cosas que es pequeña vista desde fuera y enorme vista desde adentro, y yo la veo desde adentro y aun así no lo culpo.

Lo que sí siento, lo que he sentido durante todos estos años con una constancia que no ha disminuido, es algo que no es exactamente soledad porque la soledad implica la ausencia de algo que estuvo ahí y ya no está. Es algo más parecido a lo que los físicos llaman vacío cuántico: no la ausencia de materia sino un estado en el que la materia que había se ha reorganizado de una manera que ya no es la misma forma de antes.

Mi padre murió cuatro años después de mi madre.

Me lo dijeron de la misma manera, en esta misma habitación, con esa misma luz de tarde. Esta vez fue el corazón, que llevaba años bajo vigilancia y que al final hizo lo que los corazones hacen cuando han cargado demasiado durante demasiado tiempo: paró.

No fui al entierro. Mi estado en ese momento no lo permitía. Hubo una crisis en las semanas anteriores que me tenía bajo un régimen de medicación que no era compatible con los permisos de salida, y la doctora Prieto me lo

explicó con esa misma calma suya y yo lo entendí con esa misma inteligencia mía que entiende las cosas aunque no pueda cambiarlas.

Me quedé en esta habitación. Miré por esta ventana el jardín que para entonces ya me sabía de memoria en todas sus estaciones.

Y escribí.

Escribí para ti, que eras lo único que quedaba fuera de estas paredes que me esperaba. Escribí con esa convicción que no he perdido nunca, ni en los momentos más oscuros, de que estas páginas llegarán a tus manos algún día y que cuando las leas entenderás que tu madre no estuvo sola del todo, que tuvo palabras, que tuvo la filología y tuvo el jardín y tuvo los cuadernos y te tuvo a ti aunque no pudiera tenerte de otra manera.

Mis padres me quisieron. Eso es lo que necesito que sepas sobre ellos antes que cualquier otra cosa. Me quisieron con todo lo que tenían y hasta donde pudieron y un poco más allá de hasta donde podían, que es la única manera en que se quiere de verdad a alguien.

Y yo los quise a ellos. Los quiero. El tiempo verbal correcto para los muertos es siempre el más difícil de elegir: el pasado parece rendirse demasiado pronto, el presente parece negar lo evidente. Así que los dejo en los dos tiempos al mismo tiempo, que es donde están: en el pasado de lo que ocurrió y en el presente de lo que no se va.

El peral del huerto estará floreciendo ahora. Ya no hay nadie para mirarlo.

Pero estuvo. Y ellos lo miraron. Y eso cuenta.

Eso cuenta para siempre.

CAPÍTULO 10

Las voces que me conocen

España, 2012–2016. Institución

Te voy a hablar de un día ordinario.

No de un día de crisis ni de un día de visita ni de un día en que ocurra algo que merezca ser contado por lo que tiene de extraordinario. Te voy a hablar de un día que es como todos los demás, porque creo que necesitas saber también cómo es eso. Cómo es vivir una vida que tiene la misma forma todos los días durante años, y qué se aprende dentro de esa repetición, y qué se pierde, y qué, sorprendentemente, se encuentra.

Empiezo por la mañana porque la mañana es el momento más frágil del día.

Me despierto antes de que suene el aviso de las ocho. Siempre antes, no sé por qué, como si el cuerpo hubiera aprendido a anticiparse para tener unos minutos de margen antes de que el día comience oficialmente. Me quedo un momento con los ojos cerrados escuchando el silencio del pasillo, que no es silencio absoluto sino el silencio específico de las instituciones: el crujido

de una puerta, los pasos amortiguados de la enfermera de guardia, el sonido distante de la televisión en la sala común que alguien dejó encendida la noche anterior.

En esos minutos hago lo que los psicólogos llaman orientación a la realidad, aunque yo no lo llamo así: me digo en voz muy baja, casi sin mover los labios, dónde estoy y qué día es y cómo me llamo. No porque no lo sepa. Sino porque establecerlo en voz alta al principio del día es como tensar las cuerdas de un instrumento antes de tocarlo: un acto de ajuste, de preparación.

—Samanta Samaniego —me digo—. Miércoles. El jardín tiene hojas todavía.

Luego abro los ojos.

La habitación es la misma de siempre: la cama, el armario, la silla, la mesa, la ventana. Sobre la mesa, los cuadernos apilados con una precisión que es mía y solo mía en ese espacio, la única disposición de objetos en todo el centro que responde únicamente a mis preferencias y a nadie más. Los cuadernos son ocho ahora, o nueve, he perdido la cuenta exacta pero no importa porque lo que importa es que están y que los puedo tocar si los necesito.

Me levanto. Voy al baño. Me miro en el espejo.

El espejo del baño de esta habitación es pequeño y está colocado un poco alto para mí, así que tengo que ponerme levemente de puntillas para verme la cara entera. Llevo años haciéndolo y nunca me he quejado porque en el fondo me parece bien que el espejo requiera un pequeño esfuerzo, que uno tenga que elevarse un poco para verse.

La cara que me devuelve el espejo tiene cincuenta años ahora, o los tendrá pronto. Tiene las líneas que tienen los cincuenta años, las que vienen del tiempo y las que vienen de otras cosas. Tiene los ojos un poco más lentos de lo que eran, efecto permanente de la medicación de mantenimiento que ya no se ajusta sino que simplemente es. Tiene la boca que siempre he tenido, que según mi madre era la boca de su abuela, una mujer de Castilla que murió mucho antes de que yo naciera y de quien no existe ninguna foto pero sí esa boca transmitida en el tiempo como se transmiten los manuscritos: de mano en mano, de generación en generación, sin que nadie haya decidido conservarla deliberadamente y sin embargo ahí está.

—Buenos días —le digo a la cara del espejo, como cada mañana.

La cara no responde, como cada mañana. Pero el hecho de decírselo importa. El hecho de saludar a la propia cara es una forma de reconocerse, y reconocerse es el primer trabajo del día.

Bajo al desayuno.

El comedor a las ocho de la mañana tiene una luz particular que en ninguna otra hora del día se repite: una luz de hospitales y de instituciones que es a la vez demasiado blanca y demasiado igual en todas las superficies, sin

sombras, sin gradaciones. La conozco tan bien que ya no la veo. Es el fondo sobre el que ocurren las cosas, no una cosa en sí misma.

Me siento en mi sitio, que es el mismo sitio de siempre: la mesa del rincón junto a la ventana que da al jardín, la que me asigné sola los primeros días y que desde entonces nadie me ha disputado porque en las instituciones los territorios se establecen con rapidez y sin palabras y luego se respetan con una fidelidad que no existe en el mundo exterior.

Marcos, el auxiliar de turno de mañana, trae el desayuno con esa eficiencia suya que nunca se convierte en brusquedad, lo cual es un arte que no todo el mundo en este trabajo domina.

—Buenos días, Samanta. Café con leche y tostada, como siempre.

—Gracias, Marcos.

—¿Dormiste bien?

—Bien. ¿Y tú?

—Regular. El niño con fiebre.

—Vaya. ¿Cuántos años tiene ya?

—Cuatro. Cuatro años y una capacidad para el drama que no sé de dónde saca.

—De ti —digo.

Él se ríe. Es una risa breve y genuina, el tipo de risa que no se produce por cortesía sino porque algo ha funcionado, y ese funcionamiento pequeño me parece todas las mañanas un logro desproporcionado para lo poco que requiere.

Me tomo el café. Me como la tostada. Miro el jardín.

El jardín en otoño tiene una melancólica que no tiene en otras estaciones, no porque sea más triste sino porque es más honesto: los árboles sin hojas muestran su estructura real, la arquitectura que el follaje oculta el resto del año, y hay algo en esa desnudez que siempre me ha parecido más interesante que el verde. Los huesos del árbol. Lo que queda cuando se quita lo decorativo.

A las diez es el taller.

El taller de escritura terapéutica lo lleva desde hace tres años Nuria, una mujer de unos cuarenta años que estudió psicología y que tiene la cualidad rara de escuchar sin que se note que está evaluando, aunque siempre esté evaluando porque es su trabajo y lo hace bien. El taller reúne a seis o siete internos según el día, en una sala con mesas y sillas y una estantería con libros que los internos pueden tomar prestados, y durante una hora y media se escribe y a veces se lee en voz alta lo que se ha escrito y a veces no, dependiendo de lo que cada uno necesite ese día.

Yo soy la interna que más escribe en el taller, con diferencia. Los demás escriben en el tiempo del taller y guardan el cuaderno al salir. Yo llego con

el cuaderno ya lleno de páginas de la noche anterior y sigo escribiendo durante el taller como si fuera una extensión del tiempo que ya llevo escrito, sin ruptura, sin cambio de ritmo.

Nuria lo notó desde el principio.

—¿Qué escribes? —me preguntó la primera semana, con esa manera suya de preguntar que no obliga a responder.

—Una carta larga —dije.

—¿A quién?

—A mi hijo.

Ella asintió sin hacer más preguntas, que es una de las cosas que más valoro de Nuria: sabe cuándo una respuesta es completa aunque parezca incompleta.

Pero semanas después, cuando ya nos conocíamos mejor, volvió a preguntar.

—¿Cuánto llevas escribiéndole?

—Años —dije—. Desde que llegué aquí.

—¿Y él lo sabe?

—No todavía. Algún día leerá todo esto.

Nuria me miró un momento con esa expresión suya de escucha activa que yo había aprendido a leer con bastante precisión.

—¿Vive lejos? —preguntó.

—Sí —dije—. Bastante lejos.

No mentí. Dije lo que creía que era verdad, con la información que mi cerebro me daba sobre él, que era la única información que tenía. Él vivía lejos. Algún día no viviría tan lejos. Mientras tanto yo escribía para acortar esa distancia de la única manera que estaba a mi alcance: con palabras, que siempre han sido mi manera de estar donde no puedo estar de otro modo.

Nuria anotó algo en su libreta y cambió de tema, y yo volví a mi cuaderno, y el taller siguió.

Hay un interno en el taller al que voy a llamar simplemente D., porque no es mi lugar darle un nombre completo aquí. D. lleva en el centro más años que yo y tiene una manera de ocupar el espacio que al principio me resultó intimidante y que con el tiempo aprendí a leer como lo que es: la manera de moverse de alguien que ha dejado de tener miedo a que lo vean. D. tiene manías y tiene arrebatos y tiene días en que es imposible estar cerca de él sin sentir que el aire a su alrededor está sobrecargado de algo, y otros días en que es la persona más tranquila de la sala.

Con D. he tenido una relación que no sé cómo llamar exactamente. No amistad, porque la amistad requiere una reciprocidad que en este contexto es difícil de mantener. Algo más parecido a la coexistencia reconocida: dos

personas que saben que la otra está ahí y que han decidido, sin decirlo, que esa presencia es preferible a la ausencia.

Un día D. me quitó el cuaderno.

Simplemente lo cogió de la mesa mientras yo estaba en el baño, y cuando volví estaba hojeándolo con la misma naturalidad con que hojearía una revista en una sala de espera. Me quedé parada en el umbral.

—Devuélvemelo —dije.

Me miró. No lo devolvió de inmediato.

—Escribes mucho —dijo.

—Sí. Devuélvemelo, por favor.

—¿Es un diario?

—Es mío. Devuélvemelo.

Lo cerró. Me lo tendió. Lo cogí y lo guardé bajo el brazo con una firmeza que no era agresividad sino simplemente el límite claro de alguien que sabe lo que le pertenece.

—Tranquila —dijo D.—. Solo miraba.

—Lo sé —dije—. Y te pido que no lo vuelvas a hacer.

Él encogió los hombros con esa indiferencia suya que podía ser genuina o defensiva, nunca lo sabía con certeza, y volvió a su propio cuaderno. Nuria, desde el otro lado de la sala, había observado todo sin intervenir, que era también la decisión correcta: era un conflicto que yo podía resolver sola y que resolver sola me era más útil que resolverlo con ayuda.

Lo resolví sola. Eso también es un aprendizaje de estos años: saber qué batallas son mías.

A mediodía es el almuerzo.

El almuerzo es el momento más social del día porque la sala es más grande y hay más gente y el ruido sube a un nivel que a mí todavía me resulta difícil, no insoportable como antes sino difícil, algo a lo que tengo que dedicar una parte de la atención para manejarlo. Me siento en mi mesa del rincón y como con la vista en el jardín y escucho lo que ocurre a mi alrededor sin participar en ello de manera activa, lo que probablemente desde fuera parece indiferencia y desde adentro es una forma de estar presente que no me agota.

Antonia se sienta a veces a mi lado.

Antonia es una mujer de unos sesenta años que lleva aquí más tiempo que nadie y que tiene una historia que no me ha contado completa pero que conozco en fragmentos por lo que ha ido diciendo a lo largo de los años. Tiene una manera de hablar que va por asociación libre, un pensamiento lleva al siguiente sin pausas ni advertencias, y escucharla requiere una atención especial que al principio me resultaba difícil y que ahora encuentro, en sus mejores momentos, parecida a la de leer ciertos textos

medievales que también van por asociación y que también requieren que el lector suelte el hilo lógico y confíe en otro tipo de coherencia.

—Hoy hay lentejas —me dice Antonia, mirando el plato.

—Sí.

—A mí no me gustan las lentejas.

—A mí sí.

—¿De pequeña te gustaban?

—De pequeña también.

—A mí de pequeña tampoco. —Pausa—. Mi madre las hacía con chorizo. El chorizo sí me gustaba.

—El chorizo es lo mejor de las lentejas.

—El chorizo es lo mejor de muchas cosas. —Pausa larga—. ¿Tienes madre?

La pregunta llega sin anuncio, como llegan las preguntas de Antonia, disparadas desde un lugar que no es la crueldad sino la ausencia de filtro entre el pensamiento y la voz.

—Tuve —digo.

—Yo también tuve. —Asiente despacio—. Las madres se van todas, ¿verdad?

—Sí —digo—. Se van todas.

—Pero mientras están...

—Sí —digo, antes de que termine la frase, porque sé lo que va a decir y porque es verdad y porque a veces la mejor manera de recibir una verdad es recibirla antes de que acabe de decirse.

Antonia asiente. Come una cucharada de lentejas. Hace una mueca.

—Sin chorizo no es lo mismo —dice.

—No —digo—. No es lo mismo.

La tarde es el tiempo más largo y el más mío.

Después del almuerzo hay una hora de descanso que yo uso para escribir, y luego la consulta con la psiquiatra si es el día que toca, y luego tiempo libre hasta la cena. El tiempo libre lo paso en el jardín si hace bueno, o en mi habitación si no hace bueno, y en los dos casos escribo o leo, que son las dos formas que conozco de estar sola sin que la soledad se convierta en algo que pesa demasiado.

Las voces vienen por las tardes, sobre todo.

No siempre. Hay días enteros en que no las escucho, días en que la medicación y el descanso y la rutina construyen entre todas un muro suficientemente sólido. Pero cuando vienen vienen por las tardes, en ese espacio entre la consulta y la cena en que el día ha perdido el impulso de la mañana y la noche todavía no ha llegado a sustituirlo, ese espacio

intermedio y vulnerable que los psiquiatras llaman atardecer y que para mí tiene un nombre más específico: la hora de las voces.

Son dos. Siempre las mismas dos. Voces masculinas sin cara, sin nombre, sin una fuente que yo pueda localizar en el espacio aunque el cerebro las coloca siempre fuera de mí, siempre a una distancia de unos metros, como si vinieran del pasillo o del jardín o del cuarto de al lado.

No me ordenan nada. Eso es importante y no siempre se entiende cuando uno no lo ha vivido: las voces de la esquizofrenia no son necesariamente voces que mandan. Las mías no mandan. Las mías recuerdan. Las mías juzgan con esa precisión implacable que solo tiene el juicio que viene de uno mismo, aunque llegue disfrazado de otro.

¿Dónde está tu gato, Samanta?

Lo dicen con una calma que es peor que si lo dijeran con rabia. La rabia se puede responder. La calma solo se puede escuchar.

Mírala. Cree que puede cuidar a alguien.

Les respondo a veces, en voz muy baja, con la misma calma con que ellas hablan.

—Lo sé —les digo—. Ya lo sé.

¿Lo sabes y sigues escribiendo?

—Sigo escribiendo precisamente porque lo sé —digo—. Porque escribir es lo único que no le hice daño a nadie.

Silencio. No siempre responden a eso. A veces el silencio después de esa frase dura suficiente para que yo pueda volver al cuaderno y seguir escribiendo, que es exactamente lo que hago.

Los he estudiado como estudié los manuscritos. Sé que vienen con el cansancio y con la ansiedad y con los cambios de rutina. Sé que si duermo bien son menos frecuentes. Sé que si escribo durante el día son menos intensas por la tarde. Sé que hay palabras que las provocan y palabras que las calman, aunque no siempre las mismas y aunque la lista cambia sin avisar.

Lo que no sé, después de todos estos años, es silenciarlas del todo.

Pero he aprendido a vivir con ese ruido de fondo de la misma manera en que se aprende a vivir junto a una calle con tráfico: al principio es todo lo que se escucha, luego se convierte en el fondo sobre el que ocurren las cosas, y en los mejores días uno casi no lo nota.

En los mejores días.

La cena es a las siete. Luego la medicación de la noche con el auxiliar de guardia, ese ritual breve y repetido que no pienso nunca demasiado para no cargarlo de más significado del que tiene: es una pastilla, la tomo, sigo. Luego la habitación, el cuaderno, la lámpara encendida sobre la mesa.

Y entonces escribo para ti.

Es el momento del día que más me pertenece, el que he construido durante años con la misma paciencia con que se construye cualquier cosa que vale la pena: sin prisa, sin garantías, añadiendo una página cada noche a la pila que ya tengo, que ya son muchas páginas, que ya son muchos cuadernos apilados sobre la mesa con una precisión que es la única disposición de objetos en todo este edificio que responde únicamente a mis preferencias.

A veces cuento los cuadernos antes de empezar a escribir. A veces leo algunas páginas de los anteriores para recordar desde dónde vengo, para no perder el hilo de lo que te estoy contando, para asegurarme de que la historia que te dejo es una historia que tiene continuidad, que se puede seguir desde el principio hasta aquí sin que se caiga en ningún punto.

Una noche de hace algunos meses, mientras contaba los cuadernos, pensé en Leonor González.

Pensé en ella en el folio ochenta y nueve, respondiendo al tribunal con esa frase que he llevado conmigo durante más de veinticinco años: que su error era error de ignorancia y no de mala fe.

Y pensé que yo también podría decir algo parecido de casi todo lo que he hecho en mi vida. Que lo que mi cerebro construyó y lo que hice dentro de esas construcciones no fue de mala fe. Que la ignorancia que hubo fue la ignorancia del cerebro sobre sí mismo, que es la ignorancia más profunda y la más difícil de resolver porque el instrumento que tendría que resolverla es el mismo que la produce.

Pero también pensé algo que no había pensado antes con tanta claridad.

Pensé que Leonor González escribió esa frase en 1487 y que yo la estoy leyendo ahora, quinientos años después, en esta habitación, en este cuaderno, en esta luz de lámpara.

Que las palabras sobreviven a las personas que las escriben.

Que eso es precisamente lo que la filología me enseñó y lo que yo te enseño ahora a ti, que leerás estas páginas cuando yo ya no esté o cuando yo ya sea demasiado vieja o demasiado enferma para recordar haberlas escrito.

Que las palabras van a donde el cuerpo no puede ir.

Que por eso escribo.

Que por eso, todas las noches, enciendo la lámpara y abro el cuaderno y te escribo una página más.

Para que cuando llegues, y llegarás, encuentres todo esto esperándote.

Para que sepas que estuve aquí.

Para que sepas que te quise desde antes de poder decírtelo de ninguna otra manera.

CAPÍTULO 11

La filóloga que sobrevivió

España, 2016–2020. Institución

Hay una tarde que necesito contarte de manera diferente a todas las demás.

No porque sea dramática. No lo es. No hay en ella ninguna crisis ni ninguna pérdida ni ninguno de los eventos que uno asocia con los momentos que cambian las cosas. Es una tarde completamente ordinaria de un martes de marzo, con el jardín todavía sin hojas porque marzo en esta parte de España llega antes al calendario que a los árboles, y yo estoy en mi habitación escribiendo cuando llaman a la puerta.

—Adelante —digo.

Es Nuria, la coordinadora del taller. Entra con esa manera suya de moverse que no ocupa más espacio del necesario, y trae algo en la mano que no identifico de inmediato porque no espero que sea lo que es.

—Samanta —dice—. Tengo algo para ti.

Me tiende una revista. Es una revista literaria pequeña, de esas que se imprimen en papel de gramaje modesto y que circulan más por vocación que por distribución, del tipo que uno encuentra en librerías independientes y en las mesas de los talleres de escritura. La cojo. La miro.

En la página dieciséis hay un texto de media página. Un texto sobre la caligrafía medieval y la manera en que los escribanos del siglo XV dejaban en los márgenes de los manuscritos anotaciones que no eran parte del texto original sino conversaciones con él, respuestas al margen, diálogos diferidos con un autor muerto. Es un texto que yo escribí hace tres meses en el taller, un texto que entregué a Nuria al final de una sesión porque ella me lo pidió y yo no vi razón para no dárselo.

Debajo del texto, en cursiva, dice: Samanta Samaniego, filóloga y escritora.

Me quedo mirando esas palabras durante un tiempo que no sé calcular.

Filóloga y escritora.

No interna. No paciente. No expediente con número de historia clínica. Filóloga y escritora, que son exactamente las dos cosas que yo soy además de todo lo demás, las dos cosas que nadie en este edificio me había llamado en más de diez años, las dos cosas que yo misma había dejado de decirme en voz alta porque sin un contexto que las reconociera habían ido perdiendo volumen, como las voces cuando la medicación hace efecto, alejándose hasta convertirse en un zumbido sordo que uno ya no está seguro de escuchar.

—¿Cuándo lo enviaste? —le pregunto a Nuria.

—Hace seis semanas. —Una pausa—. Debería habértelo dicho antes de hacerlo. Lo siento.

La miro. No estoy enfadada. Estoy en un estado que no tiene un nombre exacto en ninguna lengua que yo conozca, un estado que es

simultáneamente varias cosas que no deberían poder ser simultáneas: sorpresa y reconocimiento, gratitud y algo parecido al pudor, una especie de vértigo quieto.

—No —digo—. No lo sientas.

—¿Estás bien?

—Sí. —Miro la revista otra vez—. ¿Puedo quedármela?

—Es tuya.

Se va. Cierra la puerta con ese cuidado suyo de siempre.

Me quedo sola con la revista en las manos.

La pongo sobre la mesa, abierta en la página dieciséis, y me siento frente a ella y la leo entera una vez, dos veces, tres veces, con la misma atención con que leí el folio ochenta y nueve de Leonor González veinte años atrás en una tarde de noviembre en Madrid. No porque el texto sea extraordinario, que no lo es especialmente, sino porque necesito verificar que está ahí. Que las palabras están impresas en papel. Que mi nombre está debajo de ellas. Que eso es real de la manera en que son reales las cosas que existen fuera de mi cabeza.

Está ahí.

Salgo al jardín.

Es la primera vez en mucho tiempo que salgo al jardín sin haber planeado salir, sin que sea la hora designada de paseo libre, sin llevar el cuaderno bajo el brazo. Salgo con la revista y me siento en el banco de piedra que está junto al árbol grande del centro del jardín, el que en verano da una sombra generosa y en invierno tiene esa arquitectura de ramas desnudas que tanto me gusta, y levanto la cara hacia el cielo de marzo.

El cielo de marzo es de un azul muy pálido y muy limpio, el tipo de azul que parece recién lavado, y hay en él una luz que no es todavía la luz plena de la primavera pero que lo anuncia con esa discreción que tienen los presagios verdaderos: sin dramatismo, sin fanfarria, simplemente estando ahí para quien sepa mirar.

Me quedo mirando ese cielo durante un rato.

Y entonces ocurre algo que no sé cómo describir sin que suene a más o a menos de lo que fue. Ocurre que la luz del cielo cae sobre la ventana de mi habitación, la ventana que conozco desde hace once años y que he mirado siempre desde adentro, y esa luz la atraviesa y sigue, y desde el jardín, desde este banco, veo que detrás de la ventana hay otra luz. La luz de la lámpara de mi mesa, que dejé encendida al salir. Una luz más pequeña y más cálida que la del cielo, una luz interior que existe independientemente de la exterior, que no compite con ella sino que simplemente coexiste.

Luz detrás de la ventana.

La mía. La que he llevado encendida todos estos años mientras afuera cambiaban las estaciones y los médicos y los tratamientos y los internos y

las noticias del mundo que llegaban amortiguadas y tardías hasta aquí. La que ha estado encendida en las noches de crisis y en las noches de calma y en todas las noches intermedias que son la mayoría de las noches. La que nadie apagó porque nadie puede apagarla, porque está en el lugar donde nadie más tiene acceso, en esa oscuridad íntima donde la realidad se fabrica segundo a segundo, y donde la mía, dañada y resistente, ha seguido fabricándose.

No lo pienso con estas palabras en ese momento. Lo siento, que es diferente. Lo pienso con estas palabras ahora, escribiéndotelo, porque la filología me enseñó que el lenguaje llega siempre un poco después de la experiencia, que primero ocurre la cosa y luego viene la palabra que la nombra, y que entre las dos hay un espacio que no es vacío sino gestación.

Vuelvo a mi habitación. Me siento a la mesa. La lámpara sigue encendida.

Abro el cuaderno.

Y escribo, no para ti esta vez sino para mí, aunque sabiendo que tú lo leerás también porque todo lo que escribo para mí acaba siendo para ti: *Hoy mi nombre estaba impreso debajo de un texto. Decía filóloga y escritora. Tengo cincuenta años y llevo once en este centro y nadie aquí me había llamado así en todo ese tiempo. Lo que siento no tiene nombre todavía. Pero cuando lo tenga, lo escribiré.*

Doblo la página. Sigo con lo de siempre.

Pero algo ha cambiado. No de manera dramática, no de manera que cualquier persona que me mirara desde fuera pudiera detectar. Algo ha cambiado en la relación entre yo y el espacio que ocupo, algo tan pequeño y tan real como la diferencia entre estar en un lugar y pertenecer a él, entre tolerar un sitio y haberlo hecho propio.

Lo que ha cambiado es esto: durante once años he sido en este centro principalmente lo que la enfermedad hizo de mí. A partir de esta tarde soy también, aunque sea solo en dieciséis líneas de una revista que probablemente nadie leerá, lo que yo hice con lo que la enfermedad me dejó.

Esa es la diferencia. Y es suficiente.

En los meses siguientes escribo más y mejor que en ningún período anterior desde que llegué aquí. No más páginas necesariamente, sino páginas con más densidad, con más confianza, con la seguridad que da saber que las palabras que uno escribe pueden salir de la habitación donde se escriben y existir en otro lugar, ser leídas por alguien que no es el destinatario para quien se escribieron y aun así significar algo.

Nuria me trae más números de la revista. Ha establecido una especie de correspondencia informal con el editor, un hombre llamado Ibáñez que al parecer tiene interés en lo que yo escribo sobre filología medieval desde la perspectiva inusual de alguien que la practica de manera completamente aislada de la academia. Me manda preguntas a través de Nuria. Yo le

mando respuestas. Es el intercambio intelectual más regular que he tenido en años y lo sostengo con un placer que no había sentido desde los jueves de Azcárraga.

Un día Nuria me pregunta si querría hablar directamente con Ibáñez por teléfono.

Me quedo pensándolo.

—¿Para qué? —pregunto.

—Dice que está preparando un número especial sobre escritura y memoria y que querría incluir un texto más largo tuyo. Un testimonio, dice. Sobre la relación entre el lenguaje y la identidad en circunstancias extremas.

—¿Sabe dónde estoy?

Nuria me mira.

—Sabe que eres una filóloga con una circunstancia de vida compleja —dice, con ese cuidado suyo—. No sabe más que eso a menos que tú quieras que sepa más.

Lo pienso durante varios días. Lo pienso mientras desayuno y mientras paseo por el jardín y mientras escucho a las voces por las tardes y les respondo con esa calma aprendida. Lo pienso de noche, con la lámpara encendida y el cuaderno abierto.

Al final llamo a Ibáñez un jueves por la tarde, desde el teléfono de la sala de visitas, con Nuria sentada a tres metros de distancia por si necesito algo.

—Samaniego —dice Ibáñez, y noto en su voz algo que no esperaba: no condescendencia ni curiosidad clínica sino el tono de alguien que habla con un colega—. Me alegra que haya llamado. He leído sus textos con mucho interés.

—Gracias —digo.

—La precisión con que describe los manuscritos, la manera en que sitúa al lector dentro del documento sin perder el rigor... Es un trabajo serio. ¿Dónde estudió?

—En la Complutense. Filología Medieval. No terminé.

—¿Por qué no?

Una pausa breve.

—Por circunstancias —digo.

—¿Sigue trabajando con textos?

—De manera informal. Tengo acceso a algunos facsímiles a través del programa de voluntariado cultural que viene al centro donde estoy. Y escribo mucho.

—¿Dónde está, si no le importa que pregunte?

—En un centro de salud mental —digo, y lo digo con la misma calma con que diría en Salamanca o en Madrid, porque he decidido que es información

y no confesión, y que la diferencia entre las dos la pone uno mismo—. Llevo once años aquí.

Un silencio al otro lado.

—Entiendo —dice Ibáñez, sin el cambio de tono que yo esperaba a medias, ese ligero ajuste de registro con que la gente responde a ciertas informaciones. Su voz sigue siendo la misma voz de antes—. ¿Y escribe desde ahí?

—Escribo desde aquí, sí.

—¿Todos los días?

—Todas las noches —digo—. Principalmente.

—¿Para quién escribe?

Es la pregunta más directa que me han hecho en mucho tiempo y la recibo con la sorpresa de las cosas que llegan sin anunciarse.

—Para mi hijo —digo—. Y ahora también para la revista. Son dos tipos de escritura distintos.

—¿En qué se diferencian?

Lo pienso un momento.

—La que escribo para la revista intenta ser rigurosa y clara para un lector que no me conoce —digo—. La que escribo para mi hijo intenta ser verdadera para alguien que algún día me conocerá a través de esas páginas. El rigor y la verdad no son siempre lo mismo, aunque lo parezcan.

Ibáñez tarda un momento en responder.

—Eso —dice al fin— es exactamente lo que quiero que escriba para el número especial. Eso, con esas palabras, esa distinción.

Escribo el texto. Lo escribo en tres semanas, revisándolo cada noche con la misma atención con que revisaba las transcripciones en la cocina de la calle Montera, tachando y reescribiendo y volviendo a tachar hasta que cada frase tiene el peso exacto que quiero que tenga. Nuria lo lee antes de enviarlo y me dice que es lo mejor que he escrito, y yo no le digo que eso es porque en este texto no tengo que proteger a nadie, ni a ti ni a mis padres ni a Rocinante ni a los internos del centro, solo tengo que ser Samanta Samaniego pensando en voz alta sobre las palabras y lo que hacen con las personas que las usan.

El texto se publica en otoño.

Cuando llega el número, Nuria me lo trae a la habitación y esta vez sí lo esperaba, pero aun así me quedo mirando mi nombre en la página durante más tiempo del necesario.

Samanta Samaniego, filóloga y escritora.

Sigo sin acostumbrarme a verlo. Creo que no quiero acostumbrarme. Creo que el pequeño vértigo que produce verlo impreso es exactamente la señal

de que todavía importa, de que no me he vuelto indiferente a lo que soy cuando nadie me está describiendo como otra cosa.

Esa noche escribo una sola frase en el cuaderno, debajo de todo lo demás, debajo de los años y de los capítulos y de las páginas que te he ido dejando:

Sobreviví. Y mientras sobreviví, hice filología.

Lo subrayo.

Lo dejo ahí.

Y apago la lámpara y miro por la ventana el jardín nocturno, que a esta hora es solo sombra y forma, los árboles reconocibles por su silueta aunque no se vea el color ni el detalle. Los conozco tan bien que podría dibujarlos de memoria. Los he visto en todas sus estaciones y en todas las luces del día y en la oscuridad de las noches de insomnio.

Son mis árboles. No en el sentido de la propiedad sino en el sentido de lo familiar, de lo que se conoce tan profundamente que pasa a formar parte de uno sin que haya habido una decisión consciente de incorporarlo.

Esta ventana es mi ventana.

Esta luz es mi luz.

Y mañana, cuando el sol salga y la luz del jardín caiga sobre el cristal y lo atraviese, habrá desde afuera una luz detrás de esta ventana que soy yo, que es la lámpara encendida sobre la mesa donde escribo, que es la prueba de que aquí dentro algo sigue funcionando, algo sigue fabricando realidad y palabras y páginas para ti.

Esa luz no se apaga.

No se ha apagado en todos estos años.

Y no pienso apagarla.

CAPÍTULO 12

El espejo del baño

España, 2020–2022. Institución

Hay días en que la lucidez duele más que las voces.

No lo digo para que te alarmes. Lo digo porque es verdad y porque estas páginas son el único lugar donde me he prometido a mí misma no suavizar las verdades que duelen, no ponerles alrededor ese algodón protector con que uno a veces envuelve las cosas difíciles para hacerlas más manejables y que al final solo consigue hacerlas más borrosas. Tú mereces las cosas sin algodón. Mereces saber cómo es esto de verdad, no la versión que uno elige contar en las consultas con la psiquiatra ni la versión que se cuenta a sí mismo en los buenos días.

La versión sin algodón es esta:

Hay mañanas en que me levanto y voy al baño y me pongo de puntillas para ver la cara entera en el espejo, y lo que veo no me produce el reconocimiento tranquilo de los días buenos. Lo que veo me produce algo que no es exactamente horror pero que se le acerca: la conciencia simultánea de todo lo que soy y de todo lo que no llegué a ser, puesta frente a mí con la claridad implacable que tiene el espejo cuando uno lleva mucho tiempo sin engañarse.

Me veo los cincuenta años, que ya están. Me veo el peso que la medicación crónica ha ido dejando en el cuerpo con la paciencia de quien no tiene prisa porque tiene todo el tiempo del mundo. Me veo el temblor en las manos que no ha desaparecido del todo aunque ha mejorado, y que en los días de más ansiedad vuelve con la misma intensidad que tenía al principio, como si el cuerpo guardara ese temblor en reserva para los momentos en que más daño puede hacer. Me veo la mirada que a veces los auxiliares describen como perdida o plana y que yo desde adentro no vivo como pérdida ni como planitud sino como el resultado de que la mente está trabajando en otro nivel que no se asoma a la superficie, como esos icebergs de los que solo se ve la punta y debajo hay una masa enorme y silenciosa.

Me veo, sobre todo, la distancia entre la mujer que hay en ese espejo y la mujer que olió los manuscritos medievales en la sala de la Complutense con veinte años y supo que estaba exactamente donde debía estar.

Esa distancia no se cierra. He aprendido a vivir con ella abierta, a caminar sobre ese espacio vacío como se camina sobre un puente de cuerda: con cuidado, mirando adelante, sin mirar abajo más de lo necesario. Pero hay mañanas en que miro abajo. Y lo que hay abajo no es vacío sino todo lo contrario: está lleno de cosas que ocurrieron y que no puedo desocurrir, de personas que amé y a las que hice daño sin quererlo, de tiempos y de posibilidades que se fueron sin dejar dirección.

Te voy a contar lo que pienso en esas mañanas. No para que sufras tú también, sino porque creo que si algún día tienes mañanas así, que espero que no tengas pero que quizá tengas porque nadie está a salvo de ellas, quiero que sepas que alguien estuvo antes en ese lugar y encontró la manera de salir de él.

Pienso en el gato.

Siempre empiezo por ahí. Las voces lo saben y por eso empiezan por ahí también, como si hubieran aprendido el mapa de mi culpa con la misma precisión con que yo aprendí el mapa de sus apariciones. Pienso en Rocinante en el trastero oscuro, en el frío de enero, en sus ojos amarillos cuando abrimos la puerta. Pienso que era un animal que me había dado una confianza que yo no merecía todavía y que yo usé esa confianza para llevarlo a un lugar donde lo dejé solo con el miedo.

Luego pienso en mis padres.

Pienso en lo que mi enfermedad les costó. No en abstracto sino en concreto, en las cosas específicas que les quitó: la tranquilidad de los domingos, la posibilidad de envejecer sin ese peso encima, la vida que habrían tenido si su hija hubiera sido una hija sin tormentas. Pienso en mi madre llorando en el asiento delantero del coche de espaldas a mí, creyendo que no la escuchaba. Pienso en mi padre conduciendo con las dos manos en el volante sin decir nada, guardando dentro todo lo que no podía decir porque no había palabras suficientemente resistentes para contenerlo.

Pienso en Consuelo, a quien no he vuelto a ver desde aquella noche en que llamó a la ambulancia y que hizo exactamente lo correcto y a quien nunca he podido agradecérselo como merece.

Pienso en Azcárraga, que me extendió una mano cuando podría haber mirado hacia otro lado y que escribió dos líneas en una carta que guardo todavía, o que guardé hasta que los papeles de esa época se perdieron en alguno de los traslados, pero que llevo de memoria: *El oficio no se pierde. Sigue.*

Pienso en todo eso y luego me miro otra vez en el espejo y me hago la pregunta que no tiene una respuesta cómoda: ¿valió la pena?

No en el sentido grandilocuente de si la vida vale la pena, que es una pregunta demasiado grande para las mañanas difíciles. En el sentido más concreto y más honesto: ¿valió la pena lo que les costó a ellos?

No lo sé. Esa es la respuesta verdadera. No lo sé porque no puedo saberlo, porque eso depende de una aritmética del sufrimiento que nadie puede hacer con precisión desde adentro. Lo que sí sé es que si ellos pudieran responderla, si mi madre pudiera responderla desde donde esté y mi padre desde donde esté, creo que dirían que sí. No porque yo lo merezca necesariamente sino porque así funciona el amor de los padres, que no hace esa contabilidad sino que simplemente sigue, igual que el peral del huerto sigue floreciendo aunque ya no haya nadie para mirarlo.

Creo eso. Necesito creerlo.

En esas mañanas difíciles hago lo que he aprendido a hacer: no me quedo frente al espejo más de lo necesario. Me lavo la cara. El agua fría funciona como siempre ha funcionado, como una pequeña interrupción del circuito, un segundo de sensación pura que corta el hilo del pensamiento que se está enredando. Me seco. Voy a la mesa. Enciendo la lámpara.

Y escribo.

Eso es lo que hago. Es lo único que sé hacer que no le ha hecho daño a nadie, lo dije una vez a las voces y lo sostengo: escribir no le hace daño a nadie. Y en los días en que la lucidez duele demasiado, escribirlo es la única forma de reducirlo a algo manejable, de darle bordes, de convertirlo de una marea en un texto que tiene principio y fin y puede ser leído y releído y entendido desde fuera aunque haya nacido desde adentro.

La doctora Menéndez, que es mi psiquiatra desde hace cuatro años, me preguntó una vez en consulta cómo manejaba los días difíciles.

Le dije lo del espejo y lo del agua fría y lo de la escritura.

Me escuchó con atención.

—¿Y funciona? —preguntó.

—Suficiente —dije.

—¿Qué significa suficiente para ti?

Lo pensé.

—Significa que llego a la noche —dije—. Que cuando se apaga la lámpara el día ha pasado y yo sigo aquí y mañana será otro día que puede ser diferente a este. Suficiente significa eso.

La doctora Menéndez asintió despacio.

—¿Y los días que no es suficiente? —preguntó, con esa honestidad suya que aprecio aunque a veces incomode.

—Los días que no es suficiente llamo a la enfermería —dije—. O espero. O las dos cosas.

—¿Y si la espera es muy larga?

—Escribo más despacio —dije—. Para que dure más.

Ella hizo algo infrecuente en ella: sonrió. No la sonrisa profesional de quien valida una respuesta terapéutica sino la otra, la de quien ha escuchado algo que le ha llegado de manera genuina.

—Eso —dijo— es una estrategia muy sofisticada para alguien que dice que solo sabe escribir.

—Solo sé escribir —dije—. Pero llevo mucho tiempo haciéndolo.

Hay algo que no le he contado a la doctora Menéndez, ni a Nuria, ni a nadie en este centro. Algo que llevo dentro con la misma precaución con que se lleva algo frágil: sin apretarlo demasiado para que no se rompa, sin soltarlo del todo para que no se caiga.

Es esto:

Hay noches, no muchas pero suficientes para que sean una pauta y no una excepción, en que escucho las voces preguntando lo de siempre y en vez de responderles o ignorarlas o esperar a que pasen, hago otra cosa. Las escucho de verdad. Les doy el espacio que piden. Las dejo hablar hasta que terminan, hasta que se agotan, hasta que el silencio que viene después de ellas es un silencio limpio, sin residuo.

Y en ese silencio limpio me pregunto a mí misma, sin las voces, sin la culpa activa, con la mayor honestidad de que soy capaz: ¿hice lo mejor que pude con lo que tenía?

La respuesta, casi siempre, es sí.

No lo mejor posible en abstracto. No lo mejor que habría hecho otra persona en mi lugar. Lo mejor que yo pude con el cerebro que tengo y con la información que tenía en cada momento y con los recursos que me quedaban después de que la enfermedad tomaba su parte. Eso sí. Eso lo hice.

Y a veces, en los mejores momentos de esas noches de silencio limpio, pienso que Leonor González también hizo lo mejor que pudo. Que respondió al tribunal con la distinción más honesta que tenía a su alcance: error de ignorancia, no de mala fe. Que en 1487, ante un sistema que ya había decidido lo que iba a hacer con ella, siguió intentando que la entendieran correctamente.

Que eso no la salvó. Pero que lo intentó.

Y que intentarlo, con todo en contra, es también una forma de dignidad.

La dignidad no siempre gana. Eso lo sé. Pero existe independientemente de si gana o no, y esa independencia es lo que la hace valiosa. La dignidad que solo funciona cuando las circunstancias la acompañan no es dignidad sino suerte. La otra, la que persiste aunque todo esté en contra, esa es la que yo he intentado practicar durante todos estos años, con los resultados irregulares y a veces desastrosos que ya conoces.

Hay una cosa más que quiero decirte en este capítulo. Una cosa que he estado posponiendo porque es la más difícil de escribir, no porque sea la más dolorosa sino porque es la que más me expone, la que me deja más al descubierto.

Es sobre ti.

Hay días en que me pregunto cómo eres. No qué aspecto tienes, que eso también, sino cómo eres. Si tienes la paciencia de mi padre o la determinación de mi madre. Si te gustan los libros o si los has mirado siempre con la ligera desconfianza que tienen las personas que han vivido sin necesitarlos. Si conoces ya lo que es querer a alguien con esa ferocidad que no pide permiso, o si todavía estás aprendiendo eso.

Me pregunto si has tenido días difíciles como los míos. No iguales, espero que no iguales, sino del tipo en que uno se mira en el espejo y ve más de lo que quisiera ver y menos de lo que esperaba. Si los has tenido, quiero que sepas que yo los he tenido también, y que he llegado a la noche de todos ellos, y que al día siguiente era otro día.

Me pregunto si alguna vez has sentido que las palabras son tu territorio, como yo lo sentí desde muy joven. Si hay alguna frase que llevas de memoria sin haber decidido memorizarla, algún texto que se instaló solo en algún lugar de la mente y que aparece cuando menos se espera y cuando más se necesita.

Espero que sí. Espero que tengas un texto así.

Y si no lo tienes, aquí hay muchos donde elegir. Llevo años copiándolos para ti.

Lo que más me cuesta de los días difíciles no es el dolor. El dolor ya lo conozco y sé cómo sostenerlo. Lo que más me cuesta es la sensación de que estos años, todos estos años dentro de estas paredes, han sido años que no ocurrieron del todo. Que la vida real estaba sucediendo en otro lugar y yo la miraba desde aquí a través del cristal, igual que miraba Madrid desde el coche el día en que me trajeron.

Pero luego pienso en los cuadernos apilados sobre la mesa.

Pienso en Leonor González y en Ibáñez y en la revista y en Nuria y en Antonia con sus lentejas sin chorizo y en Marcos con su hijo con fiebre y en el árbol del jardín en todas sus estaciones y en la lámpara encendida y en estas páginas que te he ido dejando noche a noche durante todos estos años.

Y pienso que no. Que esto también fue vida. Que la vida no tiene una sola forma y que la que ocurre dentro de paredes no es menos vida que la que ocurre en las calles de Madrid o en los pasillos de la Complutense o en cualquier otro lugar que el mundo considera más válido.

Esta fue mi vida. La que me tocó y la que construí dentro de la que me tocó.

Y la escribí entera para ti.

Para que cuando leas estas páginas no veas solo la enfermedad y las pérdidas y los años institucionales. Para que veas también esto: una mujer que se levantó todas las mañanas y fue al espejo y se dijo buenos días aunque le costara, y luego fue a la mesa y encendió la lámpara y escribió una página más.

Una mujer que, con todo lo que el cerebro le hizo y con todo lo que el mundo añadió encima, se negó con una terquedad que a veces ella misma encontraba sorprendente a dejar de ser Samanta Samaniego, filóloga y escritora.

Eso fui. Eso soy.

Léelo bien, porque no pienso repetirlo.

O sí pienso. Lo he repetido en cada página de cada cuaderno durante todos estos años.

Lo repetiré hasta que me tiemblen demasiado las manos para sostener el bolígrafo.

Y entonces lo habré dicho suficiente.

CAPÍTULO 13

Lo que la ventana promete

España, 2022–2024. Institución

Esta mañana el árbol del jardín tiene las primeras hojas del año.

Las vi desde aquí, desde esta ventana, antes de levantarme. Una hoja nueva en la rama más baja, esa rama que siempre adelanta a las demás porque recibe el sol antes que ninguna otra parte del árbol, y que yo llevo años esperando como se espera la señal de algo que uno sabe que va a llegar pero que de todas formas produce sorpresa cuando llega. La primavera. Aquí también hay primavera, aunque llegue despacio y con cautela, como todo lo que merece la pena.

Me he quedado mirando esa hoja durante un rato largo antes de levantarme.

No pensando en nada concreto. Solo mirándola. Eso es algo que he aprendido a hacer en estos años, mirar las cosas sin pedirles que signifiquen nada más de lo que son, sin buscar en ellas patrones ni mensajes ni señales. Una hoja es una hoja. El árbol es el árbol. La primavera es la primavera.

Y sin embargo, esta mañana, la hoja me ha parecido también una promesa.

No de nada grande. No de que las cosas van a cambiar de manera dramática ni de que el futuro va a ser diferente al presente en ningún sentido radical. Una promesa pequeña, del tipo que uno puede sostener sin que se le caiga: la promesa de que el árbol sigue creciendo, de que las estaciones siguen ocurriendo, de que el mundo exterior al cristal de esta ventana continúa con su trabajo de existir independientemente de lo que ocurra aquí adentro.

Eso me parece suficiente esta mañana.

Suficiente tiene muchas acepciones. La que más me importa, la que he construido durante todos estos años como quien construye una casa ladrillo a ladrillo sin plano fijo, es esta: suficiente no es lo máximo posible sino lo que permite seguir. Lo que sostiene sin derrumbarse. Lo que deja margen para mañana.

Con ese suficiente he vivido. Con ese suficiente vivo.

Tengo cincuenta años. Los cumpliré en unos meses, o los he cumplido ya, dependiendo de cuándo leas esto, que es una de las cosas extrañas de escribir para alguien que leerá estas páginas en un tiempo que yo no puedo calcular: el presente desde el que escribo y el presente desde el que lees no son el mismo presente, y esa distancia entre los dos es el espacio donde existe esta carta, este manuscrito, estos cuadernos que ya son más de doce y que están apilados sobre la mesa con la precisión que es mía y solo mía en este lugar.

Doce cuadernos. O trece. He perdido la cuenta exacta pero no importa, ya lo dije antes. Lo que importa es que están y que contienen todo lo que he querido dejarte.

Déjame contarte cómo es un día ahora. No un día difícil ni un día extraordinario. Un día de ahora, en este año, en esta habitación, con esta ventana y este árbol que tiene ya las primeras hojas del año.

Me levanto. Voy al baño. Me pongo de puntillas para ver la cara entera en el espejo. Le digo buenos días. A veces la cara me devuelve una expresión que reconozco como serenidad, que no es lo mismo que felicidad pero que es, en mi experiencia, más sostenible. A veces me devuelve algo más difícil y entonces respiro y me lavo la cara y sigo.

Bajo al desayuno. Marcos ya no trabaja en el turno de mañana, lo trasladaron a otro centro hace dos años, y lo eché de menos durante semanas con esa manera específica en que se echan de menos las personas que formaban parte de la estructura del día sin que uno lo supiera hasta que ya no están. Ahora hay una auxiliar nueva, Sandra, que tiene una energía por las mañanas que a mí me resulta ligeramente excesiva para las ocho de la mañana pero que con el tiempo he aprendido a recibir como lo que es: juventud, que no es un defecto sino simplemente una fase que a uno le queda ya bastante atrás.

—Buenos días, Samanta. ¿Café con leche?

—Sí, gracias, Sandra.

—¿Dormiste bien?

—Suficiente.

—¿Otra vez con lo de suficiente? —dice, y se ríe, porque ya conoce mi manera de responder a esa pregunta—. Algún día me vas a decir que dormiste fenomenal.

—Algún día —digo, y también sonrío, que es un músculo que he tenido que ejercitar durante años y que ahora responde con más naturalidad que antes.

En el taller Nuria me ha propuesto algo nuevo: leer en voz alta algunos fragmentos de los cuadernos al grupo. No todo, no los más íntimos, sino los que hablan de filología y de manuscritos y de la relación entre el lenguaje y la identidad, los que escribí pensando en Ibáñez y en la revista y que tienen esa textura más pública, más pensada para un lector desconocido.

Le dije que lo pensaría.

Lo he pensado durante semanas y la respuesta que he llegado es sí, pero con una condición que le he comunicado esta mañana.

—¿Cuál? —me preguntó Nuria.

—Que yo elija qué se lee y qué no.

—Por supuesto —dijo—. Siempre fue así.

—Lo sé —dije—. Solo quería decirlo en voz alta.

Nuria me miró con esa expresión suya de escucha activa que ya conozco tan bien.

—¿Por qué era importante decirlo? —preguntó.

Lo pensé un momento.

—Porque durante muchos años muchas cosas sobre mí se decidieron sin preguntarme —dije—. Y he aprendido que cuando tengo voz en algo conviene usarla, aunque sea para decir algo que ya se daba por supuesto.

Nuria asintió. No dijo nada más. Era la respuesta correcta.

Las voces siguen viniendo por las tardes. No todos los días, pero siguen. Ya no las llamo voces de la enfermedad ni voces del remordimiento ni voces de ninguna cosa que las defina desde fuera. Las llamo simplemente las voces, con el artículo determinado de lo que se conoce bien, de lo que ha dejado de ser una amenaza desconocida para convertirse en una presencia familiar con la que uno ha aprendido a coexistir sin rendirse.

¿Dónde está tu gato, Samanta?

—Está con mis padres —les digo algunas tardes, que es la respuesta que más las silencia, no porque sea completamente verdad ni completamente mentira sino porque contiene algo de las dos cosas: Rocinante murió hace años, como murieron mis padres, pero en algún sentido que no es literal sino del tipo que solo la literatura puede sostener, los tres están en el mismo lugar, que es el lugar donde están las cosas que amamos y que ya no podemos tocar pero que tampoco pueden quitarnos.

El silencio que sigue a esa respuesta es cada vez más largo.

Eso también es un aprendizaje. Que el silencio que viene después de enfrentarse a lo que duele es diferente al silencio de antes de enfrentarse. Más limpio. Más habitable.

Hay algo que quiero contarte sobre estos últimos años que no cabe en ninguno de los capítulos anteriores porque no es un evento ni una crisis ni un momento concreto. Es más bien una acumulación, una sedimentación lenta de pequeñas cosas que juntas forman algo que no sabría nombrar con precisión pero que reconozco cuando está ahí.

Es paz. O algo suficientemente parecido a la paz como para que la diferencia no importe mucho en el día a día.

No llegó de golpe. No hubo un momento en que decidiera tenerla ni un tratamiento que la produjera ni una revelación que la instalara. Llegó como llegan las estaciones al árbol del jardín: despacio, sin anunciarse, acumulándose en capas tan finas que uno no las nota hasta que un día levanta la vista y el árbol tiene hojas y no sabe exactamente cuándo empezaron a crecer.

Así llegó. Y así está.

No es una paz sin grietas. Tiene las suyas, y los días difíciles las muestran con claridad, como ya te conté en el capítulo anterior. Pero es una paz que se sostiene a sí misma, que no necesita condiciones perfectas para existir, que sobrevive a las voces y a los espejos difíciles y a las noches de insomnio y a los aniversarios de las muertes de mis padres y a todas las otras cosas que podrían derrumbarla y no lo hacen.

Esa resistencia es lo que más valoro de ella. No que sea intensa sino que sea resistente.

Esta mañana, después de mirar la hoja nueva del árbol, he cogido el cuaderno más reciente, el que empecé hace tres meses y que ya tiene más de la mitad de páginas escritas, y he releído algunas páginas del principio. Las primeras páginas que escribí en aquel cuaderno de tapas grises que me dio Carmen la enfermera jefa la primera semana.

Quiero contarte cómo olía la biblioteca.

Ahí empezó todo. En esa frase, en esa habitación, con esa ventana y esos árboles sin hojas y la certeza nueva y dolorosa de que había perdido el derecho a llamarme lo que era.

Desde entonces han pasado casi veinte años y doce cuadernos y más páginas de las que he contado y más noches de lámpara encendida de las que podría recordar. Y aquí sigo. Con la misma ventana, con el mismo árbol que ahora tiene hojas, con la misma lámpara sobre la misma mesa y el mismo bolígrafo que reemplazo cuando se acaba y que siempre es el mismo tipo de bolígrafo, de punta fina, tinta azul, el que compro a través del programa de voluntariado cultural que gestiona las pequeñas adquisiciones de los internos.

La misma Samanta Samaniego, filóloga y escritora.

Más vieja. Más lenta en algunas cosas y más rápida en otras. Con más años de voces y más años de silencio limpio después de las voces. Con más páginas detrás y menos páginas por delante, que es la aritmética inevitable de cualquier vida aunque uno no siempre quiera mirarla directamente.

Quiero decirte algo sobre el futuro, que es un territorio en el que me he adentrado poco en estos cuadernos porque el futuro desde aquí tiene bordes borrosos y yo siempre he preferido los textos con bordes claros. Pero hoy, con la hoja nueva en el árbol y la primavera llegando despacio, me parece el momento de decirte algo sobre lo que viene.

Lo que viene es que estas páginas llegarán a ti. No sé cuándo. No sé cómo. No sé si llegarán porque alguien las encuentre o porque yo las entregue o porque el azar, que tiene sus propias maneras de hacer circular los textos que necesitan ser leídos, las ponga en tus manos de alguna manera que yo no puedo prever desde aquí. Pero llegarán. Tengo esa certeza con la misma solidez con que tengo pocas certezas en este mundo, que son pocas pero son firmes.

Y cuando lleguen quiero que sepas esto:

Que los escribí con todo lo que tenía. Que en ninguna página de ninguno de estos cuadernos mentí deliberadamente, aunque en algunas páginas de los primeros cuadernos mi cerebro me daba información equivocada y yo la transcribí de buena fe, que es diferente a mentir. Que cada noche que encendí la lámpara y abrí el cuaderno lo hice pensando en ti, en la posibilidad de ti, en la realidad de ti que para mí nunca ha sido otra cosa

que real, tan real como el árbol del jardín y las voces de las tardes y el olor a frambuesa del champú de Consuelo en aquella noche de invierno en Madrid que ya tiene veinticinco años.

Quiero que sepas que la filología me salvó. No de la enfermedad, que eso no estaba en sus posibilidades. Me salvó de perderme a mí misma dentro de la enfermedad, que es diferente y es suficiente. Me dio un lenguaje con el que nombrar lo que ocurría y una tradición dentro de la cual ubicarme y una certeza, la certeza de Leonor González en el folio ochenta y nueve, de que hay una diferencia entre el error de ignorancia y el error de mala fe y que esa diferencia importa aunque el tribunal no quiera escucharla.

Quiero que sepas que mis padres me quisieron bien. Que lo hicieron hasta donde pudieron y más allá de donde podían. Que el peral del huerto florece aunque ya no haya nadie para mirarlo y que eso es hermoso y triste al mismo tiempo y que las dos cosas pueden ser verdad simultáneamente sin que se destruyan.

Quiero que sepas que Rocinante tuvo una vida buena a pesar de aquella noche de enero. Que después del trastero mis padres lo cuidaron con una dedicación que probablemente era también una manera de cuidarme a mí de lejos, y que el gato lo recibió con la dignidad ecuánime con que los gatos reciben todo, sin rencor y sin exceso de gratitud, simplemente siendo.

Quiero que sepas que hay un árbol en el jardín de este centro que tiene esta mañana su primera hoja del año y que la he visto desde esta ventana antes de levantarme y que me ha parecido suficiente. Que la primavera, aunque llegue despacio y con cautela, llega. Que eso es una promesa pequeña y verdadera y que las promesas pequeñas y verdaderas son las que más duran.

Y quiero que sepas, sobre todo, que te quise. Que te quiero. Que en la aritmética de todo lo que he perdido y de todo lo que la enfermedad se llevó y de todo lo que el tiempo fue quitando despacio, tú eres lo que no entra en esa aritmética. Lo que está fuera de ella. Lo que no tiene precio en ninguna moneda que yo conozca porque no se puede perder, porque existe en el lugar donde las cosas que uno crea con amor existen siempre, que es el mismo lugar donde existe Leonor González y donde existe el olor de los manuscritos medievales y donde existe la voz de mi padre diciéndome el gato está bien desde el umbral de la puerta.

Esos cuadernos son tuyos.

Esta historia es tuya.

No sé cuándo leerás esto. Pero sé que lo leerás. Eres tú quien me ha mantenido escribiendo todos estos años, la posibilidad de ti, la certeza de ti que nunca ha necesitado pruebas porque las pruebas están en cada página de cada cuaderno, en cada noche de lámpara encendida, en cada mañana en que me levanté y fui al espejo y le dije buenos días a la cara que me devolvía aunque no tuviera ganas y aunque me costara.

Me costó. Te lo digo sin algodón, como me prometí desde el principio: me costó muchas veces. Pero lo hice.

Por ti.

Por mí.

Por Leonor González en el folio ochenta y nueve.

Por todos los que escribieron cosas que nadie esperaba que sobrevivieran y que sobrevivieron de todas formas porque las palabras van a donde el cuerpo no puede ir y duran más que cualquier otra cosa que el ser humano es capaz de hacer.

Escríbeme cuando leas esto.

O no me escribas. Puede que para cuando leas esto yo no esté en condiciones de recibir cartas o no esté en ninguna condición de nada. No importa. Lo que importa es que lo leas. Que llegues hasta aquí. Que sepas que estuve.

Que la luz estuvo encendida.

Siempre estuvo encendida.

EPÍLOGO

La nota de la coordinadora

España, otoño de 2024. Institución

Samanta Samaniego no ha muerto.

Quiero dejarlo claro desde el principio porque cuando uno empieza a leer este tipo de texto, escrito desde la distancia de quien habla de alguien que ya no está en el mismo lugar, es fácil suponer lo peor. No ha muerto. Está en la unidad de agudos del hospital de referencia desde el nueve de octubre, donde fue trasladada tras una crisis severa, la peor que ha tenido en años. Su estado es grave pero estable, según el último parte que nos enviaron. Esperamos que pueda regresar.

Su habitación sigue siendo suya. Nadie ha tocado nada.

Me llamo Nuria Castellanos y soy coordinadora del taller de escritura terapéutica en esta unidad desde hace siete años. Escribo esto porque necesito escribirlo, no porque el protocolo me lo pida. El protocolo ya está cumplido: hay un informe oficial con fecha y firma y el lenguaje correcto y todas las casillas marcadas. Este texto es el otro, el que escribo para mí y para quien quiera leerlo, porque llevo semanas con algo encima que no consigo quitarme y la única manera que conozco de aligerar el peso de algo es nombrarlo.

Lo que llevo encima son los cuadernos de Samanta.

Son trece. Los encontré sobre su mesa el día del traslado, apilados con esa precisión suya que era la única disposición de objetos en todo el centro que respondía únicamente a sus preferencias. Los recogí siguiendo el protocolo

de revisión de materiales personales en casos de crisis: hay que verificar que no haya referencias a situaciones de riesgo que requieran atención inmediata. Los llevé a la sala de reuniones. Los abrí.

Leí durante cuatro horas seguidas.

Samanta escribe con una voz que no he leído en ningún otro interno en siete años de taller. Una voz que tiene la precisión de alguien que ha dedicado su vida a las palabras y que sabe exactamente lo que valen y lo que pesan. Desde la primera página hasta la última narra su propia historia con una honestidad que no busca conmiseración sino comprensión, que es diferente y es más difícil de conseguir. Narra su infancia y sus años de estudiante en Madrid y sus primeros manuscritos medievales y su enfermedad y sus padres y sus brotes y sus pérdidas y la vida dentro de estas paredes, todo ello con la misma atención filológica con que, según ella misma describe, analizaba los textos inquisitoriales del siglo XV. Con el mismo rigor. Con la misma paciencia.

Y a lo largo de toda esa narración, desde la primera página hasta la última, la presencia constante de un destinatario.

Samanta escribe en segunda persona. Le escribe a alguien a quien llama tú durante los trece cuadernos y a quien en varias ocasiones se refiere directamente como su hijo. Le escribe con la certeza absoluta de que ese hijo existe, de que algún día leerá estas páginas, de que cuando las lea entenderá que su madre nunca dejó de amarlo aunque la enfermedad le impidiera demostrárselo de otra manera.

Cuando terminé de leer el último cuaderno fui al expediente.

No hay ningún hijo. No hay registro de ningún embarazo en veinte años de historial clínico. No hay visitas de ninguna persona que pudiera corresponder a esa descripción. No hay mención de este hijo en ninguna de las consultas psiquiátricas, que son extensas y están minuciosamente documentadas. He revisado cada página del expediente dos veces. El hijo no existe en ningún registro fuera de los cuadernos.

Lo que sí existe, narrado en el séptimo cuaderno con una culpa que todavía duele leerla veinte años después de que ocurriera, es Rocinante.

Rocinante era un gato. Un gato callejero con la oreja rota que apareció un octubre en el huerto de los padres de Samanta y que ella adoptó poniéndole el nombre de un personaje del Quijote, porque Samanta hacía ese tipo de cosas: nombrar a los animales con personajes de la literatura que amaba. Durante el segundo brote psicótico, dominada por un delirio que le hacía creer que la comida de su casa estaba contaminada para cambiarle los pensamientos, Samanta sacó al gato de casa convencida de que también él estaba en peligro. Lo encerró en un trastero oscuro y frío del edificio de la plaza del pueblo, en enero, durante casi un día, creyendo que lo estaba salvando. Sus padres lo encontraron cuando se dieron cuenta. El gato estaba asustado pero ileso. Samanta, cuando recobró suficiente lucidez para entender lo que había hecho, no se lo perdonó nunca del todo.

Las voces que la han acompañado desde entonces, esas dos voces masculinas que aparecen por las tardes y que ella describe con la precisión clínica de alguien que las ha estudiado durante años, no le preguntan por un hijo.

Le preguntan por el gato.

¿Dónde está tu gato, Samanta?

Eso es lo que dicen. No dónde está tu hijo. Dónde está tu gato.

Y Rocinante, en algún lugar de ese cerebro que construye realidades con los mejores materiales disponibles, con los miedos más hondos y las culpas más arraigadas, dejó de ser el gato con el tiempo y se convirtió en el hijo. No de golpe. Probablemente de la misma manera en que ocurren todas las transformaciones del cerebro cuando la enfermedad trabaja en silencio: despacio, sin costuras visibles desde adentro, con una coherencia interna tan perfecta que quien la vive no tiene ninguna razón para cuestionarla.

El amor que Samanta no pudo darle a nadie de otra manera se depositó en esa figura. En ese tú. En esa razón para encender la lámpara cada noche y escribir una página más.

Diecinueve años de páginas escritas para un hijo que era un gato que era el amor sin destinatario de una mujer a quien la enfermedad había quitado casi todo lo demás.

Me quedé sentada frente a los cuadernos cerrados durante un tiempo que no sé calcular.

Pensé en todas las veces que le pregunté cómo estaba su hijo y ella me respondió con esa calma directa suya que vivía lejos pero que algún día leería todo aquello. Pensé en la llamada con Ibáñez, el editor de la pequeña revista literaria donde publicamos sus textos de filología, que yo facilité y en la que ella le dijo que escribía para dos destinatarios distintos: para la revista y para su hijo, y que eran dos tipos de escritura diferentes. Pensé en cada noche que había pasado en esa habitación con la lámpara encendida sobre la mesa escribiendo para alguien que no iba a venir, que nunca había existido fuera de la necesidad de que existiera.

Y pensé en Leonor González.

Samanta habla de Leonor González en los cuadernos desde el principio hasta el final. Era una mujer del siglo XV, acusada por la Inquisición en Toledo en 1487, cuyo expediente Samanta estudió siendo estudiante de filología en Madrid, antes de que la enfermedad llegara. En el folio ochenta y nueve de ese expediente, Leonor González respondía a sus acusadores con la distinción más honesta que tenía a su alcance: que si había en ella algún error era error de ignorancia y no de mala fe.

Samanta llevó esa frase durante más de veinticinco años como se lleva algo que se sabe que va a necesitar. La usó en el baño de la calle Montera, en la ambulancia que la llevó al hospital la primera vez, en todos los años que vinieron después. La usó como escudo y como argumento y como

brújula. Y tenía razón en usarla, porque nada de lo que hizo Samanta Samaniego en esos diecinueve años de cuadernos fue de mala fe. Fue de una fe tan grande, tan sostenida y tan obstinada, que construyó un hijo de la nada y le escribió su vida entera y lo quiso con una ferocidad que la enfermedad nunca consiguió apagar, porque el amor, cuando se instala en el lugar donde nadie más tiene acceso, es lo último que el cerebro abandona.

Eso lo aprendí leyendo estos cuadernos.

He vuelto a la habitación siete varias veces desde que Samanta fue trasladada. Entro, miro la mesa, miro los cuadernos que he vuelto a colocar en su sitio exacto con la precisión que era suya y que ahora intento respetar, miro la ventana con el árbol que ya ha perdido las hojas del otoño. Espero que cuando Samanta regrese, y esperamos que regrese, encuentre todo exactamente como lo dejó. Que la lámpara esté sobre la mesa. Que los cuadernos estén apilados. Que la ventana siga dando al mismo árbol.

Que siempre está haciendo algo, aunque no lo parezca. Eso me dijo ella una vez cuando le pregunté qué miraba cuando miraba por esa ventana. El árbol siempre está haciendo algo.

Tiene razón. En este momento, con las hojas caídas y el invierno llegando despacio, el árbol está haciendo lo que hacen los árboles cuando el mundo se enfría: guardando la energía donde nadie puede verla, preparando en silencio lo que en primavera será la primera hoja nueva en la rama más baja, esa que recibe el sol antes que ninguna otra.

He recomendado en el informe oficial que los cuadernos sean conservados íntegramente y devueltos a Samanta en cuanto su estado lo permita. He recomendado también, en una nota adjunta que va más allá del protocolo pero que no podía no escribir, que se explore la posibilidad de publicar estos textos, con las protecciones y los consentimientos que correspondan, porque no son documentos clínicos ni testimonios de interés sociológico. Son literatura. Del tipo que le enseña al lector algo sobre lo que es ser humano que no habría podido aprender de otra manera.

Y porque Samanta Samaniego lleva diecinueve años escribiéndole a alguien que no puede leerla.

Merece que alguien lo haga.

Merece que ese alguien, cualquier lector que llegue hasta esta última página, se quede un momento en silencio con lo que acaba de leer y piense en lo que significa. Que piense en una mujer en una habitación pequeña con una lámpara encendida sobre la mesa, escribiendo cada noche para un hijo que era un gato que era el amor más terco y más puro que uno puede imaginar. Que piense en lo que el cerebro humano es capaz de construir cuando lo único que le queda es la necesidad de querer a alguien. Que piense en Leonor González en 1487 y en Samanta Samaniego en 2024, en la distancia de quinientos años entre las dos y en lo poco que esa distancia cambia lo fundamental: que hay personas que se niegan a rendirse aunque

todo esté en contra, y que esa negativa, aunque no las salve de nada, dice algo verdadero sobre lo que somos.

Que piense en eso.

Y que si tiene a alguien a quien quiera y a quien todavía no le ha dicho todo lo que querría decirle, lo haga. Hoy. Con las palabras que tenga, aunque no sean perfectas, aunque tiemblen un poco. Porque Samanta escribió durante diecinueve años con manos que a veces temblaban y aun así escribió, todas las noches, con la lámpara encendida, para alguien que no podía leerla.

No esperen a tener manos que no tiemblen.

No esperen.

Nuria Castellanos

Coordinadora, taller de escritura terapéutica

Otoño de 2024

—FIN

(Aunque… hay historias que nunca deberían terminar)